

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 18.

NÚM. 207.

LA
ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

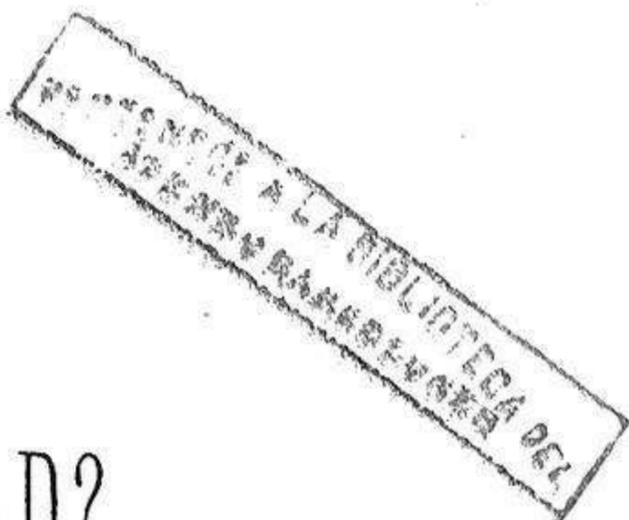
MARZO 1906

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

Calle del Tutor, 22.—Teléfono 2.000.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.



¿QUÉ ES VERDAD?

Cuenta el cuarto Evangelio, en su capítulo XVIII, que cuando llevaron á Jesús preso, al pretorio, llamándole aparte Pilato, el intelectual pretor romano, le preguntó si era el rey de los judíos; y al contestarle Jesús que su reino no era de este mundo y que había nacido para dar testimonio de la verdad, le volvió á preguntar Pilato diciendo: «¿Qué es la verdad?»; y sin esperar respuesta se salió á decir á los judíos que no hallaba culpa en aquel hombre.

Ya antes de nacer el Cristo preguntaban los intelectuales que gobiernan ó quieren gobernar á los pueblos qué es la verdad, y sin esperar respuesta, se volvían á resolver en mentira los asuntos que les estaban encomendados; y después de haber muerto el Cristo, en testimonio de la verdad, siguen los Pilatos preguntando, de pasada, qué es la verdad, y volviéndose á lavarse las manos en aguas consagradas á la mentira.

¿Qué es la verdad? Tomo el tratado de filosofía que encuentro más á mano, el que llevábamos de texto en la Universidad cuando seguí mis dos cursos de metafísica, y que tiene la inapreciable ventaja, para este caso, de ser un libro larga, ancha y profundamente ramplón, falto de toda originalidad, fidelísimo espejo del abismo de vulgaridad, de ñoñez, de tontería, á que ha venido á caer entre nosotros eso que llaman el tomismo. Es la *Filosofía elemental escrita por el Excmo. Sr. Don Fr. Zeferino González, obispo de Córdoba*—así reza la portada de la segunda edición,—uno de los hombres que más tonterías

han escrito en España. Abro este libro detestable con que me entelarañaron la inteligencia á mis diez y seis años, y en el artículo 1.º del capítulo II de la sección segunda de su libro primero, leo que la verdad se divide en *metafísica, lógica y moral*.

Ya nos están dividiendo á la verdad, es decir, enturbiándonosla. Pero sigamos y veamos lo que de ella nos dice este libro típico, escrito por uno de nuestros hombres más representativos.

«Verdad metafísica es la realidad objetiva de las cosas en cuanto éstas, por medio de su esencia, corresponden á la idea típica de las mismas, preexistente ab aeterno en el entendimiento divino.» Dejemos este lío, sin meternos á indagar si las cosas no son ya, ellas mismas, esas ideas típicas preexistentes en el entendimiento divino.

Y no nos metamos á averiguar qué es eso de que las cosas correspondan con su idea divina *por medio de su esencia*, y qué mediación es esta de la esencia y en qué la esencia se distingue de las cosas mismas, á que sirve de medianera. Esta bazofia intelectual se nos servía en nuestra juventud.

«La verdad *lógica*... puede definirse: *la conformidad ó ecuación del entendimiento como cognoscente con la cosa conocida.*» Esto no es sino una paráfrasis, en torpe y desmañado castellano, de la conocida definición de Santo Tomás: *adaequatio intellectus et rei*. Dejémosla, pues; ha sido mil veces criticada.

«La verdad *moral* es la conformidad ó ecuación del lenguaje externo con el juicio interno del sujeto.»

Dejando ahora á Fr. Zeferino, digamos que la verdadera verdad, la verdad radical es esta última, la que llama moral. De ella arranca la otra, la lógica.

A lo contrario de la verdad lógica se llama error, y á lo contrario de la verdad moral se llama mentira. Y es claro que uno puede ser veraz, decir lo que piensa, estando en error, y puede decir algo que sea verdad lógica mintiendo.

Y ahora digo que el error nace de la mentira.

Más de una vez antes de ahora he dicho una cosa que pienso volver á repetir muchas veces más: y es que vale más el error en que se cree que no la realidad en que no se cree; que no es el error, sino la mentira, lo que mata al alma.

El hombre miente y aprende de otros hombres la mentira. En el trato social hemos aprendido la mentira, y como el hombre lo ve todo con ojos humanos, todo lo humaniza. Humaniza el hombre á la naturaleza, atribuyéndole cualidades é intenciones humanas; y como el hombre dice una cosa y piensa ó siente otra, suponemos que también la naturaleza suele pensar ó sentir de un modo y presentársenos de otro; suponemos que la naturaleza nos miente. Y de aquí nuestros errores, errores que proceden de suponer á la naturaleza, á la realidad, una intención oculta de que carece.

¿Qué quiere decir la nieve, el rayo, la cristalización, la partenogénesis, el atavismo?, nos preguntamos. Y no quieren decir más que lo que dicen, porque la naturaleza no miente.

Si los hombres fuésemos verídicos siempre, si nunca mintiéramos ni por comisión ni por omisión, ni falseando la verdad ni callándola, á nadie se le ocurriría hablar de conformidad entre el lenguaje externo y el juicio interno, porque el lenguaje y el juicio serían una misma y sola cosa. Si no mintiéramos, ni de palabra ni de silencio, no habría distinción entre fondo y forma de nuestro pensamiento, ni la palabra sería vestidura de la idea, sino la idea misma exteriorizada. Hablar no sería sino pensar en voz alta, pensar para los demás. Y entonces, trasladando esto á la naturaleza, comprenderíamos y sentiríamos — sentir es algo más íntimo que comprender — que no hay distinción alguna entre la realidad y lo que como tal se nos aparece, que la naturaleza nos habla pensando, ó piensa hablándonos.

Mas el hecho es que por sutil magia, por misterioso proceder, la naturaleza miente á los mentirosos.

Estoy persuadido de que si la absoluta veracidad se hiciese dueña de los hombres y rigiese sus relaciones todas, si acabase

la mentira, los errores desaparecerían y la verdad se nos iría revelando poco á poco.

El único culto perfecto que puede rendirse á Dios es el culto de la verdad. Ese reino de Dios, cuyo advenimiento piden á diario maquinalmente millones de lenguas manchadas en mentira, no es otro que el reino de la verdad.

Dejad la reforma de todo vicio, de toda flaqueza; humillaos al azote de la soberbia, de la ira, de la envidia, de la gula, de la lujuria, de la avaricia: pero proponeos no mentir nunca ni por comisión ni por omisión; proponeos, no sólo no decir mentiras, sino tampoco callar verdades; proponeos decir la verdad siempre y en cada caso, pero sobre todo cuando más os perjudique y cuando más inoportuno lo crean los prudentes según el mundo: hacedlo así y estaréis salvos, y todos esos pecados capitales no podrán hacer mella en vuestras almas.

¿Te domina la soberbia, ó la envidia, ó la lujuria, ó la avaricia? Pues no lo ocultes. No seas hipócrita, ni con la hipocresía del que llamamos así, hipócrita, ni con la hipocresía del cínico, que nos quiere engañar con la verdad, mentirnos diciendo lo que es real.

Dicen que en la confesión de culpas lo esencial para obtener el perdón de ellas es la contrición, ó siquiera, á falta de ella, la atrición. No; lo esencial es confesarlas, hacerlas públicas, decir la verdad. No resulta muy claro del relato evangélico (vid. Luc. XXIII, 39-41) si el malhechor que estando crucificado junto á Jesús reprendió al otro y confesó su culpa, por lo cual el Cristo le prometió el paraíso, estaba ó no contrito. Declaró, es cierto, que merecía aquel castigo; pero puede un criminal declarar justo el castigo que se le inflige sin sentirse por ello arrepentido de su culpa; le habló á su compañero del temor de Dios, pero lo esencial es que confesó su culpa en voz alta. No mintió, ni de palabra ni de silencio.

Hay gentes que se escandalizan cuando se les habla del reinado de la absoluta verdad, de la verdad oportuna ó inoportuna, y que se imaginan que entonces no se podría vivir en el

mundo. Hablaba yo de esto con una dama muy inteligente, y le decía que así como el paganismo culminó en el desnudo del cuerpo, así el cristianismo debe culminar en el desnudo del alma, y me replicó: «¡Qué horror, Dios mío! Si no fuese por el traje, ¿cómo vivirían los jorobados, los lisiados, los estropeados, los desgachados, todos los que tienen algo que ocultar?» Y yo le repliqué: «¡Mucho mejor que ahora, señora! El jorobado está peor vestido que desnudo; el traje no hace sino ornamentarle la joroba, y hacernos suponer que es mayor de lo que en realidad es. Así que nuestros ojos se acostumbrasen al desnudo, comprenderíamos las deformidades corporales. Estoy seguro de que entre los salvajes que andan no más que con taparrabos pasan los jorobados más inadvertidos que entre nosotros.» «Es que entre ellos apenas los hay», me contestó. Y yo: «No los hay, porque andan desnudos». Y ella: «Porque los matan apenas nacen con joroba». Y aunque así sea, vale más.

*
* *

Oigo con frecuencia glosar el *words, words, words* shakespeariano, y decir que no nos hacen falta palabras, sino obras. Y esto lo dicen gentes que se llaman cristianas, y que debían saber que, según el cuarto Evangelio, en el principio era la palabra, y la palabra era hacia Dios, y Dios era la palabra, y que todas las cosas fueron hechas por la palabra, y sin ella no se hizo nada de lo que hecho está, y en ella, en la palabra, estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres (Juan I, 1-5). Y eso lo dicen gentes que se dicen cristianas y que debían saber que cuando Jesús en casa de Simón el Fariseo perdonó á la pecadora, no ejecutó *acción* alguna, ni simbólica ni no simbólica; no hizo gesto alguno con la mano en el aire, ni le tocó siquiera con la mano como tocó al leproso al decirle: «quiero, sé limpio» (Mat. VIII, 24), sino que le dijo sencillamente: los pecados te son perdonados, tu fe te ha salvado, vé en paz (Luc. VII, 36-50). Le limpió de su pecado con su palabra, no más que con su palabra. Y dicen también los Evangelios que

echaba los demonios de los hombres con la palabra (Mat. VIII, 16). Y es la palabra que nos hace falta: la que eche á los demonios.

Jesús no bautizó, no confirmó, no celebró misa, no casó, no ungió moribundos, sino que administró siempre el santo sacramento de la palabra. Y es que la palabra, cuando es palabra verdadera, cuando es palabra de verdad, y la suya, la de Jesús, era la palabra de verdad absoluta, hasta el punto de que era él la encarnación de su palabra; la palabra, cuando es palabra de verdad, es la fuerza creadora que eleva al hombre sobre la naturaleza inhumana y bruta. El hombre es hombre por la palabra.

«Nada de palabras; hechos, ¡hechos!»—gritan los esclavos de la mentira, sin advertir que eso que llaman hechos no suelen ser sino palabras, y que la palabra es el hecho más fecundo. Llaman un hecho á una ley gacetada; y ¿qué es una ley gacetada sino una palabra escrita?

Hay otro pasaje evangélico de que resalta todo el poder cristiano de la palabra. Y es que cuando iba Jesús á curar al siervo del centurión le envió éste recado diciéndole que no se incomodase, pues no era digno de recibirle bajo el techo de su casa, sino que dijera una palabra y el siervo quedaría sano, porque él, el centurión, hombre de autoridad, decía á un soldado ¡ven!, y el soldado venía; decíale ¡vete!, y se iba. Oyendo Jesús lo cual se maravilló, y volviéndose á los que le seguían les dijo: «Os digo que ni aun en Israel he hallado tanta fe» (Luc. VII, 1-9). Y la fe del centurión, la fe por la cual consiguió la cura de su siervo, era la fe en la palabra, esta fe que está casi extinguida en Israel.

¡Palabras! ¡palabras! ¡palabras! Y ¿qué más quisiéramos que palabras, si fuesen palabras de verdad, de verdad oportuna ó inoportuna? ¿Qué más quisiéramos que palabras, si esas palabras fuesen el pensamiento mismo del que las pronuncia, sea ó no conforme á realidad ese pensamiento?

Más de una vez ha resonado en el salón de sesiones de nues-

tro Parlamento, en esa catedral de la Mentira, esta apestosa blasfemia: ¡Eso no puede decirse aquí!, ó esta otra: ¡Eso no puede oirse con calma! Y lo único que no debe decirse ni allí ni en ninguna parte es la mentira, y es la mentira lo único que no debe oirse con calma. Todo lo demás hay que decirlo allí y en todas partes, y allí y en todas partes oirlo con calma; y cuando es un error, una equivocación, replicarlo y rectificarlo también con calma.

Hoy mismo, 16 de Diciembre, acabo de leer en la reseña que un diario hace de la sesión del Congreso de anteayer que, al decir un diputado republicano que él y sus compañeros no eran católicos, se oyeron rumores, esos estúpidos rumores inarticulados que son la manera de expresarse las muchedumbres inconcientes. Y los más de los rumoreantes ó rumorosos tampoco eran católicos, por la sencilla razón de que no lo son los más de nuestros diputados, incluyendo á los profesionales del catolicismo. Porque éstos podrán aparecer católicos en cuanto diputados, mas siempre cabe dudar de que lo sean en cuanto hombres. Hay muchos que no lo son sino en cuanto empleados, ó periodistas, ó criados, ó hijos, ó maridos, ó padres. Periódico hay que se dice católico, cuando le aprietan, y en que no hay un solo redactor que lo sea.

Aunque en rigor en España ser católico apenas quiere decir hoy otra cosa, para la gran mayoría, sino simplemente el no ser otra cosa. Es católico el que habiendo sido bautizado no abjura públicamente del que se supone, por ficción social, ser su credo, y no piensa en él ni poco ni mucho, ni para profesarlo ni para desecharlo y cobrar otro, ó por lo menos buscarlo.

Y en este horrible fangal de mentira y de cobardía se oye de vez en cuando: «¡Hechos! ¡hechos! ¡hechos! ¡nada de palabras!» Y el hecho supremo, el gran hecho, el hecho fecundo, el hecho redentor, sería que cada cual dijese su verdad. Sin más que eso, estábamos al otro lado de la sima que se nos abre ante los pies.

*
* *

Y todavía hay miserables que, no atreviéndose á defender la mentira, la hedionda mentira, tratan de hacerla pasar por ilusión y nos hablan del poder de ésta y del alivio que se procura uno tratando de engañarse á sabiendas.

No: el arte es lo que más lejos está de la mentira, y la mentira es lo más profundamente antiestético que existe. No: la mentira no es consuelo nunca, y la ilusión consoladora no es mentira.

Hay una frase horrible que se atribuye á Voltaire, y es aquella de que si Dios no existiera habría que inventarlo. Ese Dios así inventado, para engañarse ó engañar á las gentes no sería no ya un No-Dios, sino un Anti-Dios, un demonio absoluto. Ese es el único demonio que existe, el Dios inventado por los que en lo íntimo de su corazón no creen en Él.

Y ¿qué es creer en Dios?—preguntarán aquí los Pilatos. Y dejándome de la fe lógica, paralela á la verdad llamada lógica, y ateniéndome á la fe moral, correspondiente á la verdad moral, les diré que creer en Dios es querer que Dios exista, anhelarlo con toda el alma. El que no pudiendo concebir con la inteligencia la esencia de Dios, considerando su idea una hipótesis que nada explica, y puros sofismas los que llaman pruebas de su existencia, desea, sin embargo, en su corazón que Dios exista y se acomoda á una conducta para con Él, dando personalidad al Ideal Supremo, cree en Dios mucho más que aquel otro que está convencido lógicamente de que existe un Dios, pero para nada lo tiene en cuenta, ó sólo para justificar su culto á la mentira.

*
* *

Un día me reprendía un celoso católico lo que él llamaba mi subjetivismo, y me decía que confundo á la fe con la imaginación. Y se empeñaba en hacerme comprender—repitiéndome argumentos de la más crasa vulgaridad y que estoy harto de sabérmelos de memoria—la diferencia que hay entre eso

que él llamaba—apartándose en tal nomenclatura de los cánones de su escuela—fe subjetiva y la fe objetiva.

Y yo le dije con calma:

—No se canse usted, amigo, en repetirme todas esas cosas: sé muy bien lo que usted quiere decirme. Y no se canse en argumentarme con silogismos y raciocinios formales. La fe de ustedes está muriendo ahogada en silogismo. El cáncer de su Iglesia de usted es el racionalismo, ese racionalismo contra el que no cesan ustedes de clamar. Han querido hacer de la religión una filosofía. Cada uno de esos horribles y áridos sermones en que un jesuíta la emprende con los corifeos de la impiedad moderna, empedrando su conferencia de «es así que» y «luegos» y «queda, pues, evidentemente demostrado» y otras figuras lógicas por el estilo, cada uno de esos desdichados sermones es un nuevo golpe asestado á la verdadera fe. Y en ellas, en esas antirreligiosas conferencias, acostumbran á mentir descaradamente, atribuyendo á esos que llaman impíos cosas que nunca sostuvieron, ó hablando de sus doctrinas, teniendo conciencia de no conocerlas sino por vagas referencias. Y esto último es mentir.

Ya sé—continué diciéndole—que usted en el fondo, y aunque ni siquiera lo sepa, es materialista, no porque usted crea que no hay sino materia, sino porque usted necesita que le prueben las cosas materialmente: necesita, como los judíos, señales para creer; necesita coger la verdad con las dos manos y con los pies y con la boca. Ya sé que usted se cree perdido si esas pruebas que de la existencia de Dios traen sus textos resulta que no prueban nada de lo que tratan de probar. Y, sin embargo, amigo mío, yo no he leído en el Evangelio semejantes pruebas ni he encontrado allí nada de esos horribles «es así que» y «luegos» aristotélicos. Y en cuanto alguno de ustedes se encuentra con la mirada de la Esfinge, y el taladro de la duda, de la santa duda, madre de la fe verdadera, empieza á labrarle el corazón, se vuelve de espaldas á la Esfinge, se sacude por procedimientos de mecánica espiritual la duda,

y diciéndose: ea, ¡más vale no pensar en ello!, se entrega á la mentira. Porque eso no es sino entregarse á la mentira.

Hay, amigo mío—seguí diciéndole,—quien estima que el suicidio es un crimen no tan grande, sino mucho mayor que el asesinato; que es más culpable ante Dios el que se mata á sí mismo que no el que mata á un prójimo. Hay quien sostiene, y no por ingeniosidad, aunque así lo parezca, que en el suicidio concurren todas las circunstancias agravantes del homicidio. No lo sé, ni me parece posible saberlo con certeza; pero sí creo que el mentirse á sí mismo es peor aún que mentir á los demás. Y hay gentes que viven en perpetua mentira íntima, tratando de acallar la verdad que del fondo del corazón les brota.

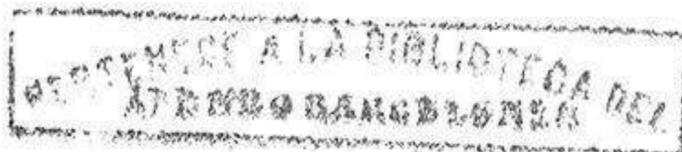
Un pobre amigo mío que pasó por una intensa crisis religiosa fué una vez á confesarse, creyendo que hallaría, si no curación, alivio. Y me vino diciendo que el bueno del padre confesor le había dicho: «¿Te crees tú que á los demás no se nos ocurren esas dudas? ¡deséchalas, no pienses en ellas!» Y yo le dije: ¡acógelas, no pienses en otra cosa! Y siguió contándome que el confesor le había dicho también que procurara distraerse, que se cuidase, que comiera bien, que durmiese mucho, y que si le apretaban mucho aquellas congojas espirituales volviese á él, pero no olvidase tampoco consultar con el médico. Y yo le dije: ese horrible confesor no es más que un empedernido materialista. Mi amigo me hizo caso, y hoy halla más íntima paz y más consuelo y más fe en medio de sus congojas, inquietudes y desasosiegos, que las hallan otros en una abdicación de la verdad.

Me preguntó: ¿cómo hallar la verdad? Y le contesté: ¡diciéndola siempre! Y volvió á preguntarme: ¿pero la verdad de fuera, la verdad objetiva, la verdad lógica, lo que es verdad? Y le contesté: ¡diciendo siempre y en cada caso, oportuna ó inoportunamente, la verdad de dentro, la verdad subjetiva, la verdad moral, lo que crees ser verdad!

Eso que llamamos realidad, verdad objetiva ó lógica, no es

sino el premio concedido á la sinceridad, á la veracidad. Para quien fuese absolutamente y siempre veraz y sincero, la Naturaleza no tendría secreto alguno. ¡Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán á Dios! Y la limpieza de corazón es la veracidad, y la verdad es Dios.

* * *



Se ha dicho miles de miles de veces que la mayor parte de las discusiones son discusiones por palabras, y que á las veces combaten los hombres por una misma causa, á la que dan diferentes nombres los diferentes luchadores. Y el hecho es más bien que las discusiones suelen ser discusiones de mentiras, y que por ellas combaten los hombres. En vez de decir: «yo quiero esto, y lo quiero porque lo quiero, sin saber por qué lo quiero», ó si lo sabe, decir con verdad por qué lo quiere, inventa el hombre una mentira para justificar su deseo, y pelea por su mentira. Y en los más de los casos no habría pelea si hubiera verdad.

Hay gentes que dicen pelear no por el hecho, sino por el derecho; no por el huevo, sino por el fuero. Si quedara el huevo del hecho escueto y claro, no haría falta el fuero de derecho. Si uno me dice: «te quito esto porque me pertenece á mí en virtud de que me lo diste ó me lo prometiste ó me lo quitaste», defenderé lo que creo mío, y llegaré á luchar con mi adversario, gritando: «¡no te lo dí!» ó «¡no te lo prometí!» ó «¡no te lo quité!»; pero si me dice pura y sencillamente: «te quito esto porque lo quiero para mí y tengo más fuerza que tú», me volveré á los demás, y diciéndoles: «este hombre puede más que yo, y porque puede más que yo me quita esto que es mío», le dejaré que me lo quite.

Y no sirve decir que el hombre es torpemente egoísta y que defiende lo suyo con justicia ó sin ella. No; el sentimiento de la justicia y el de la verdad tienen más hondas raíces que el del interés y el de la mentira.

Abrigo la fe de que todos, absolutamente todos los males que creemos son la causa de nuestras miserias, el egoísmo, el deseo de prepotencia, el ansia de gloria, el desprecio hacia los demás, todos desaparecerían si fuéramos veraces. Si el que parece despreciar á sus prójimos no recelara su desprecio y lo envolviera y lo falsificara, acabaríamos por ver todos, y entre todos él mismo, que era un contrasentido tal desprecio y que al despreciar á los demás se despreciaba á sí mismo.

Considero que entre los ciudadanos más útiles á su patria y á sus semejantes todos, entre los más fecundos en bienes, están esos á los que se llama soberbios, que no ocultan la creencia en su propia superioridad y á quienes se les oye quejarse, en una ú otra forma, cuando sus compatriotas no hacen de ellos el aprecio que ellos creen merecer. Una cosa es si un hombre cualquiera merece ese aprecio distintivo de que estos sujetos á que aludo se creen merecedores y si hay nunca tales superiores, y otra muy distinta el que haya quienes se encuentren en ese caso y no lo oculten hipócritamente. Podrán estar equivocados, pero no mienten.

Cuando, siendo yo congregante de la Congregación de San Luis Gonzaga, á mis catorce años, oí leer una vez en la vida del santo que éste, por haber sustraído un poquito de pólvora á los soldados de su padre para cargar con ella un cañoncito de juguete que tenía y por haber repetido, sin entenderla, cierta blasfemia que oyó á esos mismos soldados, se creía el más pecador de los hombres, este rasgo, lejos de edificarme, lo recuerdo bien, me desedificó; porque no pudiendo yo creer que hubiese quien por eso se creyera el más pecador, me pareció todo ello mentirse á sí mismo por darse importancia de pecador. Ciertamente que nunca logró conmoverme, ni en los días de mi más fervoroso catolicismo juvenil, ese jesuíta santo profesional, que parece, tal como nos le presentan—me complazco en creer que sería muy de otro modo,—un muñeco construído sobre los planos del perfecto modelo de la juventud jesuítica, del Grandison de la gazmoñería. Y no me extraña que un

hombre tan serio, de espíritu tan sincero y tan hondamente religioso como Guillermo James, después de haber tratado de San Luis Gonzaga en su libro sobre las variedades de la experiencia religiosa (*The varieties of religious experience...* by William James, 1902), agregue que cuando la inteligencia, como en Luis, no es originalmente más grande que la cabeza de un alfiler (*no larger than a pin's head*) y abriga ideas de Dios de una pequeñez correspondiente, el resultado, no obstante el heroísmo ejercitado, es en conjunto repulsivo.

Y ya me parece estar oyendo á algún devoto del santo: ¡eso no puede decirse! ¡eso no puede oirse con calma! Y, sin embargo, eso, cuando se dice, como lo dice James y lo digo yo, sin ánimo de ofender á nadie, sino con ánimo de decir la verdad, debe decirse y deben oirlo con calma cuantos aman la verdad, créanlo ó no exacto.

Es realmente repugnante eso que se oye á menudo cuando alguien serenamente, sin querer molestar ni herir á ninguno de sus prójimos, enuncia un parecer suyo que está en desacuerdo con el parecer del que le oye, y éste exclama: ¡está usted hiriendo mis sentimientos! En cambio ocurre á otros, á mí por lo menos, que quien hiere mi sentimiento de amor á la verdad es el que viene á querer corroborarme en lo que pienso sin pensar él como yo.

Ahí tenéis un sacerdote de la Iglesia que se dice única depositaria de la verdad cristiana: no tolera que delante de él se enuncien ciertas proposiciones heréticas; y si es en público, exclama que se está hiriendo sus sentimientos religiosos. Y á este mismo sacerdote le llaman á confesar á un incrédulo moribundo, y cuando él llega, el incrédulo ni ve, ni oye, ni entiende, ó si ve, oye y entiende rehusa confesarse, ó si se confiesa, declara sus pecados, los que él tuvo por tales, pero no dice nada de su credo y su fe ó declara que no son ni el credo ni la fe de la Iglesia; y el sacerdote, cuyos sentimientos religiosos se sienten heridos, diciendo serenamente la verdad, le absuelve, y luego se le hace un funeral y se le entierra en sagrado y

se dice que murió en el seno de la Iglesia, añadiendo: si á última hora estos impíos, cuando ven la mala... Y esta horrenda mentira de las conversiones de última hora medra y se propaga que es una maldición.

*
* *

Si sólo se dijese la verdad, no se podría vivir. ¿Quién ha dicho esta blasfemia? ¿Quién es el menguado que sostiene y propala que quien se proponga ser verídico siempre se estrellará? ¿Qué es vivir? ¿Qué es estrellarse?

En todos los órdenes, la muerte es la mentira, y la verdad es la vida. Y si la verdad nos llevara á morir, vale más morir por verdad, morir de vida, que no vivir de mentira, vivir muriendo.

En el orden más íntimo, en el orden más entrañable, en el orden religioso, toda la miseria de esta pobre España, enfan-gada en toda clase de mentiras, es que se perpetúa una mentira: la mentira de que España sea católica. No; la España consciente, la de las clases dirigentes, la España de los que piensan y gobiernan, no es católica. No son católicos en su mayoría los que, haciendo pública confesión de serlo, escalan los altos puestos. Y mientras esa mentira no se borre, España no acabará de ser cristiana.

Esos rumores de los diputados rumorosos ó rumoreantes, que estallan cuando otro diputado confiesa sencillamente que no comulga en la Iglesia oficial, esos rumores deben guardarse para cuando un diputado, un ministro, de quienes les consta que apenas cree ni en Dios ni en el diablo, salga haciendo pública confesión de ser sincero católico, cosa que sucede á menudo. Esos rumores deben quedar para cuando cualquier santón de la mentira parlamentaria, al hablar contra eso que llaman clericalismo, se crea obligado á hacer reservas; y para que no se le tome por anticatólico, siendo sencillamente no católico, agregar que él es hijo sumiso de la Iglesia.

Y no son en España católicos ni aun muchos de los que creen serlo y oyen misa todos los domingos y fiestas de guardar, comulgan una vez al año y comen de viernes por Cuaresma; porque los tales vuelven la espalda á la mirada de la Esfinge y no quieren pensar en el que dicen ser su credo.

El contentarse con la fe llamada implícita, á conciencia de que lo es y de que hay otra explícita; el atenerse al «creo lo que cree y enseña la Santa Madre Iglesia», apartándose de examinar lo que la Iglesia enseña y cree, por flojera ó más bien por temor de ver que no hay tal fe, eso es la más grande de las mentiras.

Es que no todos podemos ser teólogos—me contestó un amigo á quien le dije esto. Y yo le repliqué: los teólogos matan la fe. Y sobre todo, en medicina puede curarme la ciencia de mi médico, aunque yo no sepa ni hacia dónde me cae el hígado; pero en religión no puede salvarme la fe de mi confesor. En la vida del espíritu sólo mi verdad me salva, y mi verdad no es la verdad que desconozco, aunque sea ésta la verdad de los demás. Mientras yo no sepa qué quiere decir eso de que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, y no sólo del Padre, y qué diferencia haya para la vida del espíritu de que sea una ú otra cosa ó no sea ninguna de las dos, ¿de qué me sirve oír cantar en la misa, con música de Palestrina y en latín, lo de *qui ex Patre Filioque procedit*? Lo que estorba daña, y estorba en el alma toda yerba que no da fruto, toda maleza infecunda, toda idea, ó mejor toda frase, que no responde á sentimiento alguno, toda palabra que no evoca un concepto caliente y luminoso.

Tú que dices ser hijo sumiso y fiel de la Iglesia Católica y creer todo lo que ella cree y enseña, ¿qué cosas que hoy haces no harías, ó qué cosas que no haces hoy harías, si creyeras que el Espíritu Santo procede solamente del Padre y no del Padre y del Hijo, ó si creyeras que no procede de ninguno de los dos? Eso, vé aquí te lo digo, no es creer nada.

Me hablas de la Iglesia como de la depositaria de las ver-

dades de tu fe. Las verdades que no estén depositadas en tu alma no son verdades de tu fe, ni para nada te sirven. Tu fe es lo que tú crees teniendo conciencia de ello, y no lo que cree tu Iglesia. Y tu Iglesia misma no puede creer nada, porque no tiene conciencia personal. Es una institución social, no una fusión de almas.

*
* *

Y bien, en resumen: ¿qué es verdad? Verdad es lo que se cree de todo corazón y con toda el alma. ¿Y qué es creer algo de todo corazón y con toda el alma? Obrar conforme á ello.

Para obtener la verdad lo primero es creer en ella, en la verdad, con todo el corazón y toda el alma; y creer en la verdad con todo el corazón y toda el alma es decir lo que se cree ser verdad siempre y en todo caso, pero muy en especial cuando más inoportuno parezca decirlo.

Y la palabra es obra, la obra más íntima, la más creadora, la más divina de las obras. Cuando la palabra es palabra de verdad.

¡Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán á Dios! Decid vuestra verdad siempre, y Dios os dirá la suya. Y veréis á Dios y moriréis. Porque dicen también las Escrituras que quien ve á Dios se muere. Y es lo mejor que puede hacerse en un mundo de mentira: morirse de ver la Verdad.

MIGUEL DE UNAMUNO

IDEAS DE CERVANTES

ACERCA DE LOS PAISES SETENTRIONALES

Investigación con motivo del centenario del QUIJOTE (1)

En el capítulo X de la primera parte del *Quijote* empieza Sancho Panza á mostrarse algo desconfiado de haber de obtener el gobierno de la ínsula que tan prometida le tenía su se-

(1) El siguiente trabajo es el único de investigación científica que con motivo del centenario de la publicación del *Quijote* se publicó en Dinamarca. Su autor, mi amigo D. Carlos Larsen, conoce España, sobre la cual ha publicado un interesante librito, *El valor y la espada lisa. Paráfrasis española (Modet og den blanke Klinge. En spansk Parafrase)*, que ha alcanzado ya su segunda edición.

En el presente trabajo, que he traducido directamente del danés, estudia Larsen la noción que de los países escandinavos tenía Cervantes, sacándola de su libro sobre las aventuras de Persiles y Sigismunda, y los españoles tenemos que agradecer al Sr. Larsen su amor á nuestra literatura, amor tan grande que le ha hecho leer de cabo á rabo y por entero ese libro del autor del inmortal *Quijote*. Por mi parte no me siento con tanto valor, y harto sacrificio creo haber hecho al traducir á Larsen, teniendo que repasar ese libro para volver á su lengua los pasajes cervantinos que traduce el autor danés.

Del fatigoso sucederse de aventuras extraordinarias, en las que jamás aparece un hombre de carne y hueso, que constituyen el *Persiles y Sigismunda*, sólo he retenido estas palabras con que empieza el capítulo II del libro II: «Parece que el volcar de la nave volcó, ó por mejor decir, turbó el juicio del autor de esta historia».

Agradecemos al Sr. Larsen este interesante estudio, y agradezcámosle también el haber tenido el valor de leer todo el *Persiles y Sigismunda*.

MIGUEL DE UNAMUNO

ñor, y el Caballero de la Triste Figura le responde diciéndole: «Ya te he dicho, Sancho, que no te dé eso cuidado alguno, que cuando faltare ínsula ahí está el reino de Dinamarca, ó el de Sobradisa, que te vendrán como anillo al dedo, y más que por ser en tierra firme te debes más alegrar».

El *Nuevo Diario Crítico*, de Copenhague, al anunciar en 1776 la traducción danesa del *Quijote* hecha por Carlota Dorotea Biehl, anotaba este pasaje con esta ingenua observación: «¿Es que se considera ahí que Dinamarca es tierra firme, ó es que Don Quijote se burla de su escudero?»

Esta pregunta, incontestada todavía, puede contestarse, sin duda, en el segundo sentido, porque Don Quijote es un hombre ilustrado, como lo era Cervantes, y los españoles ilustrados de tiempo de Cervantes no creían que Dinamarca estuviese en tierra firme.

Cabe ilustrar la manera como Cervantes se representaba los países nórdicos, mediante su última obra: los *Trabajos de Persiles y Sigismunda*, publicada poco después de su muerte, en 1617, y que lleva como subtítulo *Historia Septentrional*.

Este libro parece escrito bajo la influencia de la *Aethiopica*, de Heliodoro, cuyas descripciones de las maravillosas aventuras de la princesa etiópica Cariclea y del tesalio Teágenes formaban parte de las lecturas favoritas de aquel tiempo.

Pero la cuestión referente á este posible influjo literario interesa mucho menos que la brillante fantasía que irradia de cada hoja del libro este todo.

La idea general que hay respecto á Cervantes es la de considerarle como un caballero de la inteligencia y de la burla, que hirió á la fantasía novelesca con la roñada lanza de Don Quijote. Mas la verdad es que el hidalgo D. Miguel de Cervantes Saavedra permaneció fiel á su querida fantasía hasta lo último.

En un pasaje completamente aparte de la literatura danesa, ha comparado un solo hombre al Caballero de la Mancha con un fenómeno nacional, y merece ahondarse su compara-

ción no más que indicada, porque nos lleva á la comprensión efectiva de la famosa obra de Cervantes. Es Guillermo Moeller, que en sus *Perlas de la literatura universal (Verdenslitteraturrens Perlen)*, pág. 237, traza un paralelo entre Don Quijote y un aldeano danés loco, de que desde hace algunos años se habla en nuestros periódicos. Este joven se había entregado de una manera disparatada á la lectura de los escritos de Carit Etlar y cuasi Carit Etlar, y al estallar su locura se le manifestó recorriendo con su fusil plazas y calles de los lugares y aldeas, en lucha constante contra los suecos, como el compañero Goenge ó uno de los bravos héroes de Frederikshald.

Si las obras—auténticas ó no—de Carit Etlar fueran entre nosotros más que una difundida lectura de gente del pueblo y de jóvenes; si, como los romances caballerescos en la España de antaño, dominaran á la nación toda, desde los vagabundos, que con la boca abierta los oían recitar, hasta el rey, que se los hacía leer por espíritus cultivados; si, como esos fantásticos poemas españoles, que en medio de su hinchazón contienen mucho de los ideales y del anhelo del pueblo todo, revelaran algo del íntimo estado de sus sentimientos, en tal caso, ¡qué asunto no sería para un poeta danés el de representar á ese infeliz aldeano, cuyo trastornado cerebro, si no pudo aspirar los aromas de la flor de una robusta fantasía, había brotado, sin embargo, de la tierra misma danesa! Las dos ridículas y conmovedoras figuras ofrecen la flor artística de la imitación para la sagrada planta de la poesía.

Figurémonos que se pasea con su fusil y todas sus lecturas favoritas en el escenario de la vida moderna, entre institutos y cabildos, asociaciones de tiro, misiones, etc., y tendremos el moderno parangón literario del hidalgo de Cervantes, loco pero genuinamente español, que recorre los campos con la lanza heredada de sus abuelos en el brazo y todo el fantástico mundo de la poesía en la cabeza.

Un poeta danés hallaría dentro de semejante marco, como Cervantes la halló dentro del suyo, ocasión de despiadados la-

tigazos llenos de gusto literario, de brillantes descripciones del país y el paisanaje y de relatos divertidos, sentimentales ó jocosos, sacados de la vida de los hombres con que su héroe topara.

Y dentro del ridículo que envolviera á su obra, sabría, como su predecesor español supo, mostrar su simpatía por ese loco, cuya locura era equivocación, exageración, lamentable caricatura de algo elevado y duradero. Porque el Don Quijote de Cervantes es, dentro de su desvarío, cortés, compasivo, animoso, español y soldado desde el contrahecho yelmo hasta los hundidos flancos de su pobre y sufrido Rocinante.

Porque Cervantes mismo era español y soldado. En sus mejores años peleó con recio fanatismo bajo la bandera de la Santísima Virgen por la única verdadera y católica fe contra los infieles, el odio á los cuales se heredaba en la sangre española á través de los siglos. «Hijo de sus obras—como dice él mismo en un pasaje—y de antigua nobleza española.»

Se cubrió de honrosas heridas, estuvo largo tiempo preso de los moros y con la cadena del esclavo; fué rescatado al cabo, y soldado de nuevo en aquel reino de España, famoso por las aventuras, había descubierto mundos desconocidos y devorado su fortuna, como sucede siempre en la guerra, y había sido maltratado por sus enemigos.

Y como Cervantes no podía llevar ya la espada, siguió jugando con la Señora Fortuna para lograr una herencia pacífica y un lugar eminente en el mundo de las letras, bajo innumerables vicisitudes, siempre en desgracia, pero con fe en el éxito, fe que no murió sino con él. Este hombre llevaba, sin duda alguna, la imaginación en la sangre.

Sus *Trabajos de Persiles y Sigismunda*, obra de la que él mismo dijo que sería ó la mejor ó la peor de las suyas, narran las infinitas pruebas por que pasan en el mundo dos amantes, y es obra en la que, por lo tocante al tiempo y al lugar de la acción en ella narrada, reina la más desenfrenada libertad.

Se nos presentan allí Francia, España, Portugal é Italia,

y la vida se nos describe con rasgos que indican que la acción se supone ocurrida en tiempos del rey Felipe, el pasado; pero como el poeta siente la necesidad de nuevos y estupendos viajes y trabajos para su héroe y la amada de éste, introduce personas y sucesos puramente fantásticos, intercala escenas enteras ó hace que terribles tempestades lleven á sus personajes á islas «bárbaras» de pura invención, islas habitadas por salvajes y á las que arriban españoles é italianos. Estos mundos fantásticos están imaginados sobre todo lo que los españoles habían visto y oído en América y las Indias.

Pero no basta esto para la fantasía de Cervantes. Tiene que impresionar con algo aún más extraño que esa manera, la más libre de tratar los motivos de tierras que conocían los españoles ó por haberlas visitado ó por informes inmediatos. Y por esto busca el remoto, frío y desconocido Norte. Hasta las figuras principales de la novela son hombres del Norte.

Persiles es, desde el comienzo de la novela, un príncipe de Tule, de hasta diez y nueve ó veinte años, que fué apresado por los bárbaros, y aparece «vestido de lienzo basto, como marinero, pero hermoso sobre todo encarecimiento». Sus cabellos rubios, «como infinitos anillos de puro oro, la cabeza le cubrían». En un naufragio en que se ahogan su amo y los que le servían, se ase á un leño, y es descubierto por un navío que le recoge; y el capitán, «cuya gentileza y rico traje le llevó tras sí la vista», socorre al pobre náufrago, despertando su admiración. El dueño del navío es Arnaldo, hijo heredero del rey de Dinamarca.

Mientras Persiles—ó como se llama, mientras anda en sus correrías, Periandro—descansa y reposa, tendido debajo de cubierta, oye los congojosos suspiros y angustiadas lamentaciones de una mujer, que salen de entre unas tablas de otro apartamiento. Ruégala que entre los espacios descubiertos de las tablas le cuente sus desgracias, y dícele ella que su señora Auristela, principal doncella, cuyos padres eran «de linaje de reyes y de riquísimo estado», por «diferentes y extraños acon-

tecimientos» había caído en poder del heredero del rey de Dinamarca. Pero el príncipe Arnaldo, que ha comprado á los corsarios la hermosa doncella, «con tantas veras la amó, que mil veces de esclava la quiso hacer su señora», sin que accediera Auristela, hasta que paseándose á la orilla del mar fué arrebatada por otros corsarios, que la llevaron no se sabía adónde. Arnaldo se imagina que la habrán llevado á la ínsula de bárbaros donde ahora está, y que quiere hacer registrar con astucia.

Periandro hace que le empleen á él para ese registro, puesto que del relato de la mujer ha inducido que su señora Auristela no es otra que Sigismunda, la hija de la reina de Frislandia, á la que quiere con tanto calor como temor. Él mismo «la había sacado de su patria», habiéndola dejado más luego «por un extraño acontecimiento». Cuenta Periandro á Arnaldo que Auristela es hermana suya, á la que también él anda buscando; se ofrece á ser vestido de mujer y vendido por Arnaldo á los bárbaros para procurar así la busca de Auristela. Es él vestido «de muchos y ricos vestidos de que (el príncipe) venía proveído por si hallaba á Auristela», y se hace á la mar el navío del príncipe danés, adornado «con flámulas y gallardetes, que ellos azotando el aire y ellas besando las aguas, hermosísima vista hacían. El mar tranquilo, el cielo claro; el son de las chirimías y de otros instrumentos tan bélicos como alegres suspendían los ánimos, y los bárbaros, que de no muy lejos lo miraban, quedaron más suspensos, y en un momento coronaron la ribera, armados de arcos y saetas, de la grandeza que otra vez se ha dicho. Poco menos de una milla llegaba la nave á la isla, cuando disparando toda la artillería, que traía mucha y gruesa, arrojó el esquife al agua, y entretanto en él Arnaldo, Taurisa (la criada de Auristela) y Periandro y otros seis marineros pusieron en una lanza un lienzo blanco, señal de que venían de paz, como es costumbre casi en todas las naciones de la tierra».

Los bárbaros entienden al punto la señal y sacan á su vez

muchos lienzos, campeándolos por el aire; tiran infinitas flechas al aire y se acercan al barco, entrando á pie por la mojada arena. Llevan sobre los hombros á una mujer bárbara, pero de mucha hermosura, que se dirige á los extranjeros en lengua polaca (!).

«Entendióla muy bien» el príncipe danés, y le dijo: «Nosotros somos naturales del reino de Dinamarca, usamos el oficio de mercaderes y de corsarios, trocamos lo que podemos, vendemos lo que nos compran y despachamos lo que hurtamos, y entre otras presas que á nuestras manos han venido, ha sido la de esta doncella»; y señaló á Persiles, el príncipe de Tule, vestido de mujer.

Así empieza la novela propiamente tal, que en cinco libros describe la lucha de los amantes con el mundo exterior y consigo mismos, hasta que se encuentran y se entregan uno á otro. Los obstáculos son múltiples, desde los más terribles agentes de la Naturaleza, hasta la violencia y la astucia humanas, y no los menores los escrúpulos espirituales que, á la manera de aquel tiempo, asaltan á Persiles y Sigismunda. El escenario cambia sin cesar los países reales y efectivos con los tan en absoluto inventados como una isla cuya población se compone de lobos, uno de los cuales dirige al náufrago una advertencia compasiva «en lengua española»: príncipes, nobles, piratas, bárbaros, astrólogos, brujas, aparecen revueltas con hombres lobos, pájaros barnaclas, de que hay abundancia en las provincias de Ibernia de Irlanda, que nacen de por sí de los palos corrompidos que se hincan en la orilla del mar y entre los escollos, ó el gran monstruo marino que pone en el más grave peligro al buque viajero.

La intercalación de numerosos relatos que á lo mejor hacen los distintos personajes, aumenta la abigarrada impresión de una revuelta multitud de sucesos.

En este caleidoscopio se aprovecha Cervantes del Norte.

El enamorado Rutilio, italiano de Siena, sacó de casa de sus padres á una dama principal; pero fué preso, echado en

prisión y sentenciado á muerte. En el calabozo le visitó una mujer, que decían estaba presa por hechicerías. Le prometió libertarle, si á cambio consentía en casarse con ella. Y el joven italiano, viéndose en aquel aprieto, le dijo que sí.

En mitad del silencio de la noche llegó ella á él, y le invitó á que le siguiese. Hallóse sin grillos y sin cadenas, las puertas de la prisión de par en par abiertas, y los prisioneros y guardas en profundísimo sueño sepultados.

Una vez fuera, tiende la hechicera un manto en tierra y le ordena ponerse en él. Cierra él los ojos, y déjase llevar de los diablos—«que no son otras las postas de las hechiceras»—por los aires.

Después de que «cuatro horas ó más había volado, cuando me hallé al crepúsculo del día en una tierra no conocida».

La hechicera quiere abrazar al joven y apretarle contra su corazón; mas él divisa, á la luz todavía incierta, una figura de lobo. Saca un cuchillo del seno, y con furia y rabia se lo hince por el pecho á la que pensaba ser loba, y la encantadora cae muerta á sus pies.

Estuvo esperando el día muchas horas, «pero nunca acababa de llegar, ni por los horizontes se descubría señal de que el sol viniese».

De repente, oye cerca de sí voces de gente, y les habla en toscano. Les pregunta qué tierra es aquélla, y uno de ellos le responde, asimismo en italiano: «Esta tierra es Noruega».

Rutilio averigua que en aquellas partes setentrionales hay muchos lobos, así machos como hembras, y á su pregunta de qué hora podría ser, «porque le parecía que la noche se alargaba y el día nunca venía», se le responde que «en aquellas partes remotas se repartía el año en cuatro tiempos: tres meses había de noche oscura, sin que el sol pareciese en la tierra en manera alguna, y tres meses había de crepúsculo del día, sin que bien fuese noche, ni bien fuese día, otros tres meses había de día claro continuado, sin que el sol se escondiese, y otros tres de crepúsculo de la noche, y que la sazón en que

estaban era la del crepúsculo del día; así que esperar la claridad del sol por entonces era esperanza vana».

Tampoco podía pensar Rutilio en volver á su patria, porque esto sólo era posible á la sazón del día grande, que es cuando parten navíos de aquellas partes para Inglaterra, Francia é Italia con algunas mercancías.

Rutilio había sido en su patria bailarín y «sabía jugar de manos sutilísimamente»; pero se enteró de que en Noruega no corren esos oficios, y va como aprendiz de orífice á casa de su compatriota, uno de cuyos abuelos había llegado de Italia como negociante. Rutilio llega á una ciudad «donde toda la gente andaba por las calles con palos de tea encendida en las manos»; entra en casa de su maestro, que vivía en gran riqueza, y que le enseña el oficio de orífice, hasta que su amo, «al llegar el día grande», equipa una nave con gran cantidad de mercancías destinadas á unas islas cercanas á Noruega. Va el joven de viaje, y vió «cosas dignas de admiración y espanto, y otras de risa y contento; notó costumbres, advirtió ceremonias no vistas y de ninguna otra gente usadas».

Trascurridos dos meses, sorprende al bajel de los italianos una tormenta que dura cerca de cuarenta días, lo aparta de su ruta y lo deja entre las peñas de una isla de «bárbaros», donde el héroe y la heroína del relato encontraron á Rutilio, único que se salvó del naufragio.

Persiles mismo cuenta cómo después de haberle arrastrado á él y á su nave una tempestad á cuatrocientas leguas, tomó el piloto la altura, y viendo que estaba debajo del Norte, en el paraje de Noruega, «con voz grande y mayor tristeza dijo: Desdichados de nosotros, que si el viento no nos concede dar la vuelta para seguir otro camino, en éste se acabará el de nuestra vida, porque estamos en el mar glacial, digo en el mar helado, y si aquí nos saltea el hielo quedaremos empedrados en estas aguas. Apenas hubo dicho esto, cuando sentimos que el navío tocaba por los lados y por la quilla como con móviles peñas, por donde se conoció que ya el mar se comenzaba

á helar, cuyos montes de hielo, que por de dentro se formaban, impedían el movimiento del navío; amainamos de golpe, porque topando en ellos no se abriese, y en todo aquel día y aquella noche se congelaron las aguas tan duramente y se apretaron de modo que, cogiéndonos en medio, dejaron al navío engastado en ellas, como lo suele estar la piedra en el anillo. Casi como en un instante comenzó el hielo á entumecer los cuerpos y á entristecer nuestras almas ».

Apoderóse de ellos el miedo, y pusieron tasa en el bastimento que llevaban, comenzando á matarles el hambre. Tendiendo la vista por todas partes, toparon á cosa de seis ú ocho millas con un bulto que imaginaron fuese algún otro navío apresado por los hielos, y saliéndose del suyo, y «formado con pies enjutos un escuadrón pequeño», se fueron sobre el hielo, «resbalando, cayendo y levantando». Resultó ser este otro navío el de unos cosarios, que después de una breve lucha es conquistado; pero cuando los vencedores andan escudriñando los bastimentos que había en él, aparece de repente, «de la parte de la tierra», un escuadrón de gente armada, formado de más de cuatro mil personas y caminando sobre el hielo. «Caminaban sobre sólo un pie, dándose con el derecho sobre el calcaño izquierdo, con que se impelían y resbalaban sobre el mar grandísimo trecho, y luego, volviendo á reiterar el golpe, tornaban á resbalar otra gran pieza de camino, y de esta suerte en un instante fueron con nosotros y nos rodearon por todas partes.» El capitán de ellos se dirige, en lengua polaca, á Persiles y á su gente, y se da á conocer como servidor de «Cratilo, rey de Lituania y señor de estos mares», que acostumbra en aquella estación del año requerir los mares con gente armada y sacar de los navíos detenidos de los hielos las mercancías y gentes que tuvieren. El rey exige su derecho de propiedad sobre las mercancías salvadas, y, como Persiles se ve forzado á aceptar las condiciones de los lituanos, al punto arremeten éstos á todo, hasta la misma artillería y jarcias, trasladándolo «á unos cueros de bueyes que sobre el hielo ten-

dieron, y, liándolos por encima, aseguraron poder llevarlos, tirándolos con cuerdas, sin que se perdiese cosa alguna». Así llevaron también al mismo Persiles y á su gente «sobre otras pieles», y los pusieron felizmente en tierra como á veinte millas del lugar del navío. «Paréceme á mí—añade Persiles—que debía de ser cosa de ver caminar tanta gente por encima de las aguas á pie enjuto, sin usar allí el cielo algunos de sus milagros.»

De Lituania, que la novela no describe más, luego que al cabo de tres meses han cesado los hielos, equipa el buen rey un buque, en el que arriba rápidamente Persiles á Dinamarca, en donde unos cosarios habían robado «de la ribera del mar» á la mujer á quien busca.

Más adelante aparece en la novela un Leopoldio, rey de los danos, que ayudado por sus aliados ha tratado duramente en la guerra al viejo rey de Dinamarca, mientras el príncipe heredero se hallaba lejos, y «cual mariposa se iba tras la luz de unos bellos ojos de una su prisionera, tan no conocida por linaje que no se sabía quién fuesen sus padres».

Una vez más se esfuerza en vano este joven y ligero príncipe por lograr el amor de Sigismunda en la santa ciudad de Roma, la de los hermosos templos, luego que ella y Persiles han llegado al cabo como peregrinos á la santa ciudad. Aquí es donde se pone en claro de cuán noble linaje proceden ambos, y aparece á clara luz su mutuo amor, sin que logren, sin embargo, darse las manos antes de haber pasado por varias luchas de ánimo y extremos peligros.

En una de las últimas pero de las más graves crisis de la novela, vuelve á salir á cuento, y con extensión, la patria nórdica del héroe y la heroína.

Persiles ha tenido que abandonar Roma y á su amada, y estaba sollozando en compañía del manso arroyuelo, en el camino de Roma á Nápoles, á la luz de la noche, haciéndole los árboles compañía, y enjugándole las lágrimas un aire blando y fresco, soñando en Sigismunda, y perdida su esperanza de

que sus males tuviesen remedio, «cuando llegó á sus oídos una voz extranjera que, escuchándola con atención, vió que hablaba en lenguaje de su patria». Eran dos personas que estaban razonando en plática corriente.

Persiles se admiró al oír hablar en lengua de Noruega tan lejos de su patria. Ocultóse detrás de un árbol, de tal forma, que él y el árbol hacían una misma sombra, y recogiendo el aliento, oyó que decían: «No tienes, señor, para qué persuadirme de que en dos mitades se parte el día entero de Noruega, porque yo he estado en ella algún tiempo, donde me llevaron mis desgracias, y sé que la mitad del año lleva la noche y la otra mitad el día; el que sea esto así, yo lo sé; el por qué sea así, ignoro. A lo que respondió: Si llegamos á Roma, con una esfera te haré tocar con la mano la causa de ese maravilloso efecto, tan natural en aquel clima, como lo es en éste ser el día y la noche de veinticuatro horas; también te he dicho cómo en la última parte de Noruega, casi debajo del Polo Artico, está la isla que se tiene por última en el mundo, á lo menos por aquella parte, cuyo nombre es Tile, á quien Virgilio llamó Tule en aquellos versos que dicen en el libro primero de las Geórgicas:

Ac tua nautae
Numina sola colant, tibi serviat ultima Thule.

Que Tule en griego es lo mismo que Tile en latín. Esta isla es tan grande, ó poco menos que Inglaterra, rica y abundante de todas las cosas necesarias para la vida humana; más adelante, debajo del mismo Norte, como trescientas leguas de Tile, está la isla llamada Frislanda, que habrá cuatrocientos años que se descubrió á los ojos de las gentes, tan grande, que tiene nombre de reino, y no pequeño.»

Desde su escondite oyó contar Persiles su propia historia, y cómo su hermano Maximino, hijo de la reina Eustoquia, ha heredado de su padre, hace unos meses, el reino, mientras él, Persiles, andaba errante por el mundo á causa del amor que

alimentaba por la princesa Sigismunda de Frislanda, la escogida de su hermano mayor. La madre de Maximino y de Persiles, que hizo desaparecer á su hijo menor por amor á Sigismunda, envió á los dos á un tiempo fuera del país, mientras Maximino estaba en guerra con poderosos enemigos. La compasiva reina colmó al joven «de joyas y de consejos» para el viaje, haciéndole jurar primero «que en ninguna manera iría en dicho ni en hecho contra su honestidad» de Sigismunda. Cuando volvió de campaña Maximino, supo que Persiles había partido con voto de ir á Roma «á enterarse en ella de la fe católica, que en aquellas partes setentrionales andaba algo de quiebra». Y ahora, al volver Maximino, después de dos años, pregunta por Sigismunda y parte al momento en su busca, «si bien confiado de la bondad de su hermano, pero temeroso de los recelos que por maravilla se apartan de los amantes». Partió en dos gruesísimas naves, y entrando por el Estrecho de Hércules, después de un tormentoso viaje, llegó á Sicilia, y de allí á Nápoles, y fué á parar, enfermo de «esto que llaman mutación», á Terracina.

El que cuenta todo esto, resulta ser el viejo ayo de Persiles, Seráfido, que ha partido en busca del príncipe y de la prometida de su hermano; en Lisboa oyó hablar de dos peregrinos de gran hermosura, un joven y una joven, que deben hallarse en Roma, y que él sospecha sean Persiles y Sigismunda.

El otro que le oye el relato es el ya mencionado toscano Rutilio, conocedor de los países setentrionales.

En otro capítulo pregunta el toscano «muchísimas veces» á Seráfido sobre «la condición de las gentes de aquellas islas remotas, de donde era rey Maximino y reina la sin par Auristela (Sigismunda)».

«Volvióle á repetir Seráfido cómo la isla de Tile ó Tule, que agora vulgarmente se llama Islanda, era la última de aquellos mares setentrionales, puesto que un poco más adelante está otra isla... llamada Frislanda, que descubrió Nicolás Temo, veneciano, el año de 1380, tan grande como Sicilia, ignorada

hasta entonces de los antiguos, de quien es reina Eusebia, madre de Sigismunda. Hay otra isla asimismo poderosa, y casi siempre llena de nieve, que se llama Groelanda, á una punta de la cual está fundado un monasterio debajo del título de Santo Tomás, en el cual hay religiosos de cuatro naciones: españoles, franceses, toscanos y latinos; enseñan sus lenguas á la gente principal de la isla, para que, en saliendo de ella, sean entendidos por doquiera que fueren: está, como he dicho, la isla sepultada en nieve, y encima de una montañuela está una fuente, cosa maravillosa y digna de que se sepa, la cual derrama y vierte de sí tanta abundancia de agua y tan caliente, que llega al mar, y por muy gran espacio dentro dél, no solamente lo desniva, pero le calienta de modo que se recogen en aquella parte increíble infinidad de diversos pescados, de cuya pesca se mantiene el monasterio y toda la isla, que de allí saca sus rentas y provechos. Esta fuente engendra asimismo unas piedras conglutinadas, de las cuales se hace un betún pegajoso, con el cual se fabrican las casas como si fuesen de duro mármol. Otras cosas te pudiera decir, dijo Seráfido á Rutilio, que ponen en duda su crédito; pero, en efecto, son verdaderas.»

La idea que Cervantes tenía de los países del Norte, tal como aparece de esta novela, llamada setentrional, podría parecer á primeras, á un crítico moderno, que es producto de la acalorada fantasía de un hombre ignorante. Tal ha sido, poco más ó menos, la idea de los investigadores de literatura danesa cuando han tocado, de pasada, á las aventuras de Persiles y Sigismunda, como cuando S. Schandorph (*Hist. Arkiv*, 1873, 2) asegura que Cervantes no conocía los reyes del mar, los *vikingos* y los países setentrionales, confundía las cosas, lo cual, según el autor, tiene que «repeler un lector del Norte». Un lector del Norte de hoy en día tiene más bien que sentirse atraído por la aparente confusión de las descripciones que de las tierras setentrionales hace Cervantes, y buscar á través de ella cuáles sean sus fuentes.

Para quien esté algo familiarizado con la literatura geográfica de los siglos XVI y XVII ha de resultar claro que una de las principales fuentes de Cervantes tuvo que ser el relato de los viajes de los hermanos Zeni, conocido ya directamente, ya por refundiciones italianas ó españolas.

Este libro, que apareció por vez primera en italiano en Venecia y en 1558, pertenece á las obras de Geografía más difundidas y discutidas.

Su título dice que contiene, aparte de un diario de un viaje á Persia, relatos de los descubrimientos de las islas de Frislanda, Estlanda, Engronelandia, Estotilanda é Icaria, hechos bajo el Polo Artico por los dos hermanos Zeni, maese Nicolo, caballero, y maese Antonio, con una carta especial sobre todas las mencionadas partes setentrionales que han descubierto.

El editor de la obra, el consejero veneciano Nicolo Zeno, cuenta cómo su famosa familia posee diarios en que se ve que dos de sus miembros llevaron á cabo viajes de descubrimiento en el Norte de Europa y en América ya desde el año 1380. Siendo él muchacho, leyó esos diarios; pero desgraciadamente se perdieron por descuido, de modo que él no pudo entonces contar su contenido sino de memoria; y para verificar ésta, cotejar su relato con copias de una carta que fué dibujada durante los viajes, carta cuyo original se había borrado tanto con el curso del tiempo, que no sin grandísimo trabajo pudo reproducirla.

La carta es un mapa bastante correcto, pero diseñado flojamente, de Escandinavia y Dinamarca; una Groenlandia bien situada, pero demasiado dominante, y una multitud de islas en el mar del Norte, además de Islanda, llamada la gran isla de Frislanda; y lejos, hacia el Occidente, Drageo y Estotilanda, faltando la clásica Tule.

La isla de Frislanda, al servicio de cuyo príncipe Zichmni cuenta Zeno que estuvieron los dos hermanos, es el escenario principal de las hazañas de éstos. Se dice que esta isla era mucho mayor que Irlanda, y rodeada de aguas ricas en peces, «de

donde se proveen Flandes, Bretaña, Inglaterra, Escocia, Noruega y Dinamarca».

Desde Frislanda emprenden los hermanos grandes incursiones guerreras y viajes de descubrimiento hacia Estlanda, que se dice estar «cerca de la costa, entre Frislanda y Noruega»; á Islanda y á las siete llamadas islas islandesas, que cuenta están al Oeste de Islanda; aún más allá, hacia Groelandia—Engronelanda,—donde se halla «un monasterio de religiosos de la Orden de Predicadores, y una iglesia consagrada á Santo Tomás, y cerca un monte que vomita fuego como el Vesubio y el Etna, y un manantial de agua caliente, con la que se calientan la iglesia del monasterio y las celdas de los religiosos; y es tan buena para cocer en la cocina, que, sin hacer otro fuego, la utilizan en sus necesidades».

Cuéntase allí muchas otras cosas notables respecto á la naturaleza y los medios de subsistencia en Groenlandia. Tienen los religiosos, por ejemplo, pequeños huertos, cubiertos en invierno, que se riegan con el agua de la fuente caliente, con lo que crecen en ellos flores, frutos y hortalizas. Los edificios del monasterio están contruídos con «piedras pegajosas, que se sacan, como carbón, de las bocas del hogar de la montaña»; piedras á que después se les echa agua, con lo que se quiebran y forman una «cal muy blanca y muy ligadora». El invierno dura nueve meses; pero «allí, donde el agua cálida corre al mar, hay un puerto grande y espacioso, que, merced al agua hirviente, jamás se hiela en el invierno. Por eso hay allí una tal afluencia de aves marinas y de peces, de los que se coge una casi infinita muchedumbre... En este monasterio se reúnen religiosos de Noruega, Suecia y otros países; pero los más son de las islas islandesas...», etc., etc.

El relato de los viajes de los hermanos Zeni era una de las más conocidas obras de aquel tiempo, y ya directamente, ya por haber sido utilizada por otros autores, ejerció una poderosa influencia.

No duró esto mucho, porque se manifestaron ciertas dudas

respecto á su autenticidad, lo que ha provocado una literatura extraordinariamente rica en el curso de los siglos, hasta que últimamente, no hace aún medio año, ha logrado la ciencia (principalmente por Gustavo Norm, hombre del Norte) señalar su verdadero carácter casi como una especie de viaje fantástico al modo de los de Julio Verne. Juntamente con su carta ha subsistido en la diestra refundición de las en un tiempo más nuevas descripciones de viaje y cartas, entre las que representaron el principal papel la del finés Claudio Clavo y la del sueco Olo Magno.

A través de la Edad Media, todas las ideas geográficas que respecto á los países setentrionales se tenía en los países cultos, procedían de fuentes casuales histórico-legendarias. Los antiguos escritores que describen el mundo, contienen citas esparcidas respecto á los países nórdicos, tomadas de los autores clásicos como Piteas, Estrabón, Plinio, Tolomeo; los marinos no podían contar sino fábulas. Las ideas en parte más exactas de las fuentes nórdicas, como los Sagas y el Espejo del Rey, permanecían desconocidas del mundo científico, así como la clara noción de los marinos nórdicos—en especial los anseáticos—no revistió forma literaria.

Con el siglo xiv aparecen en Italia y España buenas cartas de mar, en que se representan también las aguas navegables del Norte con alguna mayor precisión, y al comenzar el Renacimiento se traduce del griego al latín la Geografía de Tolomeo, haciéndose así manual para todas las personas cultas.

Tolomeo conoce la península cimbria (Jutlandia), las cuatro islas escándicas (una grande y tres menores) y un par de archipiélagos en torno á Jutlandia; coloca al Norte de la Britania la isla de Tule, como la tierra última del mundo habitado.

La Geografía de Tolomeo fué, durante largo tiempo, la geografía científica del mundo; pero su idea del Norte se amplía en el curso del siglo xv, y cuando en la nueva edición de la obra se inserta una carta «moderna» del Norte, está dibujada según la del mencionado finlandés Claudio Clavo.

Claudio Clavo ó Claudio Claussoen Swart era un docto viajero de aquel tiempo, que residió, entre otras partes, en Roma, y cuya carta se publicó por primera vez en Ulm en 1482.

Diseña las islas danesas mucho mejor que los cartógrafos anteriores, pero toma Jutlandia enteramente según Tolomeo. La imagen que Clavo se formaba de la península escandinava tenía grandes faltas, siendo, por el contrario, extraordinariamente correcta la respectiva posición de los países. Tule queda como una isla en la costa de Noruega, conservando la longitud y latitud que le dió Tolomeo. Distínguese muy en especial la carta de Clavo por su representación de Groenlandia, que se traza aquí por primera vez.

Su continuador nórdico el arzobispo de Upsala, Olao Magno, es uno de los más notables geógrafos y etnógrafos del Renacimiento.

Hizo Olao Magno, por su iglesia, largos viajes en Escandinavia, pero abandonó, á los treinta y cinco años de edad, en 1524, á Suecia, y se movió hasta su muerte, en 1557, en Alemania, Polonia, los Países Bajos é Italia, con muy varia suerte, como embajador político ó como hombre de confianza del Papa en la lucha contra el luteranismo, ocupándose siempre, á la vez, en cosas científicas y en estrecha relación con los hombres cultos é interesados en geografía de su tiempo.

Su gran carta mural, *Carta marina* ó *Cartha ghotica*, fué editada en Venecia en 1539, y se anuncia ya en su título como carta marina y á la vez descripción de los países setentrionales y de las maravillas en ellos contenidas.

Como era general en las cartas de aquel tiempo y del siglo precedente, está copiosamente ilustrada: en las aguas, con figuras de peces, navíos, monstruos marinos, témpanos de hielo, etc.; y en tierra, con dibujos de ciudades, iglesias, bosques, montañas, fieras, reyes, escudos de armas, edificios, artículos de comercio, etc., etc. Contiene también las entonces generales inscripciones—llamadas «leyendas» — que en la carta misma, ó á sus márgenes, cuentan la duración del día y de la no-

che, ó los cambios de las estaciones en los lugares correspondientes, ó las más diversas particularidades de las tierras ó de sus habitantes.

Esta carta es la primera que trae á Escandinavia y las tierras del mar occidental en su verdadera figura, y reproduce exactamente los mares del Norte, mientras sigue manteniéndose Tule como una isla entre las Feroes y las Hébridas, y Groenlandia está muy imperfectamente representada.

Añádase á la carta unos comentarios en latín, alemán y más extensamente en italiano. En la edición italiana cita Olao Magno muchas veces la gran obra que se proponía publicar, y que publicó en Roma en 1555, escrita en latín: *Historia de gentibus septentrionalibus*. Es un grueso volumen de más de 800 páginas en folio, cuyo carácter aparece ya desde su título, que reza así: Historia de los pueblos setentrionales y de sus diferentes Estados, maneras de vivir, costumbres y usos, ciencias y artes, gobiernos, medios de vida, guerras, construcciones, instituciones, minas y otras admirables cosas, juntamente con todos los animales que viven en el Norte y su naturaleza». Se imprimió varias veces en latín, y fué traducida al italiano, al alemán y al francés.

El hallazgo reciente de la carta de Clavo y Olao Magno en bibliotecas europeas ha hecho posible el establecer que la carta y el relato de Zeno no son sino una compilación hábil, que fué lanzada al mundo con todo aplomo por un personaje de una de las mayores ciudades, y que por ello logró tanto éxito en el público todo culto, aunque á la larga se impuso la ciencia.

Es cosa clara que Cervantes, sea directamente, sea por medio de refundiciones italianas ó españolas, conocía bien á Zeno.

La descripción del monasterio de Santo Tomás en la costa de Groenlandia, con sus diferentes y maravillosos fenómenos naturales, tiene que provenir de Zeno, tanto más cuanto que es seguro que el tal monasterio jamás existió en aquella costa,

fuera de la fantasía de Zeno. A mayor abundamiento, cita Cervantes al veneciano Nicolás Temo, que descubrió Frislanda en 1380, el año precisamente que da el joven Zeno. Esta Frislanda, que aparece ya en la carta de Zeno como una gran isla al Sudoeste de Islandia, no es en parte más que una variante de Islandia misma, y éste es precisamente uno de los puntos en que la carta de Zeno se delata como una combinación. Ha combinado, en efecto, en Islandia los nombres islandeses de la carta de Olao Magno y Clavo, mientras que en su Frislanda (que era la denominación de Islandia en las cartas marinas del siglo xvii) combina los nombres islandeses de lugares con los feroanos de la carta de Olao Magno. Frislanda en Zeno es una curiosa mezclanza de Islandia y las islas Feroe; pero cuando Cervantes identifica Islandia con la Tule tolomaica, no hace sino seguir la idea general y constante de la Edad Media. Su referencia de «Tule, que ahora se llama Islandia», al Norte de Noruega, y Frislanda aún más arriba, con Groenlandia como la más setentrional, está de perfecto acuerdo con la carta de Zeno, en la que Islandia se sitúa al Oeste de Noruega, Frislanda al Sur de Islandia y Groenlandia al Noroeste de Islandia; mas en parte podría deberse esto á un capricho, pues en aquel tiempo no eran los poetas los únicos reservados, y en parte podía provenir el concepto de Cervantes de algunas de las cartas descendientes de la de Zeno, en que repetidamente se echa á Frislanda hacia el Norte y entre Islandia y Groenlandia, y en las que la proyección aplicada podría extraviar á un observador no ejercitado á tales cartas.

No es Zeno, además, la única fuente de que se sirvió Cervantes para el norte de su poética novela de viajes. Cuando cuenta que en Noruega hay tres meses de día y tres de noche con crepúsculos intermedios, no hace sino exornar un fenómeno cuya causa no ha comprendido, habiéndosela explicado quizás «en una esfera», fenómeno que los astrónomos y geógrafos de la antigüedad dedujeron de una manera puramente teórica y que había excitado siempre la fantasía de los euro-

peos meridionales. Durante toda la Edad Media se señalan referencias á un día de tres ó de seis meses; la más difundida carta marina española del siglo xiv contiene «leyendas» que hablan de un día y una noche setentrionales de seis meses cada uno, y entre las cartas graduadas introducidas á principios del siglo xv se hallan varias que indican al margen, junto al grado de latitud correspondiente, la duración del día más largo del lugar.

Un español y soldado de marina, como Cervantes, tenía materiales para formarse un concepto el más acabado de los países setentrionales.

Es seguro que pudo haber utilizado también, directa ó indirectamente, las obras científicas ó populares de las que sacaba su conocimiento de los países setentrionales la gente culta de entonces, obras que en lengua latina circulaban por dondequiera. Historias como aquella de las aves que nacían de la madera podrida de los diques, se presentan dentro de esa literatura. Olao Magno cita, v. gr. (*Hist.* XIX, cap. 9), un trabajo «sobre el maravilloso origen de los patos escoceses», y aduce como testimonio á «un escritor escocés que estudia cuidadosamente la esencia oculta de las cosas» y que asegura que un ave de la especie de los patos «en las islas desiertas nace del fruto de un árbol que cae al mar». Respecto á los hombres lobos cuenta Olao Magno, entre otras cosas, que «se presentan en gran cantidad en alta mar». Dícese que en Prusia, Livonia y Lituania «ocasionan á los hombres y animales aún más daño que los lobos efectivos y naturales». Los capítulos (*Hist.* XVIII, caps. 45-47) que tratan de estos monstruos están ilustrados con figuras, en que flotan por el aire formas á modo de brujas, parte de ellas en caballos con cabeza y garras de demonios.

Es interesante el fijar cómo en la Historia de Olao Magno se hallan otras figuras (en parte las mismas que en la carta marina) que parecen haber inspirado directamente al novelista.

Como ejemplo notable puede citarse la descripción de Cer-

vantes en *Persiles*, II, 16, de cómo «de improviso comenzaron á llover, no gotas, sino nubes enteras de agua sobre la nave, de modo que no parecía sino que el mar todo se había subido á la región del viento y desde allí se dejaba descolgar sobre el navío. Alborotámonos todos, y puestos en pie, mirando á todas partes, por unas vimos el cielo claro, sin dar muestras de borrasca alguna, cosa que nos puso miedo y en admiración». Pero uno de los experimentados marineros dijo: «Sin duda alguna esta lluvia procede de la que derraman por las ventanas que tienen más abajo de los ojos aquellos monstruosos pescados que se llaman naufragadores; y si esto es así, en gran peligro estamos de perdernos; menester es disparar toda la artillería, con cuyo ruido se espantan». Y al punto vió «alzar y poner en el navío un cuello como de serpiente terrible, que arrebatando un marinero, se le engulló y tragó de improviso, sin tener necesidad de mascarle». Sólo disparando toda la artillería consiguen los marinos escapar del monstruo.

Aquí traen ambas, la carta y la Historia, los correspondientes dibujos, en que se ve á un poderoso cetáceo acercarse á la nave lanzando torrentes de agua de sus respiraderos, y parece ir á tragarse la nave, y en otro una serpiente de mar de puntiaguda cabeza se levanta sobre las olas y arrebatá á un hombre de la nave.

A la primera de estas ilustraciones añade la Historia un texto en que se habla de los cachalotes, diciendo que «...para perdición de los marinos se levanta á menudo sobre los mastes del navío y vomita por los canales que tiene en la parte alta de la cabeza torrentes de agua allí recogida, de modo que con frecuencia hace que se vaya á pique la más poderosa nave con una inundación como si se abrieran los cielos, ó expone á los marinos á los mayores peligros». Y añade que el ruido y el clamor de las trompetas espanta á esas bestias. De la serpiente de mar, de 200 pies de largo, dice que «atrapa naves y se levanta en las tempestades como una columna, cogiendo y devorando hombres».

Las descripciones puramente artísticas de Cervantes son muy interesantes como uno de los primeros ensayos—si es que no el primero—que se han hecho en la literatura para aprovechar los relatos de las expediciones polares.

De 1595 á 1597 invernaron por primera vez en la Historia hombres de pueblos europeos cultos la noche invernal de las tierras polares. Fué la famosa expedición holandesa de Guillermo Barents, que se heló en los hielos polares en Nueva Zembla.

Como dice Nordenskiöld en su obra acerca de la expedición de Vega, «antes de haberse hecho la prueba no se estaba seguro de que el hombre pudiese soportar el riguroso frío del Extremo Norte y la larga noche invernal de tres á cuatro meses. No es, pues, de extrañar que la inteligencia, el valor y la intrepidez de los holandeses que fueron de expedición al Polo despertara una franca admiración en los pueblos cultos todos, y que el relato de su invernada (por De Veer, piloto de Barents) fuera acogido con extraordinario interés y fuese objeto de innumerables refundiciones y descripciones, tanto en verso como en prosa y en todas las lenguas cultas».

No cabe duda alguna de que ó el seco pero vivamente ilustrado relato de Veer (que apareció también en latín), ó quizá una de sus «innumerables refundiciones y descripciones», ha servido de fuente á Cervantes.

Algunas de las figuras que acompañan al relato de De Veer podrían servir de ilustraciones al texto de Cervantes.

De Veer trae una figura que representa una nave con las velas desplegadas, presa de los témpanos de hielo, mientras hombres que habían salido de á bordo para hacer una cueva en el hielo vuelven á bordo. Quien examine con atención este grabado ó quien lo recuerde echará de ver los grandísimos puntos de semejanza que guarda con la descripción que hace Cervantes de cómo se cierran los hielos en torno á la nave, por lo cual la tripulación se da á arriar velas.

En otro grabado se ve á la nave aprisionada por los hielos,

mientras por un lado unos de los tripulantes arrastran á tierra chalupas con algunos toneles, y por otro lado ilustra el dibujo el relato de cómo una parte de la tripulación abandona dos días después, con armas, la nave para emprender una exploración de la tierra.

Y se ve uno llevado á ver en esto el modelo de las descripciones de Cervantes, no sólo del aprisionamiento por el hielo, sino también de los lituanios armados que marchan sobre el hielo, lo mismo que los prisioneros rusos del grabado de De Veers, que llegan al encuentro de los holandeses «con gran amistad y compasión», y por último les llevan á Kola, donde son «recibidos en fiesta por los habitantes», lo cual puede haber servido para el relato del rey Cratilo y de la amistosa recepción que su pueblo hace á Persiles y sus compañeros.

Un cuarto grabado que representa á gentes ocupadas en recoger maderos en unos cueros puede haber dado ocasión al relato de la manera de trasportar los lituanios las mercancías desde la nave de Persiles.

Muy grotesca es la descripción que hace Cervantes de la patinación, creyendo, al parecer, que se trataba de gente que anda sobre un pie, cuando en realidad es que toman impulso con el uno y avanzan con el otro.

Hay que tener aquí en cuenta que era muy fácil que un meridional se confundiese ante un grabado y un texto referentes á la manera de patinar con el *ski*.

Olaio Magno habla en diferentes pasajes del modo de patinar de los lapones, haciéndolo acompañar de muchos grabados. Según Aug. Ahlquist (*De vestfinska Spraakens Kulturrord*), se emplea en Finlandia un modo de patinar con *ski*, que consiste en tomar impulso empujándose con el patín ó *ski* del pie derecho, el cual patín es más corto que el del pie izquierdo, gravitando el peso del cuerpo sobre éste, que sirve para dejarse deslizar. A esta manera de caminar se hace referencia ya en la *Historia Longobardorum* de Pablo Diácono, del siglo VIII, en que el nombre de Scritobini se deriva de una pa-

labra bárbara que significa «saltar», porque «persiguen á las bestias con saltos curvos dados con ayuda de un árbol diestramente encorvado». Y á juzgar por lo que dice Olo Magno, era esta manera de patinar general entre los lapones todavía en su tiempo; y entre los patinadores que están representados en su obra se ve á algunos con el patín derecho más corto que el izquierdo.

Excusado es decir que no cabe hacer una completa y detallada indicación de las fuentes de que se valió Cervantes para sus descripciones de los países setentrionales en su *Persiles y Sigismunda*, no siendo sirviéndose de colecciones españolas de entonces, y con ayuda de las obras geográficas y de viajes editadas en España en tiempo de Cervantes, si es que esto puede hacerse, porque Cervantes era un escritor que narraba con gran libertad.

La presente investigación á grandes rasgos que señala las fuentes capitales, seguras y probables, podría tener algún interés, y esto en doble sentido.

Contribuye primero á presentar á Cervantes como un escritor interesado verdaderamente en cuestiones geográficas, que tomó sus materiales de la literatura más acreditada en su tiempo al respecto, aun cuando, como era natural, no pudo separar lo que era exacto de lo que no lo era, ni llegó siquiera á hacerse escrúpulos en tal sentido, del mismo modo que, por ejemplo, el literato ilustrado que escribiera hoy en día una novela sobre el remoto Tibet, es muy natural que quisiera servirse del concienzudo Hedin y del menos fidedigno Landor.

Pero es además muy instructivo el ver cómo el más eminente de los poetas en prosa que ha tenido España, y con ella las naciones cultas, se representó nuestro setentrion de Cristián IV. Ni del más pequeño eco de nuestra historia y cultura se halla huella en el océano de la cultura universal. Apenas se puede, pues, por las descripciones del *Persiles y Sigismunda* deducir que en España hubiera conciencia del Norte de tiempo de los reyes de mar (*vikingos*), porque para formarse idea

de las naciones marinas menos conocidas como de hábiles corsarios, tenían los españoles de entonces modelos mucho más cercanos. Apenas si un débil eco de las luchas de la Reforma llegó á los oídos de Cervantes, cuando decía que la religión católica «andaba algo de quiebra» en aquellas regiones setentrionales.

CARLOS LARSEN

EL ALCOHOLISMO EN LA POESÍA CLÁSICA ESPAÑOLA

NOTAS PARA SU ESTUDIO

Puede asegurarse que Joan Roiz, Arcipreste de Fita, es el primero y más convencido de nuestros poetas antialcoholistas.

Gonzalo de Berceo no pudo sustraerse á la baja chabacanería, por lo visto tan corriente en el siglo XIII como en los posteriores, de admitir al vino como premio halagador del héroe ó del poeta. En la segunda copla de su *Vida del Glorioso Confesor Sancto Domingo de Silos*, después que en la primera ha invocado el nombre del Padre, de *Don Ihesucristo, fiijo de la Gloriosa* y del Espíritu Santo, expone sus propósitos y el galardón á que se considera acreedor como historiador del Santo:

Quiero fer una prosa en román paladino,
En qual suele el pueblo fablar á su veçino,
Ca non so tan letrado por fer otro latino,
Bien valdrá, como creo, un vaso de bon vino.

A muestra de la lisura y sencillez de las gentes de la época achacan Sánchez y Pidal, glosadores de las obras de Berceo, la extraña genialidad de éste, que, sin duda alguna, afea tan hermosa obra.

Las poesías del Arcipreste, que tan acertadamente analizó Jovellanos en la censura que hizo para la Real Academia de la Historia, reputándolas como documento de inestimable valor para el conocimiento de los usos y costumbres del siglo XIV, fustigan sin piedad el hábito de beber. Menos cono-

cido el *Libro de Cantares* de lo que merece, es interesantísimo estudiarle como arsenal de datos notables para las modernas orientaciones de los estudios sociales; y en tal sentido, veamos cómo Joan Roiz conocía, definía y censuraba sin miramientos el vicio de la bebida.

Considerando á éste como el rey de los malos hábitos, intitula así uno de los capítulos de sus cantares (del 502 al 549): *De como el amor ensenna al arçipreste, que haya en si buenas costumbres; e sobre todo que se guarde de beber mucho vino blanco e tinto.*

Adelantándose al juicio hoy corriente entre los higienistas de que tal vez la primera copa, deleitosamente gustada, sea eslabón de la cadena que acaba en el *delirium*, nos habla en el cantar 503 de un ermitaño á quien el vino *fiso perder cuerpo et alma... nunca lo bebiera*, dice, *probólo por su danno.—Re-tentólo el diablo con su sutil enganno...*; y de este primer mal paso dado por el abstigente ermitaño, que asegura no saber lo que es vino, veremos con cuánta lógica, con qué claridad deriva, individualizándolos, los efectos del pernicioso líquido.

El diablo tiende bien sus lazos; habla á su víctima de *aquel cuerpo de Dios que tu deseas gustar*, y le dice: *la Sangre de Dios en ello yase.—Sacramento muy sano...* (1); y consigue que *pruebe un poco dello.*

Pero el ermitaño bebe *mucho vino sin tiento*, y como era *fuerte puro, sacol de entendimiento* (2).

(1) Cuando la Iglesia ha transformado sus procedimientos, de acuerdo con la diversidad de problemas sociales que incesantemente se renuevan, ha puesto en claro que el vino que Nuestro Señor Jesucristo bebió en la Sagrada Cena era jugo puro de uva sin fermentar, y que una de sus últimas acciones en la tierra fué la de rechazar el vino fermentado mezclado con mirra que el Centurión le ofreció, ya enclavado Jesús en la cruz. Los obispos norteamericanos Ireland, Keane, Maignien, Watterson, Spalding y Ryan, misioneros ejemplares del antialcoholismo, lo han repetido mil veces en sus predicaciones y en sus pastorales.

(2) En los cantares 509 y 510 se dice que el vino lo pidió á unos taberneros que iban por un próximo camino. Tan sueltos como en el siglo XIV

¿Qué efectos produjo el abuso de la bebida al ermitaño?
Pueden clasificarse de este modo:

Pérdida de las facultades intelectuales:

512 Amigo dis, non sabes de noche nin de dia
Qual es la hora cierta, nin el mundo como se guia...

.....
.....

518
.....
..... todo seso olvida

.....
.....

522
.....
.....
..... al que demás lo bebe sácalo de cordura.

Pérdida de la moralidad:

513
El estando con vino, vido como se juntaba
El gallo á las fembras, con ellas se deleytaba,
Cobdició faser forniçio desque con vino estaba.

514 Fué con él
Luxuria
.....
.....

515 Descendió de la hermita, forzó una muger,
Ella dando muchas voces non se pudo defender,
Desque pecó con ella temió mesturado ser.
.....

andán ahora; pero á los antiguos les abona el que vendían, según el poeta, vino puro.

Repárese en la fuerza científica de la observación sobre los efectos del vino puro. El poeta parece saber que, de no haber sido puro, de haber tenido menor fuerza alcohólica, no hubiera producido tal efecto.

E. M.—Marzo 1906.

- 520 Los omes embriagos
 Fasen muchas vilesas todos les aborresçen.

Adquisición de hábitos inmorales:

- 514 Fué con él la cobdicia rais de todos males
 Luxuria e soberbia tres pecados mortales.

- 522

 Toda maldat del mundo fase et toda locura.

Caída en el delito:

- 514

 Luego el omeçida; estos pecados tales
 Trae el mucho vino á los descomunales.
- 515

 Matóla el mesquino, e ovose de perder.
- 516

 Fué la su mala obra en punto descobierta,
 Esa hora fué el monge preso et en refierta.
- 517 Descobrió con el vino quanto mal había fecho.
 Fué luego justiçiado, como era derecho.

- 521 A do mas puja el vino quel seso dos meajas,
 Fasen roido los beodos como puercos e grajos;
 Porende vienen muertes, contiendas e barajas:

Efectos patológicos:

518 Fase perder la vista, et acortar la vida.
 Tira la fuersa toda, sis toma sin medida,
 Fase tembrar los miembros

519 Fase oler el fuelgo, que es tacha muy mala,
 Huele muy mal la boca, non hay cosa quel vala,
 Quema las asaduras, el figado trascala.

520 Los omes embriagos aina envegesçen,

 en su color non andan, secanse et enmagresçen.

¿No es la precedente una descripción casi perfecta del tipo alcohólico de nuestros días?

Joan Roiz, adelantándose á Magnus Huss en la caracterización del alcoholismo, destruye la siguiente afirmación de Ferrí en su *Sociologia Criminale*: «Hasta Magnus Huss—dice—se había conocido el borracho bebedor de vino, de sidra ó de cerveza; pero en adelante el tipo del ebrio más ó menos jovial, hablador y, *en el fondo, buen muchacho*, comenzó á desaparecer, para dejar el puesto al alcoholista pálido, irritable y brutal». Este es precisamente el tipo del ermitaño descrito por Roiz, digno tronco de una familia Juke del siglo xiv.

Pero el Arcipreste de Hita hace algo más que describir: reduce á máximas concretas sus opiniones contra la embriaguez, ni más ni menos que un meritorio socio de la Cruz Azul.

Júzguese de lo concreto y claro de tales máximas.

502 Buenas costumbres debes en tí siempre haber,
 Guárdate sobre todo mucho vino beber,
 Que el vino fiso á Lot con sus fijas volver
 En verguenza del mundo, en sanna de Dios caer.

- 517

 En el beber de mas y ay todo mal provecho.
- 518

 A do es el mucho vino, toda cosa es perdida.
- 519

 Si amar quieres duenna del vino bien te guarda.
- 521

 El mucho vino es bueno en cubas e en tinajas.
- 522 Es el vino muy bueno en su misma natura,
 Muchas bondades tiene, si se toma con mesura.

- 523 Por ende fuye del vino, et fas buenos gestos
 Quando fablares con duennas.

 (1)

(1) Aparte el capítulo estudiado del *Libro de Cantares*, merecen mencionarse los titulados *Aquí fabla del pecado de la gula* (281 á 287), y *Ensiemplo del león et del caballo* (288 á 293), en cuyos versos se encuentran las siguientes indicaciones:

- 283 Con la mucha vianda e vino creçe la frema.

 Llévate el diablo, en el infierno te quema.

- 285

 El profeta lo dise esto que te refierto,
 Por comer e tragar siempre estás boca abierto.
- 286 Feçiste por la gula á Lot noble burgués
 Beber tanto que yogo con sus fijas; pues ves
 A faser tu forniçio; ca do mucho vino es,
 Luego es la loxuria, et todo mal después.
- 293 El comer sin mesura, et la grand venternía
 Otro sí mucho vino con mucha beberría,
 Mas mata que cuchillo, Ypocras lo desía;

Rabbi don Sem Tob, protegido de Pedro I de Castilla, á quien Amador de los Ríos atribuye el *Tractado de la doctrina* que figura en la Biblioteca de Rivadeneyra, no es tan elocuente ni tan claro en sus consejos antialcoholistas. Hay, sin embargo, en su *Credo* como un antecedente social del alcance del descanso dominical, que confirma lo antiguo de la petición de que las tabernas y sus consecuencias no turben la tranquilidad pública en las fiestas de guardar.

Credo.—Guardarás las fiestas:

Escusa caminos e caça	}	en las fiestas.
Juegos, <i>Tavernas</i> e plaça		
Destas salen muy grand rraça		

Aparte este dato, en los *Pecados capitales* encontramos la reprobación de los excesos como regla de sana moral.

En beuer sey mesurado	}	en birtudes (1).
En el comer hordenado		
Por que seas reparado.		

De gran significación son las alusiones variadas que en las jácaras se hacen á la taberna, al vino, á la embriaguez, elementos valiosos de criminalidad.

La taberna figura en tales romances en el lugar mismo en

(1) El freno religioso era de gran valor en aquellos tiempos, como ahora. Que los poetas interpretasen ya entonces la doctrina cristiana en el sentido expuesto, explica el que los Pontífices contemporáneos, como León XIII, hayan intervenido en la lucha contra el alcoholismo, para la que ya no separan á los hombres fanatismos ni diversidad de ideas. Sólo inspirado en el fanatismo se explica que, mucho antes de cantar su famoso himno al alcohol Arnolfo de Villanueva, médico de Pedro III de Aragón, el poeta árabe Hariri (1054) elogiase en términos parecidos las delicias del vino: «El vino, dice, es la piedra pómez del mal humor, el dueño del espíritu, que hace al pusilánime decidido, y al débil fuerte; sana al enfermo, devuelve color al pálido, hace día risueño de la noche oscura. ¿Conoces, hombre, cosa mejor? Sólo cuando las paredes de tu cuarto giran en derredor tuyo puedes imaginarte que estás en el Paraíso».

que los modernos criminalistas la colocan, como factor del delito, como sitio de reunión obligado de malhechores y perversos, donde se fraguan planes negros y se adquieren arrestos para ponerlos en ejecución. El vino desvanece dudas, ahoga remordimientos y disipa tristezas. La embriaguez va unida al escándalo y al embotamiento de las facultades, y el léxico especial denota la familiaridad que une al crimen con el alcoholismo.

Como muestra inicial, porque en el orden cronológico de nuestra poesía clásica es antecedente necesario para su estudio, vaya lo dicho, que da idea de lo que poetas creyentes y poetas escépticos han dicho; muestra que lo es de géneros diversos, desde el místico al hampesco, desde la sátira á la jactatoria.

*
* *

Para formar un conjunto armónico de opiniones poéticas posteriores sobre la embriaguez y el alcoholismo, atengámonos á puntos concretos.

Cantos á Baco.—Sabido es que la palabra viene de la voz frigia *Bagaios* (sér que encarna todas las energías), y que no es otro que Baco, el primitivo Dionysos, dios del vino, de los oráculos, padre de la fuerza, de las alegrías y de la inspiración.

De su papel en la tragedia griega nos dicen bastante las obras de Aristófanes, Sófocles y Esquilo (1).

Del culto que en Roma tuvo, innecesario es hablar. Nerón, poeta y cantor, se nos representa en su verdadero aspecto de degradación, cantando al dios que le inspira en las orgías descritas por Sienkiewicz. Juan Alemán, poeta florentino, se la-

(1) De Eurípides es la siguiente declaración: «¡Feliz el que, iniciado en los divinos misterios, santifica su vida y su alma adorando á Baco en la montaña solitaria!»

menta de ello en un poema escrito durante su destierro en los años 1530 al 32.

Non la Germania, no, ma l'ozio, *il vino*
 Avarizia, ambizion, lussuria e gola
 Ti mena al fin che già veggiam vicino (1).

Adoradores de Baco, por lo menos en sus versos, son muchos de nuestros poetas de los siglos xv al xix. Cuando la poesía vivió en mundo limitado, ajena á las hondas luchas del espíritu, y sometida á invocar la benevolencia de las musas para cantar á Filis ó á los tormentos de la ausencia, se explica que, sin conciencia de su responsabilidad social, los poetas se dieran el gustazo de mimar al vicio y á sus dioses. Ved cómo Cristóbal de Castillejo (1494-1556) cultivaba un humorismo barato haciendo gala de despreciar al agua por considerarla nociva á su salud (2).

Y vos, Baco, gran señor,
 padre de las alegrías,
 que en los mis postreros días
 venistes á ser autor
 de las no pensadas mías;
 triunfa ya de los licores
 de las cisternas y pozos,
 fuentes y ríos mayores,
 pues vuestro placer y gozos
 de todos son vencedores.

Esteban Manuel de Villegas (1595-1669), con una ingenuidad que bastaría para calificarle, en su composición *De Baco y Venus* dice del primero:

El que es de Jove hijo,
 Baco, padre Lieo,
 me enseña mil mudanzas
 luego que entra en mi pecho;
 que no me es poca gloria
 bailar cuando estoy lleno.

(1) «No los germanos, no, el ocio, el vino, la avaricia, la ambición, la lujuria, el goce, te llevan al fin que ya vemos vecino.»

(2) «Al Agua.—Habiéndole mandado que bebiese vino.»

Bien se aprecia á través de la obscuridad del verso que Villegas gozaba perdiendo conscientemente la noción de sí mismo.

Cuando me asalta Baco
no hay cuidado que vele,
ni al mismo Crespo estimo
con todos sus haberes;
luego la dulce musa
me coge de repente
y me fabrica versos
para cantar alegre.

Esta musa que á Villegas, *cogiéndole de repente, le fabrica versos*, es la musa inspiradora de Murger, de Musset, de Tasso, de Berángel, la musa asesina de Poe.

Más campanudo, pero en un estilo muy corriente entre los clásicos, es el elogio de Juan de Arguijo (1664-1728) á Baco.

.....gran padre, *domador* de Oriente,
he de cantar.....

De fanfarria poética calificó el soneto á que el pasaje pertenece, el Maestro Medina en sus *Apuntamientos*. Arguijo, por lo menos, ha sacrificado á Baco su reputación literaria.

Meléndez Valdés (1754-1817) parece interesado en prodigar los frutos de su inspiración báquica. Sabemos de él que no fué un gran poeta, y que murió de apoplejía, y cabe maliciar si esto se debiera á que pusiese en práctica sus teorías sobre el uso de la bebida.

Ocupándose del *domador* de Arguijo en su composición *Del vino*, exclama:

Todo á Baco, Dorila,
todo oficioso sirve.
La tierra generosa
le sustenta las vides.
El agua se las riega
con sus linfas sutiles,
y el céfiro templado
se las bulle apacible.

Sigue mencionando, como servidores de Baco, al Sol y á los hombres, y acaba llamando *necia* á Dorila porque retira de sus labios la copa,

delicia de los hombres,
honor de los festines.

En la titulada *Á Baco* escribe:

¡Honor, honor á Baco,
el padre de las risas,
de las picantes burlas,
de la amistad sencilla!
.....
el dios de las provincias
que el Málaga, el Tudela
y el Valdepeñas crían!

Si la poesía tiene un objeto, responde á algo, las pueriles y afectadas sólo en la fuerza del consonante pueden hallar explicación. ¡Qué se podrá juzgar de las sacrificadas al canto asonantado, como las de Meléndez!

¡Cómo calificar aquella otra *En un convite de amistad*, que tiene por estribillo:

¡Bebamos, bebamos
del suave licor
cantando *beodos*
á Baco y no á amor!

Lista (1775-1848) satisfizo su culto literario al mismo dios, traduciendo de Horacio, en sonoros y bellos conceptos, aquellas estrofas bien conocidas que retratan el temor, el asombro de haber visto á Baco.

Ví á Baco, sí (generación futura,
tú lo creerás)
.....
Piedad, Baco potente,
piedad, que estoy rendido;

testimonio elocuente de la poca sinceridad de Horacio, que así teme al dios aunque cante sus traidores dones, es la epístola

la V de su libro V, que dice: «¿Hay algún desgraciado á quien el vino no libertara de sus penas?»

Elogio del vino.—Al género epigramático débese social gratitud. Como el proverbio y la fábula, el epigrama de mérito no muere. Su autor moraliza con él salvando tiempos y generaciones, y tiene sobre toda ventaja la que le prestan la amenidad y el gracejo. Digo esto, que no es ninguna novedad, á cuento de que en el siguiente epigrama de Salas Barbadillo (1580-1635) se elogia al *vino alguacil*, asaetando otros males, como el de la venalidad de las autoridades, que á veces tiene su raíz en sus vicios más disculpados.

A prender á un tabernero
fuiste, Arnaldo, y él te dió
tanto licor, que libró
su cuerpo del carcelero.
Viste luego mil candiles,
hablaste poco y mohino;
no hay alguacil como el vino,
pues prende á los alguaciles.

Sin dejos de ironía, con la sinceridad del que desconoce los efectos de aquello que el vulgo aprecia, y no pretende estudiarlos, quizá por no ir contra la corriente, nuestros poetas antiguos prodigan sus alabanzas al vino. No van solos en el elogio, que al fin es adulación de la que son cómplices muchos famosos vates extranjeros. Carducci, más equivocado que ninguno, acoge una opinión que hace del vicio virtud.

Di Caton prisco narrano
Che della stoica incude
Spesso nel vin tempravasi
La rigida virtude (1).

Schiller, en su *Canto á la alegría*, lejos de pasar por la propiedad excitante del vino, que ya nadie discute, dice de él:

(1) Cuentan de Caton Prisco—que del estoico yunque—con frecuencia templaba en el vino—la rígida virtud.

Freude sprudelt in Pokalen
 In der Traube goldnem Blut
 Trinken Sanftmut Kannibalen
 Die Verzweiflung Heldenmut (1).

Baudelaire, delirante, deja á Arnolfo de Villanova muy á la zaga entre los adoradores del líquido tan ensalzado (2).

El maestro Quevedo, cuyo admirable realismo estriba en huir de la pedantería para hacer bello lo más vulgar, se venga de las moscas caídas en el vino que bebe, exclamando al final de un hermoso soneto:

Toma en el trago hacia mi nuez la boga,
 que bebiéndoos á todos me desquito
 del vino que bebisteis, y os ahoga.

Pero Quevedos hay pocos... Villegas no busca venganzas en el vino, porque confiesa que

Con el suave vino
 doy sueño á las tristezas;
 pero á mí ¿de qué parte
 el trabajo y la pena,
 el cuidado y la angustia,
 el llanto y la miseria?

.....

(1) La alegría desborda de las copas,—en la dorada sangre de los racimos;—los Caníbales beben la templanza y los desesperados el heroísmo.

(2) Dice en la *Canción del vino*: «Hombre bien amado, voy á hacer llegar á ti á través de mi prisión cristalina un canto rebosante de fraternidad, himno de alegría, de luz, de esperanza.

Yo animaré la mirada de tu decaída mujer, la compañera de tu lucha diaria, de tus ilusiones. Endulzaré esa mirada y daré á su pupila el brillo de la perdida juventud. Á tu pequeñuelo, pálido niño, le devolveré los bellos colores que lucía en la cuna, siendo para ese nuevo guerrero de la vida como el aceite que endurecía los músculos de los antiguos gladiadores.

Seré bálsamo y lenitivo de tus cansados pulmones, la semilla que fertiliza...; nuestra íntima unión creará la poesía...

Entre ambos haremos un Dios y subiremos hacia lo infinito como los pájaros, las mariposas, los ángeles, los perfumes y todo lo alado...»

Y en otro de sus versos:

.....
 Corra el otro á las armas
 cargado de paveses,
 que yo tan sólo al vino
 correré diligente;

 que más quiero asomarme
 que morir de repente.

El Conde de Noroña (1760-1815) toma pretexto del vino para cantar su amor á las bellas escanciadoras. Es caso tan frecuente en todos los tiempos, que no podrá tomárselo en cuenta ningún antialcoholista. Un sagaz industrial de aquella época pudo explotarlo anticipándose á establecer los *bars* con camareras de nuestros días.

Para Meléndez Valdés, de quien ya antes nos ocupamos (véase su composición *Del mejor vino*), el vino da vida á los ojos,

al paladar endeble
 su ardor hace más grato,

 el libre gozo engendran,
 disipan los cuidados.

Habla otras veces de

.....
 el néctar que nos salva
 de los desvelos tristes,
 con que negra la suerte
 nuestro espíritu aflige;

 delicia de los hombres,
 honor de los festines...

y acaba llamando nuevamente *necia* á la cauta Dorila, que retira de sus labios la copa que le ofrece.

Cantando á Baco, en versos ya citados, aún atribuye al vino más virtudes.

.....
 Él la jovial franqueza,
 él la igualdad inspira.

 Alas al genio ofrece.

 Sobre los pechos tristes
 derrama la alegría.

 Bebido, sus ardores
 dan al flaco osadía,
 revelan mil verdades,
 acaban con mil iras.
 Vuelven largo al avaro,
 la esperanza subliman,
 al plebeyo hacen grande
 y altiveces humillan.

 Al mismo amor con ellas
 avasalla.



En *El vino y la amistad suavizan los más graves trabajos*, se consuela de la ausencia de la patria:

..... *su bárbara saña*
debimos huir.

invitando, á los que en su caso se encontraban, á embriagarse...

Bautista Arriaza (1769-1837), otro convencido, en su anacreóntica *Brindando por las damas en un convite de Nochebuena, y por el buen éxito de nuestras armas en la América Meridional* (año 1806), les habla así:

No deis paz á los vasos,
 canto y trago por ellos;
 no reparéis si es Grave,
 ó Jerez ó Burdeos,
 porque yo en cualquier vino
 me hallo gloria y provecho.

Es el título de esta anacreóntica una muestra de las muchas que encontramos en la poesía clásica del maridaje literario entre la guerra y el vicio. Para muchos vates no hay soldado posible sin amor y sin vicios (1).

Juan Nicasio Gallego (1777-1853) califica al Jerez como

Jugo divino, honor de Andalucía
y envidia del flamenco y del britano.

Predilecciones aparte, el elogio es general. Ninguno de nuestros poetas clásicos ha dicho como Shakespeare: «¡Oh invisible espíritu del vino, si no tienes nombre que te designe, te llamaremos demonio!» (2). Han preferido ser vulgares á ser sinceros.

Sobre la embriaguez y los borrachos.—Cuando se busca, ó se espera, que entre tanto apologista del vino haya cierto espíritu de tolerancia por los borrachos y la embriaguez, se ve uno sorprendido de no encontrar ni indulgencia, ni lástima siquiera, hacia los que, fiándose de las decantadas virtudes y excelencias del *jugo divino, domador de Oriente*, etc., cayeron en sus redes.

(1) Confundiendo la adquisición del valor con la predisposición á la ferocidad, ha habido quien sostenga que el vino conduce al soldado al combate rebosando valor. Ejemplo, dicen, la canción de guerra de los antiguos guardas franceses, á la que pertenece la siguiente estrofa:

Voulez-vous suivre un bon conseil?
Buvez avant que de combattre.
A jeun je vaux bien mon pareil,
Mais quand j'ai bien bu, j'en vaux quatre!

(¿Queréis seguir un buen consejo?—pues bebed antes de entrar en combate:—en ayunas valgo lo que otro;—pero cuando he bebido, bien valgo por cuatro.)

¡De cuántos males será responsable el autor de este canto!
Pudo llegar la obsesión de que á las viñas se debía el ardor en lucha del soldado, al extremo de que, en 1811, el Duque de Aumale, al desfilarse con su regimiento por delante de unos famosos viñedos, hizo que presentaran armas á éstos en señal de homenaje á la flor de la valentía.

(2) O thou invisible spirit of wine; if thou no name to be known by, let us call thee devil (*Otello*, act. II, escena III).

Quevedo, sin embargo, es más lógico. No cantó las excelencias del vino con cursi ampulosidad; vió sólo en él el lado jocoso; invitó en sus versos á la risa, pero no á la bebida, y cuando habló de borrachos pudo ponerlos en la picota del ridículo, sin recelo de volubilidad, ó zaherir la embriaguez con ataques tan donosos como morales.

Empieza así uno de sus sonetos:

Que los años por ti vuelen tan leves
pides á Dios; que el rostro sus pisadas
no sienta, y que á las greñas bien peinadas
no pase corva la vejez sus nieves.
¡Esto le pides, y borracho bebes
las vendimias en tazas coronadas!
.....

Y dice en los últimos tercetos:

.....
A Dios le pides lo que tú te quitas:
la enfermedad y la vejez te tragas
y estar de ellas exento solicitas.
Pero en rugosa piel la deuda pagas
de las embriagueces que vomitas.
.....

Sus famosos romances *Los borrachos* parecen inspirados por la musa de Joan Roiz. Hay en ellos la nota genial de quien haciendo versos no se limita á ser poeta, sino que demuestra ser psicólogo, observador perspicaz, intuitivo conocedor de las miserias de cuerpo y alma que la ciencia estudia.

En uno de esos romances, los personajes descritos,

de su majestad de Baco
gentilshombres de boca,

riñen torpemente excitados por el Coca y el Yepes.

Dos mozas de carne y hueso,
no de las de nieve y rosa,

consiguen apaciguar los ánimos, y conducen á los borrachos, que lo son habituales, de taberna en taberna; y como del vino, según el romance, hay que

temer sus tretas,
que apuntando en las tripas
da en la cabeza.
Ya los prende la justicia,
que en Sevilla es chica y poca.
.....

y pagan en galeras su viciosa inclinación, entre burlas y chacotas de la Escobera y la Salmerona.

En el otro romance, más conocido que el que acabamos de recordar, hay mayor vigor narrativo, más seguridad en la descripción de tipos y de escenas.

Están gobernando el mundo tres gabachos y un gallego.

Mojadas tienen las voces,
los labios tienen de hierro,
y por ser hechos de yesca
tienen los gznates secos (1).

Mientras uno *está puesto á vómito*, otro *mece el vino remos-
tado en sudor*, y otro

suspirando saca el aire
por no avinagrar el cuero;
Maroto, buen español
.....
después que toda la calle
sahumó con un regüeldo,

(1) Hay en el romance (como puede apreciarse por esta sola muestra) conocimiento de la sintomatología del alcoholismo, ó de la embriaguez, mejor dicho. Si Quevedo se lo hubiese propuesto, habría hecho una descripción completa. Lo que hay es que en este romance llamado de los borrachos pone la locuacidad de éstos como medio de decir, con irónico gra- cejo, grandes verdades sobre las costumbres de la época.

pasa revista á los males de su tiempo, lamentándose de la mudanza y de la liviandad de las hembras, de la mansedumbre de los maridos, etc., etc., hasta que al arrullo del sermón, Pierres

dormido cayó de hocicos
y devoto besó el suelo.
Jaques, desembarazado
el estómago y el pecho,
daba mil tiernos abrazos
á un banco y un paramento.
Sirviéronle de orinales
al buen Roque sus gregüescos.

.....
Maroto, que vió el estrago
y el auditorio de cestos,
bostezando con temblores
dió con su vino en el suelo.

De Polo de Medina son las redondillas *A un borracho que murió de mal de orina* y la décima *A un borracho que hacía coplas*.

Las primeras, verdaderamente despiadadas, pero donosamente escritas, retratan los postreros sufrimientos de un borracho que murió

de estangurria y mal de orina.
Pudo orinar, mas no osaba,
contra sí mismo cruel,
porque no saliese dél
el vino que en él entraba.

Colón en descubrir bodegas, y Cortés en conquistarlas,

del *licor* que á su albedrío
fué salud, *siendo veneno*,
como se sintió tan bueno
no quiso verse vacío.

Es esta declaración de la toxicidad de los licores la más terminante que se encuentra en la poesía clásica. No es extra-

ño que un poeta convencido cuente como cosa lógica que, víctima de los excesos en beber y de los defectos en vaciar,

al fin murió Coletino
por no ver su ardiente fragua
salir convertido en agua
lo que cuando entró fué vino.

Polo de Medina termina calificando como merece á quien buscó en el licor su daño.

Y pues él murió tan zafio
en beber, sobre la losa
donde su cuerpo reposa
se le ponga este epitafio:
«Aquí yace el que, por ser
quien nunca pensó morir,
no bebió para vivir
y vivió para beber».

Es flor funeral digna de ser dedicada á todos los borrachos.

En la otra décima citada de Polo hace referencia á un poeta á quien recomienda sea su propio mensajero para el Parnaso, porque la persona del poeta ebrio subirá

...tan veloz y activa,
que por una cuesta arriba
mejor camina una mona.

Si Polo condena vicio y viciosos clara y duramente, Villegas, consecuente con su afán de cantar á Baco y al vino, canta también á la bebida, que por lo visto le prohibían sus camaradas. *Del Beber* titúlase una de las tres octavas, quizá la que con más elocuencia refleja una pasión, un estado de ánimo del autor, que explican tal vez sus himnos entusiastas al vino. La copiamos íntegra.

Bebe la tierra fértil
y á la tierra las plantas,
las aguas á los vientos,
los soles á las aguas,

á los soles las lunas,
y las estrellas claras;
pues, ¿por qué la bebida
me vedáis, camaradas?

Lo que hay en estos versos de queja, de lamento, corre parejas con lo que tienen de justificación que el poeta hace *in mente* de sus propios actos. Si la tierra, las plantas, los soles, las lunas y las estrellas beben, ¿por qué me habéis de privar de esa necesidad natural?... No es otro el lenguaje de los dipsómanos.

La musa zumbona de Iriarte (1702-1771) le inspiró este epitafio de un borracho:

No riegues, oh caminante,
con lágrimas mi sepulcro;
que las lágrimas son agua
y el agua no es de mi gusto.

Otro famoso cultivador del epigrama, Francisco Gregorio de Salas, parece referirse á esos poetas que, para hablar á Filis, necesitan un motivo, y echan mano del vino, de Baco ó de cosa semejante, en un epigrama dedicado á uno que entraba á beber en una taberna, porque estaba enamorado de la tabernera, que dice así:

Con diferentes intentos
que á beber viene imagino;
pues en sus pensamientos
por el vaso bebe el vino,
pero por ella los vientos.

Al retrato de un vicioso titula este otro, muy interesante para nosotros, porque indica y demuestra que el mal de la bebida en exceso, que influye en el cuerpo y en el alma, era perfectamente conocido y censurado de antiguo por muchos, incluso por algunos poetas que no todo lo sacrificaron al florido lirismo.

A un vicioso retrató
 un pintor de poca maña,
 tan sin arte, tan sin reglas
 y de tan horrible cara,
 que, en vez de su cuerpo, hizo
 el retrato de su alma.

El Conde de Noroña, que no se limitó á dedicar al vino flores de su propia inspiración, sino que añadió, traduciendo sus versos, las que le habían dedicado los árabes Erni el Fiadh y Abd al Salam Ben Ragban (conocido este último por sus contemporáneos por el apodo de *Gallo de los genios malos*, pues se distinguía por su habilidad más que por su moral), dando un ejemplo de inconsecuencia palmario, pero en una de sus composiciones más notables, demuestra conocer los efectos de aquel líquido á que alaba, y se complace pintando con los chillones colores del ridículo á un borracho.

Coronado de yedra,
 el rostro abotargado,
 los ojos encendidos,
 espumosos los labios,
 el habla balbuciente,
 desiguales los pasos,
 desabrochado el pecho
 y trémulas sus manos.

.....

Oh, qué extraña figura;
 qué lástima está dando.
 Ay, Dios, ¡cómo tropieza!
 ¡cuál ríen los muchachos!

.....

¡que se halle entre los hombres
 quien se exponga, insensato,
 por un vicio tan feo
 á un general escarnio!

La condenación no puede ser más clara ni más concisamente expresada.

Los testimonios poéticos que quedan mencionados, y otros muchos cuya cita alargaría demasiado este trabajo, prueban que es general la execración del vicio de la embriaguez; pero este anatema que viene en muchos casos precedido por exhortaciones á la bebida como bálsamo de todo pesar mundano, pierde, por eso, mucho carácter. Parece que los poetas clásicos están influídos por la leyenda oriental que habla de los orígenes de la viña, de la cual es este pasaje: «Baco fué testigo de un prodigio. Cuando los hombres comenzaban á beber, cantaban como los pájaros; cuando bebían algo más, se hacían fuertes como leones; pero cuando seguían bebiendo sin tasa, sus cabezas se inclinaban como las de los asnos».

Virtud de la templanza.—Hoy día se entiende restringido el concepto de la palabra templanza á la moderación en la bebida. Sólo por saber si el término se aplica con propiedad, no hemos vacilado en acudir á las obras de Cairasco de Figueroa (1540?), autoridad indiscutible en la materia, por el castizo léxico que empleó en sus composiciones, de finalidad moral todas, y algunas tan metafísicamente pensadas, que aun sin querer, definen de modo perfecto virtudes y vicios. En las composiciones de Cairasco, la temperancia se tiene por

... una virtud heroica
 que á varios fines su valor extiende,

 ... si acerca del comer milita,
 se la puede dar nombre de abstinencia;
si de beber, es sobriedad templada;
 si acerca de la ira, es mansedumbre;
 si del ser deshonesto, pudicicia;
 si del intacto, es virginal pureza;
 y lo mismo de todas las pasiones.

Sea que el término *sobriedad templada* por su extensión no se preste á un uso constante, y mucho menos en poesía, ó que, sin proponérselo, Cairasco diferenciase lo que en realidad se comprende claramente en el término genérico de templanza,

es lo cierto que no vuelve á usar el específico de *sobriedad templada*, hablando en general de templanza ó temperancia como virtud que

conserva la vejez y la dilata

 ...madre de consejos saludables

 enemiga mortal de la torpeza

 y, en fin, es un templar lo destemplado
 de cuantas cosas hay en esta vida.

Nicolás Fernández de Moratín (1760-1828) confirma, en su epigrama *Laudable templanza*, que no practica la templanza el que se limita á no beber; pero que se llama temperante, con más ó menos propiedad, al que bebe poco aunque coma mucho.

Ayer convidé á Torcuato.
 Comió sopas y puchero,
 media pierna de carnero,
 dos gazapillos y un pato.
 Doile vino, y respondió:
 Tomadlo, por vuestra vida,
 que hasta mitad de comida
 no acostumbro á beber yo.

Torcuato creía ser temperante comiendo mucho antes de beber poco, y Moratín se ríe de esto que Cairasco de Figueroa llamaba *sobriedad templada*, y que es virtud poco deseable en un convidado.

*
 * *

El ideal en el arte es aspirar á unir verdad, bondad, belleza.

Escribir en alabanza de lo chabacano ó esclavizado por la vulgaridad sin que el poeta dé fe de su personalidad, de su alma de artista, es defecto imperdonable.

En cambio, hacer de la poesía arma de la verdad, consiguiendo que el arte pueda guiar por el recto camino, es misión que tiene algo de evangélica.

La poesía no desaparecerá si los poetas no se agotan ó no la asesinan. Si su imaginación se fía de los convencionalismos que la nutrieron en otras épocas, y no busca sus orientaciones en el alma social para condenar sus vicios y cantar sus virtudes, la poesía desaparecerá. No nos pagamos hoy de lirismos, ni queremos cantar himnos suicidas á la mentira. Pero el artista, sea cualquiera el arte que cultive, debe fijarse bien en un hecho. El arte verista, el arte práctico no muere nunca.

El ideal de una obra artística es el cuadro de los borrachos de Velázquez. El pintor se asombra ante su prodigiosa factura; el médico aprende en él tanto como en un tratado de Magnan ó Krafft-Ebing; el sociólogo puede estudiar en la observación de los tipos, procesos vivos del vicio horrible... es un cuadro que jamás perderá actualidad, que vivirá lo que viven verdad y belleza; eternamente.

De muchos de los poetas responsables del delito horrendo para el artista de pedante vulgaridad, no puede decirse lo mismo. Tal vez gran número de ellos deben su clasicismo á una débil benevolencia de Rivadeneyra.

PEDRO SANGRO Y ROS DE OLANO

Del Instituto de Reformas Sociales.

RECUERDOS

Dando un salto atrás de más de sesenta años, en esta serie de recuerdos, quedé á punto, en el artículo anterior, de comunicar á mis lectores esta noticia, de todo punto interesante para la Historia y aun para la civilización.

A saber: de cómo empezaba la primera Memoria que yo escribí, á la edad de trece años, por orden de mi profesor de Química, D. Ramón Baquero.

Pues empezaba de este modo:

«No es el aire, como al entender de los antiguos, un cuerpo simple, un elemento...»

Este principio me encantaba, me parecía apropiado y majestuoso: esto de sustantivar el verbo entender, de ponerle su artículo y de dar comienzo con este alarde gramatical á la frase, parecíame digno principio para mi trabajo, y arrogancia infantil que había de dejar satisfecho á mi profesor.

Lo malo era que encontraba difícil mantenerme á la altura á que con la primera frase y, sobre todo, con aquello de *al entender de los antiguos*, me había remontado. Porque el principio era, á mis ojos, felicísimo, y aun redondo, con la feliz repetición de *un cuerpo simple, un elemento*.

Claro es que en el fondo de esta repetición había un pleonismo, porque si el aire no es un cuerpo simple, claro es que no es un elemento; pero no está de más dar amplitud á la frase, redondearla, reforzar la idea, para que, si con el primer golpe no penetra, penetre con el segundo; y, sobre todo, si el

brar con las galas de mi estilo á mi profesor queridísimo.

Recuerdo que hablé, no sé con qué motivo, de Luis XIV y de la Francia de aquel reinado, y hasta del gran ministro Colbert, á quien algunos años más tarde abominaba por sus teorías proteccionistas.

A D. José Jiménez le pareció bien la Memoria, pero no le asombró el estilo, antes le pareció pretencioso y poco acomodado al asunto.

—Más severidad hubiera yo querido—me dijo, sonriendo con aquella sonrisa aguda que era á modo de alfilerazo en mis vanidades literarias.

Un año después escribí también en la *Revista de Obras públicas* otro artículo crítico muy pesado y en el que, á decir verdad, sobaban la mitad de los cálculos sobre cierta máquina de movimiento continuo.

Y de nuevo hice punto, y ya no volví á escribir hasta que Gabriel Rodríguez se empeñó en que publicásemos *El Economista*, del cual uno ó dos tomos deben andar por esos mundos de Dios.

Siguieron á estos trabajos varios artículos en algunos periódicos políticos, todos ellos de polémica económica, contra los proteccionistas más caracterizados.

Pero, en fin, éstas sí que son menudencias; y ¿á qué molestar con menudencias al pacientísimo lector?

Por este tiempo, es decir, entre el 56 y el 68, escribí algunas obras de Ciencia, entre las que recuerdo las siguientes:

Un tratadito de *Cálculo de variaciones*, que en rigor ni tenía novedad ni tenía mérito intrínseco, pero que para la enseñanza me pareció utilísimo.

No encontraba yo modo de que los alumnos comprendiesen las explicaciones del libro de texto, que era el *Cálculo diferencial é integral*, de Cournot, y yo me empeñé en demostrarles que la cuestión, á pesar de los pesares, era elemental y sencilla, y en el fondo idéntica á los métodos empleados en los problemas ordinarios de máximos y mínimos.

Y el caso es que lo conseguí, porque todos mis alumnos comprendieron perfectamente lo que hasta entonces les había parecido un enigma indescifrable y una confusión imposible.

Como profesor había triunfado; pero la solución del problema económico fué desastrosa.

El primer año vendí doce ó catorce ejemplares, que á diez reales cada uno, si no recuerdo mal, me produjeron unos seis duros.

El segundo año vendí cinco ejemplares, porque los alumnos del año anterior vendieron ó prestaron los suyos; y es claro que yo ni exigí á mis alumnos que los comprasen ni quería enterarme siquiera de si los tenían.

En conjunto, vendí unos veinte ejemplares en una serie de años, lo cual representaba un producto de 200 reales. Y como la impresión me había costado treinta duros, la empresa de librería resultó desastrosa.

Otro folleto publiqué también sobre variaciones bajo el signo integral; pero para no sufrir un nuevo desengaño tomé la precaución de regalar la nueva obra á mis alumnos.

A juzgar por los signos externos, no parecía que hubiera yo de hacerme rico con obras científicas.

Tampoco ellas valían mucho; pero veinte ó treinta duros bien los valían.

Por entonces mi amigo y condiscípulo, amigo queridísimo desde la infancia, D. Bernardino Sánchez Vidal, que tenía en Madrid una clase particular de Matemáticas, se empeñó en que le escribiese un tratadito de problemas elementales de Geometría, y en efecto se lo escribí, y le regalé por añadidura la propiedad; de suerte que este trabajo, que ya era de alguna extensión, no me valió ni un real; y digo real, y no digo peseta, porque nuestro sistema monetario era por entonces la modestia suma.

Tres obras científicas más he de citar todavía; mejor dicho, cuatro; pero ¿son de esta época, ó son posteriores al año 70?

Esto no lo recuerdo.

Pero poco importa; y la historia de las Ciencias Matemáticas en España no pierde gran cosa con que yo no recuerde tales fechas.

Son obras de propaganda científica, no de Ciencia popular, como las que he escrito después, sino de alta Ciencia; y mi objeto era ir despertando estas aficiones matemáticas en España, escribiendo una serie de tratados que facilitasen su estudio.

Las cuatro obras á que me refiero son las siguientes:

La primera parte de un tratado de *Termo-Dinámica*.

La publicó la *Revista de Obras públicas*, porque como, según dice el refrán, de los escarmentados nacen los avisados, yo estaba resuelto á no ser en adelante el editor de mis propias obras, gastando dinero que no tenía, y desnivelando mi modestísimo presupuesto.

En materia de presupuestos, siempre he sido partidario resuelto del *superávit*: no son éstas en mí aficiones modernas.

Jamás he conocido el *déficit*, por modestos que hayan sido mis ingresos.

La obra á que me refiero estaba inspirada en los trabajos más modernos, por entonces, del extranjero, y era materia desconocida en España y que no se enseñaba en ninguna parte, ni en Escuelas especiales ni en Institutos; por de contado, ni en los libros de Física de entonces, ni en las Universidades tampoco aparecía.

Después, sí se ha enseñado la *Termo-Dinámica*, y hoy se enseña por profesores de verdadero mérito.

Y valga este dato, entre otros muchos que iremos citando, para demostrar que España, á pesar del pesimismo de muchos, adelanta muy seriamente en el orden científico.

La segunda obra á que me refería era también un tratado de *Determinantes*. Está inspirada en una obra italiana, aunque el método, algunas demostraciones y la forma de la exposición me pertenecían en absoluto.

Poco mérito es; pero, poco ó mucho, no está de más hacerlo constar.

Tampoco esta teoría era por entonces conocida en España. Hoy, en cambio, es vulgarísima.

En muchos y excelentes libros escritos en castellano se expone y desarrolla, y hasta se ha incluido en varios programas de examen.

Y repitiendo lo que antes dije, agregó que también editó este libro la *Revista de Obras públicas*, por razones económicas del mismo orden que las ya expuestas.

Claro es que si la *Revista de Obras públicas* costó la impresión de la *Termo-Dinámica* y de las *Determinantes*, yo no obtuve, ni en justicia debía obtener, el producto de la venta.

De manera que en este caso, como en otros muchísimos, he trabajado de balde y por puro amor á la Ciencia y á la propaganda de ideas que creía beneficiosas para mi país.

La tercera obra de las cuatro indicadas es un tomo sobre teorías modernas de la Geometría, ó introducción á la Geometría superior.

Trátase de un libro hecho con cariño, y me parece que las teorías están expuestas con suma claridad y por métodos que casi son míos, aunque después y en obras posteriores del extranjero he visto métodos análogos.

Nada tienen de maravilloso, ni exigen esfuerzo alguno, y en rigor están contenidos en las obras clásicas que yo estudiaba; pero de todas maneras me parecen muy propios para la propaganda de la alta Geometría.

Este libro lo editó la Academia de Ciencias: de suerte que tampoco me costó sacrificio alguno, porque no fué sacrificio el escribirlo, sino antes bien, recreo intelectual.

Leer un teorema ó una demostración en un libro extranjero, juzgarla árida y obscura, y el teorema un tanto nebuloso para el principiante, y convertir por mi propia asimilación en luz y claridad aquellas obscuridades, ha sido siempre para mí, y en mi modesta esfera, un indecible recreo de mi espíritu.

Resumen del libro como empresa:

Gasto, ninguno: corrió de cuenta de la Academia.

Ingresos, ninguno: unos cuantos ejemplares para regalarlos á los amigos.

Y para hacer el honor debido al progreso intelectual de España, repetiré lo que dije respecto á las dos obras anteriores: hoy existen en español, sobre alta Geometría, obras de gran mérito, como existen profesores eminentes de esta materia.

Mi libro se refería principalmente á los geómetras franceses; por ejemplo, Poncelet y Chasles; las obras que hoy existen en España abarcan los trabajos de los alemanes.

De las cuatro obras citadas, y que se refieren poco más ó menos á esta época del año 1868, porque de las que he escrito en tiempos posteriores hablaré cuando llegue la ocasión, sólo me queda una que indicar á mis lectores, á saber: la introducción á la *Teoría matemática de la luz*.

Tenía yo grandes proyectos, pero en proyectos se quedaron, como tantas otras cosas del orden científico, por falta de tiempo y ocasión.

Quiero decir: que de la obra que pensaba publicar, sólo publiqué, ó, mejor dicho, sólo publicó la Academia de Ciencias, la introducción de que acabo de hacer mérito.

Tampoco me proporcionó, como era natural, ningún ingreso, toda vez que los gastos los había sufragado aquella corporación.

En resumen: al llegar esta fecha había publicado seis ó siete libros, y la ganancia había sido *cero* ó, mejor dicho, negativa, toda vez que el *Cálculo de variaciones* me había costado el dinero.

*
* *

Resumen de lo dicho: que escribía obras, escribía artículos, pronunciaba discursos, consumía nervios y trabajo y no conseguía ningún resultado metálico.

La Ciencia no era un ingreso para mí, dejando aparte el

modesto sueldo que como profesor de la Escuela percibía del Estado.

En cambio, la Literatura me dió posteriormente manera decorosa y aun desahogada de vivir, y sin embargo, y esto prueba que la naturaleza humana es ingrata de suyo, yo tengo un amor inagotable por la Ciencia: no hay rato perdido ni momento de descanso que no la consagre, y la prefiero á la Literatura en general, y á la Literatura dramática, que me ha sustentado durante cuarenta años.

Si yo hubiera sido rico y no hubiera necesitado trabajar al día para vivir al día, me hubiera ido, y me iría hoy mismo, á un rincón, á leer libros de Matemáticas, á escribir lo que me ocurriese en estas ciencias, y acaso, de tarde en tarde, escribiría un drama para desahogar los excesos de fluido nervioso.

Descubrir un teorema nuevo y fecundo, forjar una teoría que á nadie se le hubiera ocurrido, resolver un problema no resuelto todavía, éste es un placer supremo en el orden intelectual.

Puede llegar á ser un placer divino: que por algo le llaman á Dios el Gran Geómetra.

Pero esta clase de trabajos requieren tiempo, descanso, tranquilidad, carencia de preocupaciones y mucho tiempo: un año, dos años, tres años, acaso una vida.

Es preciso poner ante sí, como decía Newton, el problema, y estarlo mirando siempre, iluminarlo por esfuerzo de la razón, fecundarlo con la mirada fecunda del creador.

En cambio, un drama se piensa en una noche y se escribe en quince días; y suponiendo que salga mal, proporciona al autor unos cuantos miles de reales.

Por eso no he podido hacer nunca lo primero: he leído, he estudiado, he escrito á ratos perdidos, en los huecos de la vida, como relleno de otros trabajos; jamás de una manera seria y sostenida.

Y, sin embargo, ¡qué ratos tan deliciosos para mí, qué sacudidas de deleite intelectual, qué atmósfera de optimismo, per-

mítaseme la palabra, ha creado la Ciencia, aun así rota, fraccionada, intermitente, alrededor de mi sér!

Como estudio psicológico, bien vale la pena de que yo evoque algunos recuerdos.

Si algún joven me lee, que lo dudo, porque en España se lee poco, es posible que lo que aquí cuento ó relato sirva de aliento y enseñanza á los principiantes.

No son estos recuerdos trabajo literario en que yo ponga empeño, dado que el empeño de algo me sirviese.

Ni pienso lo que voy á decir, ni tengo plan ni concierto, ni siquiera escribo yo mismo estas desordenadas líneas. Lo que por manera caprichosa voy recordando, eso dicto, sin pretensiones de estilo ni alardes de retórica.

Es algo así como una conversación conmigo mismo, en que salen desordenadamente por las puertas de lo pasado imágenes y sucesos en revuelta confusión, sin orden de fechas, sin enlace de ideas, sin nada que indique plan preconcebido ó sistema cronológico.

Estoy casi en el año 68, y voy á dar un salto hacia atrás para recordar la época en que yo era niño, apenas tendría trece ó catorce años, y en que casi á diario escribía cartas á mi amigo de Instituto, que luego fué amigo de toda la vida, Bernardino Sánchez Vidal, que por entonces pasaba sus vacaciones de verano en casa de sus padres, en Alhama de Murcia.

¿Y de qué le hablaba yo en aquellas cartas á mi querido amigo?

Asómbrense mis lectores.

Por entonces había caído en mis manos una Geometría en francés que acababa de publicarse, que yo había visto anunciada en no sé qué librería, y que hice que mi padre me trajese.

Era la Geometría de Vincent.

Era completa, extensa, y en comparación de la Geometría elemental que me habían explicado en el Instituto, era para mí un verdadero monumento.

Cuando tuve entre mis manos aquel volumen, que me pa-

recía enorme y que realmente tendría más de 600 páginas, y además escrito en francés, me quedé contemplándolo con respeto y temor, y algo de veneración religiosa.

¿Comprendería yo aquello? Imposible: era muy sublime para mí.

Y, sin embargo, lo comprendí, y fué uno de los grandes placeres de mi vida.

Pues sobre este libro le escribía yo á mi amigo Bernardino carta sobre carta.

—Mira qué teorema tan bonito—le decía—acabo de leer en el libro de que te hablé.

Y le explicaba el teorema, como si á él hubiera de interesarle, y le desarrollaba la demostración.

Realmente, á Bernardino Sánchez no le importaban gran cosa aquellas cartas; pero le importaban á su padre, que las leía y las comentaba.

¿He hablado yo alguna vez del padre de Bernardino Sánchez Vidal?

Me parece que sí; pero no importa: puesto que yo lo he olvidado, también lo habrán olvidado mis lectores, y me complace resucitar seres que ya no existen, que nadie ha conocido más que allá en el pequeño círculo de su aldea, que para la masa inmensa de la humanidad representan menos que un átomo de polvo para los arenales del Africa ó de la Arabia, ó que un gusanillo que nació sobre una hoja de un bosque, y murió al llegar al tronco en viaje para él dilatado y penosísimo.

Todo el mundo conoce á Napoleón, oyó hablar de César, y hasta de Herodes, cuando niño; pero ¿quién sabe que existió un buen señor hacia el año 47 del siglo pasado, allá en Alhama de Murcia?

Y algún lector agregará: ¿ni qué le importa á nadie?

Yo no lo sé; existió, tuvo dolores y alegrías, tuvo sus ilusiones: pues esto es algo en el seno de la Creación; ó si esto es nada, la Creación es una suma de ceros, y, por lo tanto, es un cero también.



Un cero, no sé si á la izquierda ó á la derecha de la unidad de lo creado.

El padre de Bernardino Sánchez era una persona excelente, una especie de hidalgo pobre ó de labrador modestísimo, aunque él personalmente no se dedicaba á las faenas del campo.

Sí: algo tenía del antiguo hidalgo, en su porte, en su manera, en su dignidad, que nunca se convertía en altivez, pero que jamás se rebajaba á lo vulgar; muy atento, muy cariñoso, con un gran fondo de dulzura y bondad.

Era alto, de regulares carnes, ni flaco ni corpulento.

Hablaba poco, reposadamente y sin emplear palabras inútiles.

Su cultura era superior á la que hubiera podido esperarse de un labriego.

Que él no era otra cosa que un labriego ilustrado.

Tenía el *Quijote* y algunos libros de Historia, entre todos muy pocos, y los leía, y meditaba sobre ellos; mejor dijera que filosofaba.

Sus aficiones eran las Matemáticas, pero nunca supo más que Aritmética elemental y un poquito de Geometría.

Con lo que había aprendido de Aritmética y con lo que él había meditado, había escrito un tratado elemental de esta parte de las Matemáticas.

Ya lo digo, elemental, muy elemental; pero muy claro y muy razonado: de todos los teoremas daba su demostración.

Ni la cosa más insignificante quería aventurar sin demostrarla lógicamente.

Por ejemplo: la regla para multiplicar quebrados la demostraba de tres ó cuatro maneras, que en el fondo eran idénticas, aunque en la forma variasen.

Pero lo curioso no es esto.

Es lo curioso que, aunque nunca imprimió esta obra, de ella hizo quince ó veinte ediciones, ó no sé cuántas, perfeccionándola, limándola y completándola año tras año.

Acababa de escribirla, y empezaba á escribirla de nuevo

en letra muy clara y muy correcta, con los cálculos muy esmerados y muy limpios, y con sus números de orden y sus referencias.

Y á cada edición le ponía su prólogo, explicando las modificaciones que en la edición antigua había introducido.

Así pasó su existencia este buen señor, hidalgo por su familia, labrador por necesidad, matemático por afición, y pobre por añadidura; tan pobre, que no podía mandar á su hijo á Madrid á seguir una carrera cuando en el Instituto de Murcia tomó el grado de Bachiller al mismo tiempo que yo.

Más de sesenta años han pasado, y me figuro que le veo ante mí, erguido, digno, con traje humildísimo, pero con sonrisa un tanto altiva, entre altiva y bondadosa, enseñándome un montón enorme de papeles: las quince ó veinte ediciones de su Aritmética.

JOSÉ ECHEGARAY

LA IRONÍA Y EL GRACEJO EN LOS REFRANES

Dicen que los refranes encierran la sabiduría popular. La hay, cierto, á vueltas de no poca gramática parda y de mayor inspiración poética. No hay regla de retórica que no pudiera confirmarse con un buen montón de refranes. Pero lo que me parece más importante es buscar en ellos el ingenio nacional, que se retrata en las maneras graciosas de formular la sentencia. La flor y nata es la ironía, en sus variados matices. No es del caso hacer aquí un tratado de ella; baste recordar que consiste en decir lo contrario de lo que se quiere dar á entender, por manera que la forma contradiga al fondo, quedando éste por lo mismo tanto más clavado en las mientes cuanto que entra en ellas por el choque y chispazo debido al contraste. Brilla así más la doctrina y queda más hondamente impresa. Además, no sé qué de encanto tiene para el hombre el mentir, que, ya que no mintamos por el fondo, nos contenta mentir á lo menos por la forma. Ello es que la ironía es la única mentira provechosa y la flor más delicada y olorosa del ingenio. Y esta flor es variadísima y rica en matices; el caso es que tenga alguna pinta de ingeniosa mentira. *En tiempo y lugar, el perder es ganar*, dice un refrán de singular consejo. Paradoja hay entre el perder y el ganar, y mentira parece que gane el que pierde. Pero ahondad un poco, y hallaréis que el dar tiempo al tiempo, perdiéndolo al parecer, es ganar, y no sólo cualquier empresa, sino hasta ganar tiempo. Dígalo si no la tortuga, que se fué paso tras paso, y llegó antes que el caballo, el cual perdió el tiempo con quererlo aprovechar, harto de corrida. Cede el

lugar al superior, humíllate, y pronto te verás ensalzado, ganando puesto y lugar con lo que parece lo perdías.

En todo hay bellaquería, si no es en la ropería, dice otro. ¡Cómo!, ¿que no lo hay en la ropería? Porque allí no hay simple bellaquería, sino grandísima bellaquería, en grado superlativo. Mientras discurre, el refrán te va entrando más y más, y cuando caes en ello, ves que el contraste entre la forma y la idea te dice que no es como las demás la bellaquería de los roperos, sino de grado especial, al punto de que esa bellaquería ordinaria no existe realmente entre ellos.

En todo se mete Peralvillos, como el agua en los cestillos.—No es que se meta, sino que con la misma facilidad con que se mete se sale, como el agua que se echa en cesto. De no ser así, allí dentro se quedaría; y entonces, ¿cómo se podría ir á meter en otro asunto?

En muriéndome yo, todo se acaba.—Valiente pata de gallo, está uno por decir; á no ser que salte y diga: te acabarás tú, que los demás... Y con todo, ni aquello es verdad, ni estotro; y ni es pata de gallo ó simpleza de vara y media, sino gravísima cordura; ni es cierto que se acabará el que lo dice, y no los demás, porque para él todo se acabó, y él de sí habla, no del Papa Marcelo II, de quien nada sabe ni le importa una higa. Salgamos de tan hondas filosofías, que á fe nos habían de anegar á poco que en ellas nos detuviéramos. No hay verdad más colosal que la de ese refrancillo, vestido de bobo.

En Hornachos, todos los asnos son machos.—Tiene gracia la perogrullada. Eso quiso el refrán ó el pueblo que lo inventó: que os cayera en gracia. Pero guardaos, no haya más en la aldehuela, que suena. No sea algún chalán, que os capee con esa gracia para atraeros y vender su mercancía. Y así es la verdad, que los asnos de Hornachos son ó eran antes, que yo no los conozco, pero me consta que fueron tamaños como machos ó mulos. El equívoco tiene de la ironía no menos que la paradoja, puesto que una cosa dicen á la vista y otra tienen en el anverso, y la gracia está en que, engolosinados con la menti-

ra, busquéis con mayor afán la verdad, volviendo la moneda, que ese manosearla os la dará mejor á conocer y os hará que menos la olvidéis.

Y ya que por machos va, vaya aquel otro: *En efecto, que el rey era macho.*—¿No lo entendéis? Decidlo ante un corro, después que Fulano haya mostrado su crasa y supina ignorancia en cualquier materia, y á buen seguro que lo entiendan todos y vos con ellos.

Soñaba Gil, el ciego, que veía y soñaba lo que quería.—Gracia tiene en el ciego Gil ó en el ciego Menga; pero más gracia tiene, por lo menos más risa da, en Perico el de los Palotes, que se despepita por servir á Don Espera-un-rato hasta echársele por los suelos, ó se quema las cejas á caza de consonantes en el Diccionario de los ídem, creyendo muy á pie juntillas que con eso va á subir á la cima del Parnaso, ó... ó... Añadid aquí, que tela hay cortada para cualquier parroquiano del barrio de la Quimera.

Enderezaos, Lucía, que vais torcida.—Este refrán no tiene hoy aplicación con las señoritas, por estar de moda el ir sobrado de tiasas y erguidas, bien sacados el polisón para atrás y los pechos adelante, porque no todo sea figurín pasado con un asador.

Envaine vuestra merced, que bien lo ha hecho.—Podéis decirlo á muchos militares, no después que hayan dejado de un guantazo roja como un tomate la cara del pobre quinto que se salió de la fila ó trabucó el paso, sino cuando los sintáis á las espaldas por el olor á perfumes, en lo que (en Dios y en mi ánima que no miento) vencen á las damas más emperejiladas. Bien podéis decirles aquel otro: *En cueros y con sombrero y guantes y pañizuelo.*

Entendió que pescaba bogas.—Tal vez se dijo por el que, llamados sus compañeros á cabo de gran esperanza y regocijo, sacó á la ribera el cadáver de todo un señor asno. Pero más vale dejarnos de glosas y saborear la ironía en los mismos refranes.

Entre bobos anda el juego, y eran todos fulleros.—La segunda parte en éste y sus semejantes suele naturalmente omitirse.

Entre gavilla y gavilla, hambre amarilla.—Paradoja que queda deshecha al advertir que se trata de la mengua que sienten los labradores entre la siega de la cebada y la del trigo, por haberse acabado el repuesto del año anterior.

Entre col y col, lechuga.—Así plantan los hortelanos; dícese del tomar algún alivio entre el trabajo.

Es moza de buen recaudo, que antes que salga se manca en el establo.

Es hablar adefesios.—A quien no entiende, ó lo que es lo mismo, cosas disparatadas, que lo son para ese tal: como cuando San Pablo escribió *ad Ephesios*, á los de Éfeso, que no le atendían por estar apasionados con su famoso templo de Diana.

Eso y nada lleváoslo en la halda.—Todo eso no vale nada.

El mur (ratón) no cabía en el horado (agujero), y atóse una maza al rabo.

El muleto siempre parece asno, quier en la oreja, quier en el rabo.

El rosario al cuello, y el diablo en el cuerpo.—De los devotos farisaicos.

El hato de la liebre.—Para decir que no tiene más que lo puesto.

El harto de ayuno no tiene duelo ninguno.

El herrero de Arganda, que á puras martilladas olvidó el oficio.

El hijo de la cabra siempre ha de ser cabrito.—El natural tiene que aparecer en cada uno: *El hijo del asno dos veces rebuzna; El hijo del gato mata al rato; ó El hijo de la gata, ratones mata; ó El hijo de la cabra, de una hora á otra bala.*

En aldeas, pon la capa do la veas.—No te la espulguen.

En Aracena, quien no tiene pan no cena.—Y fuera de Aracena tres cuartos de lo mismo; como *En Atienza, cada uno de si piensa; y En el andar y en el meneo, luego vi que era de To-*

ledo, porque en todas partes *En el andar y en el vestir, serás juzgado entre mil*. Lo mismo: *En la tierra de Matadura, quien no trabaja no manduca*.

En eso estaba pensando.—Ironía con que niega uno lo que le piden.

En la mula de San Francisco.—Cuando uno camina á pie.

En Cantillana, el que madruga se levanta de mañana.

¿En qué mes cae Santa María de Agosto?—A los simples; como *¿La mujer del quesero qué será?*

El polluelo del labrador y el bizcocho de la monja traen costa.—Dan poco para que les den mucho; ó *El mensajero de Villamelera, lo que trae en el papo lo lleva*.

El primer año, doctor; el segundo, licenciado; el tercero, bachiller; el cuarto, estudiante; el quinto, ignorante que comienza y quiere saber.—Atrás como el cangrejo es este progreso, aplicable de lleno á los estudiantes del día, gracias á los excelentes planes de enseñanza que nos desasnan.

El tal por tal debe ser igual como el tanto por tanto, que es otro tanto.—Aclárase por el otro: *El tal por tal es bueno, si es tanto, como tanto por tanto*.

El tejedor del villar huelga toda la semana, y el domingo quiere trabajar.

El tiempo lo cura todo, ó lo pone del lodo; ó El tiempo aclara las cosas y el tiempo las oscurece.—Contra los que fían demasiado del tiempo diciendo: *El tiempo cura las cosas; ó El tiempo y yo, para otros dos*, como repetía Felipe II. Lo mismo: *El tiempo todo lo trae y todo se lo lleva*.

El toro se lo rompa.—Al que trae vestido nuevo, con ironía.

El villano y el nogal, á palos dan lo que dan.

El mejor lance de los dados es no jugarlos; ó El mejor nadar es guardar la ropa.

El mejor pienso del caballo es el ojo del amo; y con la cebada que le sobra, fregarle la cola; ó El pienso mejor es el ojo del señor.

El mozo bueno, bueno es; de tres torreznos, dadle los dos, y el mandado hacéoslo vos.

*El buen estudiante, harto de sueño y muerto de hambre.—*Se supone, no de estudiar, sino de andar á picos pardos y ser gastador.

*El buen hombre al sol se seque.—*Ironía y maldición.

*El buen vino ha de ser añejo, y ha de tener buen olor, y buen color, y buen gusto, y mal deajo.—*Mala gana de dejarlo de la boca; esperábase buen deajo.

*El caso es que me caso, y no hay más caso.—*Linda repetición.

*El caballo del rey cayó á mi puerta, y en mi portal la haca de la reina.—*De los que se jactan de vanos favores de los mayores.

El que las sabe, las tañe; y eran campanas.

El que no tiene casa de suyo, vecino es de todo el mundo.

*El convite del cordobés: ya habréis almorzado, no querréis comer.—*Pasan por tacaños los cordobeses: no lo sé por experiencia. Las gentes maliciosas siempre achacan á otros las cosas. Así otros dicen de los toledanos: *El convite del toledano: bebiérades, si hubiéredes almorzado.*

*El papagayo tiene cuartanas, porque no le dan almendras confitadas.—*Contra regalones.

*El pensar no es saber.—*Del que menudea el pensé que; y le dicen: penseque, asneque, burreque.

El pobre que pide pan, carne toma si se lo dan.

El potro de Merlín, cada día más ruín.

*Él se sabe su canción con dos guiaderas.—*Del doblado.

*El ser señor no es saber; más eslo el saberlo ser.—*Sentencia bien torneada.

El secreto de Anchuelo, que lo decía dando voces; ó Secreto á voces.

*El sastre que no hurta no es rico por la aguja.—*Todos son sisadores.

*El día de hoy no hay de quién fiar.—*Como *Hoy no se fía aquí, mañana sí; y El día de mañana no le vimos.*

El dormir no quiere prisa, ni la prisa quiere dormir.

El dolor de cabeza es mío, y las vacas son nuestras.—El trabajo, para el particular; y el provecho que de él se saca, para la comunidad.

El fraile predicaba que no se debe hurtar, y él tenía en el capillo el ansar.

El gaitero de Arganda, que le dan uno por que comience y diez por que lo deje.—Tan bien lo hace. O *El gaitero de Bujalance, un maravedí por que tanga y diez por que acabe.*

El barato de Juan del Carpio.—Aporreó á su mujer, pidiéndole barato; y al revés: *El barato de Cordovilla.*—Que alumbró toda la noche á los jugadores por el barato, y ellos le dieron con el candelero en la cabeza.

El bobo de Coria, que empreñó á su madre y hermanas, y preguntaba si era pecado.

El buen escribano, primero el borrón que la pluma en la mano.

Años no me lleves, que meses los que quisieres.—Es pedir que no le den de comer, pero que le hinchan el pancho.

Ea, caballeros, que entre señores no ha de haber pesadumbres; y eran tejedores.

¿Heredástelo ó ganástelo?—Que lo heredado se gasta con menos duelo que lo ganado por sí mismo.

El aliño de Pedro Fernández, que vino el jueves y fuése el martes.—Fuése dos días antes de venir.

El alfayate de la encrucijada, que ponía el hilo de su casa; ó El sastre del campillo, que cosía de balde y ponía el hilo; ó del cantillo, como dicen otros; ó El alfayate del cantillo, que hacía la costura de balde y ponía el hilo. Este refrán, del cual conozco hasta diez variantes, dicese del que pide gollerías.

El sastre de Ciguñuela, que pone la costa y hace de balde la obra. El sastre de Peralvillo, que hacía la costura de balde y ponía el hilo. El sastre de Piedras Albas, que ponía el hilo de su casa. El sastre del cantillo, que cosía de balde y ponía el hilo.

El abad de la Magdalena, si bien come, mejor cena.—Adversativa en la forma, que refuerza más que si fuera copulativa; como *El asno chiquillo, siempre borriquillo*, donde se esperaba algo que saliera en su favor.

El Abad de Bamba, lo que no puede comer dalo por su alma.

El invierno en Burgos, y el verano en Sevilla.—Esperábase todo lo contrario; pero es que tienen comodidad las viviendas en cada lugar para estos tiempos. Atribuyen el dicho á Isabel la Católica.

El olivar de Lope de Rueda.—Alusión á las olivas del olivar que sólo tenían en esperanza. Como *Hijo no tenemos y nombre le ponemos*; y *No asamos y ya empringamos*.

El olivar, hacerte ha bien, si le haces mal.—Requiere atocharle y cortarle las ramas viejas para renovarse, y varearle al coger la aceituna.

El hombre desgraciado, en la cama se despalda.—¡Ya es tener mala suerte!

El oficio del gato: matar al rato.—Al ratón. De los que no dejan sus mañas; lo mismo que: *El oficio del perezoso*.

El lobo harto de carne métese fraile.—Dícese del que, harto y regalado, trata de la estrechez que deben guardar los religiosos, estando él tan lejos de imitarles como el lobo. Y aplícase á otras cosas, conforme al otro refrán: *Médico, cúrate á ti mismo*.

El lunes á la Parla, el martes á Paliza, el miércoles á Puño en rostro, el jueves á Cocea, el viernes á La Greña, el sábado Cierne y masa, el domingo Descansa.—De las vecinas del barrio, que por hablar y holgar, sus maridos las castigan á puñete, palo y coz, etc.

El lunes mojo, el martes lavo, el miércoles cielo, el jueves saco, el viernes cierno, el sábado maso; el domingo; que yo hilaría, todos me dicen que no es día.—De los perezosos y para poco, que todo se les va en preparativos y aun en propósitos.

El sabio de Almodévar, Pedro Zaputo.—Por ironía del necio; como *El santo macarro jugando al abejón*.

Él se sabe su salmo.—Del astuto.

Aquella es mi nuera, la de los pabilones en la rueca; y aquella es mi hija, la que bonito hila.—De los que alaban sus agujetas.

Aquí es donde se daban los frailes de capillazos por falta de piedras.—Ironía para decir que hay allí muchos guijarros.

Aquí estdis vos, y la horca vacía.—Hablando de un bellaco.

Aquí cómense las capas.—Dícese donde hay aire frío y no se puede parar. Metáfora con ironía de los que venden las capas con necesidad, para comer, y dicen es para que no se coman de polilla.

Aquí venden ropa.—De lugar airoso y frío.

Apagar el fuego con aceite.—En vez de remediar la cosa, la enconan y encienden más.

El maestro Ciruela, que no sabia leer y puso escuela; ó Aprendiz de Portugal: no sabe coser y quiere cortar.

Ave por ave, el carnero si volase.—Así al carnero, cabrito, etc., llamaba el ventero de la segunda parte del *Quijote* (c. 59) *aves de la tierra*, en oposición á *las pajaricas del aire*.

Amigo por amigo, mi pan y mi vino.—Como *Ave de tuyo*.

Arremangóse pereza, y echó fuego á la leña.

Arriba, caudal; y jugaba las hormas.

Arrópate, que sudas.—Al que de poco se cansa.

Achaques al jueves, para no ayunar el viernes.

Ande la recua, que ya está cargada.—A los corcovados.

Antes de mil años, todos seremos calvos.—De lo muy lejano.

Asienta, escribano, que una blanca me debe fulano.—Es el testamento del gallego, entre cuyos capítulos era uno: «que dejo á mi hermano un olivar, que no tiene olivos ni dónde plantar»; otro: «una camisa, que no tiene faldas, pechera ni mangas».

Aciértalo tú, que yo lo diré.

¿Adónde pondremos este santo?—Del que se regala y se estima en mucho.

Adivino de Salamanca, que no tiene dinero quien no tiene

blanca.—Como la ciencia de Pero Grullo, que á la mano cerrada llamaba puño.

Adelante los de Cascante, siete con tres orejas y las dos lleva el asno.—Por la cuenta, entre todos no había más que una oreja. Motéjalos de ladrones desorejados.

Agua, agua, que se quema la fragua.

Agua lo dió, y agua lo llevó.—Del tabernero, á quien el agua le inundó la bodega.

Agudo como punta de colchón, ó de majadero.—Contra el rudo y romo.

Agradecédmelo, vecinas, que echo salvado á mis gallinas.—Contra los que quieren se les agradezca lo que interesadamente emprenden.

Más acá hay posada.—Sofrenada al que se alarga en mentir y encarecer; como *Baja acá, Marica, ó Baja acá, gallo, que estás encaramado.*

Alabaos, nariguda.—Como *Alábate, burro, que te crece el rabo;* y *Alábate, cesto, que venderte quiero;* ó *Alábate, polla, que un huevo has puesto, y ése huero.*

Alegraos, perros, que ya podan.—A las esperanzas largas.

Algarabía de allende, que el que la habla no la entiende.—De aplicación continua en estos tiempos de ignorancia española, en que somos tantos los intelectuales.

Algo ajeno no hace heredero.

Algún ciego me quisiera ver.—¡Y tanto!

Albricias, padre, que el obispo es chantre.—Del que se alegra neciamente, cuando debiera llorar.

Alquimista certero, del hierro pensó hacer oro, é hizo del oro hierro.

Al revés me la vestí, mas ándese así.—Contra flojos y desaliñados, y los que no enmiendan sus defectos.

Así medre mi suegro, como la rama tras el fuego.

Angel patudo, que quiso volar y no pudo.

Anda, mozo, anda, de Burgos á Aranda; que de Aranda á Extremadura, yo te llevaré en mi mula.—Pasado el puente de

Aranda ya se está en Extremadura, como lo dice este nombre, *extremum Duriae*, extremo del río Duero, el río de Aranda.

Andar á caza con hurón muerto.

¿Hay más pan que rebane este fraile?—Del gorrón.

Ahí me las den todas.—En otro, donde no duele.

Ayuna, como el cuervo en el arada y la gallina en casa.

¿Ayunáis, gallego?—Sí, á pesar de o demo.

Ayúdame aquí, don Estorba.

Ahora te lloraré, abuelo, después de un año muerto.

*Aramos, dijo la mosca, y estaba en el cuerno del buey.—*A los que no siendo nada dan á entender que son mucho, y no teniendo parte en las cosas se venden como principales en ellas.

*Al ojo con el codo.—*Del restregarse los ojos, que ha de ser con el codo, lo cual es imposible: por no decir que jamás se ha de restregar. Es como lo otro de que sólo conviene tomar el sol los meses que no tienen *r*, que son los calurosos, cuando nadie lo apetece.

*Al diablo que no vi, beso que le dí.—*Ironía de lo que nunca vió y desprecio de lo que no se conoce.

Al fiar, vista, dulcedo; al pagar, á tí suspiramos.

Al que te quiere comer, almuérzale primero.

*Al que te quiere mal, cómele el pan; y al que bien, también.—*Es decir, que hay cosas que parecen mangas; vueltas del revés, mangas otra vez.

*A asno lerdo, modorro arriero; ó A asno tocho, arriero tonto; ó A asno tonto, arriero modorro.—*El sentido es que á uno mal inclinado ó que necesita de corrección hásele de dar quien pueda enderezarle. Y con todo eso, en vez de darle un buen maestro ó guía, que carezca de las malas mañas del discípulo, dice que le den otro que sea horma de su zapato y tan avieso como él. Además de estas tres variantes, se dijo poniendo *re-cuero* por *arriero*.

*A Aznaga por aceite, y á la Granja por naranja.—*Es como pedir peras al olmo y cinco pies al gato, pues en tales lugares no se dan esos frutos.

A ese paso, llevaos mi mula; ó A ese precio vendimiado es lo mollar; ó Para eso no necesitábamos alforjas.—En vez de *es demasiado caro lo que pedís*, se le da encima la mula. Sin ironía dijo Jesucristo que al que le quiten la capa le den el sayo también.

A esotra puerta, que ésta no se abre.—No es despedir á uno, como parece á primera vista. Dícese cuando no responde un sordo ú otros, y en vez de decir ¿qué queréis?, hablando uno por el desatento, dice: no oigo.

A escudero pobre, carbón de cañuto.—El carbón de cañuto se gasta mucho y dura poco, y el escudero pobre había menester lo contrario, lo que dice el otro refrán: *A escudero pobre, taza de plata y cántaro de cobre*, por que le dure.

¿A cómo vale el quintal de hierro? Dadme una aguja.—Contra los que para comprar una nonada se informan y preguntan á cómo vale la arroba.

Aquí del *jeche Ud. jierro!, ¡quite Ud. jierro!*

A propósito, Dr. Jarro.—Al gorrón borracho, y puede servirle de comentario el siguiente sucedido, que no cuento, y fué en Tudela. Merendaban en el campo unas costillas, y vieron venir hacia ellos á un conocido gorrón.—Cuidado con convidarle.—Llega, nota que no le invitan, y á propósito de haberle preguntado que qué le hizo á fulano el otro día, cuando le faltó en la taberna, y respondiendo él que ¿qué le podía hacer? Paciencia—repone uno de los de la merienda.—Haberle roto las *costillas*.—Tómale la palabra el de gorra, y sentándose muy frescamente, dice: *¡Pa no hacer disprecio...!* Y dió en las *costillas* con tan fiero y hambriento diente, que hubieron de apretar los otros los suyos para que no les dejase en ayunas, y sus propias costillas por no descostillarse de risa.

Y á propósito también de equívocos, no es malo el siguiente refrán con su comentario de un grave autor antiguo, de principios del siglo xvii. «*A teatino, ni el dedo menino.* (Que no se les ha de dar entrada ni en muy mínima cosa, porque no se alcen con todo; ya es notorio á quiénes llaman teatinos en Castilla.

Dícelo aquel jeroglífico: «pues que nadie te atina, yo te atino, dinero mío».)

A tí lo digo, hijuela; entiéndelo, mi nuera.

A tu tía.—Despidiendo, que se vaya con Dios. O como dice otro: *A Tuta, que es lugar de limosnas, ó á Tetuán.* Despide y burla del que pide lo que le quieren dar, remitiéndole adonde no halle bien ninguno. *Tuta*, lugar imaginario, y *tu-tía* por el sonsonete: equivalen á *pedir*; *tute* y *tus-tus* explican la etimología del *tu-ta*, *tu-s*, *tu=to*, llamar á uno y pedir en eúskera.

A vísperas dan paz.—Por lo que es fuera de sazón, pues la paz se da en la misa, y no en las vísperas.

A maravedí el palmo.—Dícese en lo que á uno no le va ni le viene, ni maldito lo que le importa en lo que se entremete.

A más priesa, más vagar.—Paradoja bien clara en *Vístemme despacio, que estoy de prisa.*

A mí que no pido.—Cuando se reparte algo, los muchachos todos piden y son importunos; el que no lo es, tomando su modestia por derecho, dice el refrán. Otros muchos, por no parecer muchachos, dícenlo para su capote. A todos alcanza el dicho.

¡Ay, ay, ay!, que me quejo y no tengo mal.

Ahí es, junto á casa.—Ironía, cuando está muy lejos aquello por que se pregunta.

Hay hombres bestias como ansares pardas.—Por no decir que hay pocos que no lo sean.

¡Ay, qué trabajo, vecina; el ciervo muda el penacho cada año, y vuestro marido cada día!—Pulla manifiesta.

A ésta no la toco, á ésta no la toco.—Del que finge no querer y se lo está comiendo con los ojos, y así otros añaden: *y todas se las comió.* Suele pasar á los niños bien criados, á quienes se les enseña á rehusar cortésmente en sociedad cuando se les ofrece algo. Sólo que después resulta que si el ofrecimiento es sincero y acaba por aceptar, como debe hacerlo, no deja ni las raspas y muestra su mala crianza en lo que quiso mos-

trarla demasiado esmerada. Otra variante: *A éste le dió, á éste no le dió, y todos se los comió.*

¡A ellos!, ¡á ellos!; é iban huyendo.—Entiéndese que lo decían los que huían.

¡A ellos, padre! Vos á las berzas, y yo á la carne; y si os sentís agraviado, vos á las berzas, y yo al jarro.—Es la figura retórica *aprosdoqueton*, que denota lo que no se esperaba, se espera una cosa y dispara en otra irónicamente. Como decimos: *el que parte, bien reparte; bien para sí, por supuesto.*

A la sierra, ni dueña ni cigüeña.—Modo de decir que las dueñas se meten en todo, pues se las encuentra hasta en despoblado, aunque el dicho diga de hecho lo contrario.

A la dicha que habéis, padre, ahorcado habéis de morir.—Otro *aprosdoqueton*. *Dicha* vale buena y mala ventura, como suerte y casualidad, y aunque de suyo díjose de la buena, por el irónico modo de hablar tomó también el valor opuesto, como sucede en otros vocablos, por antítesis, como dicen. Por ejemplo, en el *Quijote* (I, c. 40): «si á dicha se pierden, ó los cautivan, sacan sus firmas»: es decir, si por mala suerte.

A la boda de Don García, lleva pan en la capilla.—Es paradoja, pues en las bodas suele haber abundancia; pero enseña que nadie se fíe en hacienda y provisión ajena, por rico que sea el otro y favorecedor que se presente.

A la boda del herrero, cada cual con su dinero.—También parece paradoja; como todos han menester de él en los pueblos chicos, van en su boda á ofrecerle, en vez de comer á su costa.

A la boda del horno, perdió Mariquita el bollo.—Paradoja clara, y la sentencia bien se clarea tras la metáfora.

A la borracha, pasas.—Lo que ella quisiera fuera vino: dénselo en pasas.

A la borrica arrodillada doblar la carga.—En vez de aliviársela; como *al que no quiere taza, taza y media.*

A la buena, júntate con ella; y á la mala, ponla la almohada.—No por darle gusto, sino por que haga sus visitas de puro cumplido y se parta cuanto antes.

E. M.—Marzo 1906.

A la vieja que no puede andar, meterla en el arenal.—Desayudarla; en vez de sacarla del atolladero, meterla en otro peor.

A la mosca, que es verano.—Dícenlo por los que se van libres de amo.

A la muerte no hay remedio cuando venga sino tender la pierna.—Dejarse morir, que es remedio eficaz para salir del paso.

A la mula con halago, y al caballo con el palo.—Al revés te lo digo, para que me entiendas.

A la mujer barbuda, de lejos me la saluda, con dos piedras, que no con una.

A la mujer ventanera, tuércela el cuello si la quieres buena. Buen remedio acabar con ella; pero no hay otro, porque es resabio sin remedio.

A las veces más vale el vino que las heces.—Esperábase oír todo lo contrario; como lo barato es caro.

A los de la facultad no llevamos dinero.—Así un albéitar á un médico que le pagaba la cura de su mula.

A nadar anadinos, patos y patinos; entrad vos, patón, nadaréis mejor.—En vez de lo haréis peor.

No hay cosa mejor dicha que la que está por decir.—Paradoja, aconsejando el secreto y la discreción.

A segar son idos tres con una hoz.—Suéltase el problema irónico: mientras uno siega, holgaban los dos.

¡Ah, Señor, por quien tú eres, no se acaben las mujeres!—En vez de decir: ojalá cargue con todas el diablo.

A su tiempo viene lo que Dios envía y quiere; y A su tiempo se cogen las uvas, cuando están maduras. Esperábase más honda razón. Y es la explicación de Don Quijote á Sancho del por qué le dolían todas las espaldas, declarándoselo profundamente, que como el palo con que le molieron era largo y tendido, le dolía cuanto el palo le cogió, y «si más te cogiera, más te doliera».

A jueces galicianos, con los pies en las manos.—A magis-

trados codiciosos ó gallegos, llevarles aves asidas por los pies con las manos.

A Dios y á ventura dígola avutarda.—Siendo la guía, debiera saber el camino, y llama gobernador al desgovernador y que no sabe de trazas ni lo que se pesca.

A Dios y vedmonos, y eran dos ciegos.—Como veamos, dijo el ciego, y nunca veía.

A Dios, Benavente, que se parte el Conde; y salía un cocinero.—De la población llamada Benavente; como *A Dios, Madrid, que te quedas sin gente.*

A Dios, que pinta la uva.—Los mozos que se despiden del amo, cuando más los había menester.

A Dios, paredes, que me voy á ser santo; é iba á ser ventero.—Tan de buena conciencia como el que armó caballero á Don Quijote.

A do te quieren mucho, no vayas á menudo.—Y no es ironía; para no cansar y hacer que te dejen de querer. Sentencia bien honda y práctica.

A dos palabras, tres porradas.—Habla el necio dos palabras y son tres necedades.

A falta de hombres buenos, hicieron á mi padre alcalde.—De quien el hijo no tenía muy buena opinión que digamos.

A falta de caldo, buena es la carne.—Como á falta de pan, buenas son tortas; ó á falta de vaca, buenos son pollos con tocino.

A bien te salgan, hijo, tus barraganadas.—Ironía contra los presuntuosos. Barraganadas son valentías; y prosigue: *El toro estaba muerto, y hacíale alcocarras con el capirote desde las ventanas, que hoy diríamos le quería capear desde la talanquera.*

A buey viejo, cencerro nuevo.—Cosas desproporcionadas, y en particular el que casa de viejo con mujer moza; ó á casas viejas, puertas nuevas.

A buen santo lo encomendáis.—A quien no tiene influencias, santo de poca cabida con Dios.

A buen comer ó mal comer, tres veces beber: la primera pura,

la segunda como Dios la crió en la uva, la tercera como sale de la cuba.—Siempre y en todo caso buen trago y de lo no bautizado.

A buen tiempo hemos llegado.—Del tiempo trabajoso y del verse desdeñados.

A buen viento está la parva.—Del descuidado é inepto.

A buscarla ando, la mala de la rueca, y no la hallo.—Dicen que lo dice la perezosa, que carga á la rueca la culpa de su dejadez.

A quien da y toma, nácele una corcova.—Los muchachos á los cicateros, mudando irónicamente el otro: *A quien da y toma, nácele una corona*, que el dar le fué granjeo, porque el que siembra coge.

A quien da no escoge; y dábanle de palos.

Ha comido cazuela.—Dícenle á uno que se pasea por no tener blanca.

Allá va la lengua, do duele la muela.—El que mejor lo aplicaba fué el que lo decía á las vecinas del barrio, cuando hablan mal de otras, pues acaece las más veces que lo que más critican es lo que más falta les hace, y esto aunque no sean vecinas del barrio. Y confírmalo el otro refrán: *Allí perdió la dueña el honor, donde habló mal y oyó peor.*—Porque *Allí tiene la gallina los ojos, donde tiene los huevos y pollos.*

Año de siete, ¡quién lo oyese y no lo vieses!—Común y antigua creencia es que las enfermedades el septeno día, y en la vida el año siete y todos sus múltiplos, son peligrosos. Aun en las frutas, cada año de siete no lo tienen por bueno los labradores, porque dicen que parece que descansa en él la tierra. Los hebreos no sembraban el año séptimo; pero era por el septenario de la creación con su descanso final, como en la semana, que terminaba en sábado ó descanso. El que quiera enterarse de las virtudes y daños del número siete lea lo que de Varron trae Aulo Gelio, en el capítulo 10 del libro 3.º de sus *Noches áticas*, donde, entre otras mil, trae esta misma supersticiosa creencia. «En los septenarios se verifican los que lla-

man *climacteres* los Caldeos, las crisis peligrosas de la vida del hombre y de su fortuna». Estos mismos datos y otros muchos de diversos autores recuerdo haber leído en el primero de los Diálogos que escribió en riquísimo castellano el P. Fray Juan de Pineda sobre la Agricultura cristiana, libro raro, de lo mejor que se ha escrito en castellano, fuera de su desmesurada extensión, pues consta de dos tomos en folio; hállese en la Biblioteca Nacional.

JULIO CEJADOR

ESPAÑA FUERA DE ESPAÑA

CICERÓN Y LOS ESPAÑOLES

IV

En el mes de Diciembre de 164-60, Cicerón escribía desde Roma á Atico: «He recibido la visita de Cornelio; me refiero á Cornelio Balbo, el familiar de César; me ha garantizado que César usaría en todo de mis consejos y de los de Pompeyo; que se las arreglaría para realizar la unión de Creso con Pompeyo. He aquí cuál sería el resultado de todo esto: para mi unión estrecha con Pompeyo, y, si me place, hasta con César, volver á la gracia de mis enemigos; para con la multitud, tranquilidad de mi vejez». Pero el cónsul del año 63 se pregunta si le está permitido renunciar á la lucha, si tiene derecho á depone-
ner las armas que empuñó desde los años de su juventud para la defensa de la patria; y según su costumbre, vacila, se mantiene á la expectativa.

Balbo, el *familiaris* que César le enviaba, era de origen español, cosa que podía suscitar la desconfianza del enemigo de la raza hispánica. Pero Balbo no pertenecía á la nación bárbara de los celtíberos; no era conciudadano de aquellos lusitanos ó numantinos contra los que Roma hubo de sostener penosas guerras. Su patria era la ciudad de Gades, que tenía en España la misma importancia comercial y gozaba de la misma estimación y del mismo favor cerca de los romanos que,

en las Galias, Marsella, tan á menudo alabada por Cicerón: éste coloca en el mismo rango, como igualmente dignos de estimación, á los ciudadanos de Sagunto, de Gades y de Marsella, que se mostraron, en varias ocasiones y con abnegación semejante, como los defensores de vanguardia (*propugnatores*) de la República romana.

Fundada por los fenicios en el siglo XII antes de la Era Cristiana, Gades no tardó en adquirir importancia comercial y gran riqueza, debidas á su situación geográfica, á la fertilidad de su suelo y á las minas de metales útiles y preciosos que se encontraban en sus alrededores. Poseía uno de los santuarios en que se daba culto á Malkarth, el Hércules sirio. Después de la toma de Sagunto, en los momentos en que iba á llevar su ejército á Italia, Aníbal fué á Gades, de la que los cartagineses se habían apoderado durante la primera guerra Púnica, para cumplir los votos que hizo á Hércules é imponerse otros nuevos, si la fortuna le continuaba dispensando sus favores. En tiempos de Diodoro de Sicilia, tenía-se aún á dicho templo en gran veneración; muchos romanos, célebres por sus hazañas, cumplieron allí los votos hechos á Hércules para el triunfo de sus empresas: entre esos romanos se cita á G. Fabio Máximo Emiliano, el cónsul del año 609-145, quien, antes de marchar contra Viriato, fué á celebrar sacrificios en el templo del Hércules de Gades. La ciudad fenicia había conservado la religión, las costumbres y las leyes de sus fundadores; estaba gobernada por una oligarquía á la que el comercio había enriquecido. Debían establecerse naturalmente buenas relaciones entre los *optimates romani*, que querían la destrucción de Cartago, y los *optimates gaditani*, que temían que Cartago les perjudicase en el comercio.

Durante la segunda guerra Púnica, en los momentos en que la muerte de los dos Escipiones provocaba la defección de todas las ciudades de España, Gades era la única en permanecer fiel á la alianza romana. El centurión primipilo L. Marcio estipuló con los gaditanos un tratado de alianza

que fué sancionado por la fidelidad de Gades y la equidad de Roma, y que se renovó en 676-78, en la época de la guerra de Sertorio, por los cónsules M. Emilio Lépido y E. Lutacio Catulo. Ocupada por los cartagineses, último refugio de Asdrúbal después de sus derrotas, Gades enviaba emisarios á los romanos para prometerles que les sería entregada la guarnición (548-206); cerraba sus puertas á Magón y las abría al ejército romano de L. Marcio Séptimo. Esta conducta le valió no verse reducida á la categoría de prefectura, es decir, de ciudad privada de su autonomía municipal y administrada por un *praefectus*, delegado de Roma. En la provincia de *Hispania Ulterior*, Gades tuvo el título de *civitas socia et foederata*.

En esta poderosa y antigua ciudad nació, probablemente hacia 654-100, algunos años después de Cicerón y Pompeyo, nacidos ambos en 648-106, tal vez el mismo año del nacimiento de César, Balbo, cuyo nombre, dice Bayle, «figura tanto en la antigua Historia romana, que es muy raro que los diccionarios históricos le hayan concedido tan poca importancia».

Oriundo de una de las familias más distinguidas de su ciudad natal, Balbo, cuando era muy joven (*inneunte aetate*), tomó una parte activa en la guerra contra Sertorio. Los intereses de su comercio impulsaron á Gades á ponerse al lado de Roma; Sertorio era el aliado de los piratas que infestaban el mar. El joven Balbo hace la campaña con G. Metelo y C. Memmio, en la armada y en el ejército; desde el día en que Pompeyo llega á España y toma á Memmio por cuestor, se une á Memmio y ya no le deja; se encuentra en el sitio de Cartagena; asiste á las importantes batallas del Sucrón y de la Turia; permanece al lado de Pompeyo hasta los últimos días de la guerra. El cuestor, encargado de aprovisionar al ejército, tenía que recurrir á los almacenes de Gades. Probablemente como intermediario entre sus conciudadanos y el cuestor entró Balbo en relaciones con C. Memmio, cuestor de Metelo en la *Hispania Ulterior*. Cuando después de la muerte de su hermano, el cuestor de Pompeyo, L. Memmio, que murió en el

sitio de Sagunto, C. Memmio, que había terminado el tiempo de cuestor, pasó en el ejército de Pompeyo al título de *legatus pro quaestore*, se llevó con él al joven Balbo, que terminó su servicio militar en la *Hispania Citerior*, provincia de Pompeyo.

La fidelidad de Gades se recompensó con la renovación del tratado de alianza con Roma, concertado en tiempos del consulado de M. Emilio Lépido y de Q. Lutacio Catulo, en 676-78. A los ciudadanos más dignos se les concedió el derecho de ciudadanía romana; Pompeyo les otorgó este derecho previa la decisión de su *consilium militare*, formado por los *quaestores*, los *tribuni militum*, los *centuriones primili*; é hizo que confirmase la decisión del *consilium* una ley de los cónsules del año 682-72, L. Gelio Poplicola y Cn. Cornelio Séntulo Clodiano. Balbo fué uno de los habitantes de Gades que pasaron á ser ciudadanos romanos en 72; tenía unos veintiocho años.

Convertido en ciudadano romano, Balbo, con arreglo á la costumbre, conservó su antiguo nombre, así como su *cognomen*, y tomó el *praenomen* y el *nomen* del *patronus*, que le introducía, por decirlo así, á título de padrino, en la ciudad romana: se llamó Lucio Cornelio Balbo. Según Bayle, los nombres *Cornelio* y *Lucio* proceden de Cn. *Cornelio* Séntulo Clodiano y de *Lucio* Gelio Poplicola, los dos cónsules del año 682-72, que confirmaron la decisión de Pompeyo relativa al derecho de ciudadanía concedido á algunos habitantes de Gades, entre los que estaba Balbo. M. Jullien supone con mayor verosimilitud que los Cornelios eran los patronos de Gades, puesto que bajo el consulado de L. Cornelio Séntulo, en 555-199, y probablemente gracias á su intervención, decidió el Senado no reducir á Gades á la categoría de prefectura; en 560-194, un P. Cornelio es propretor de la *Hispania Ulterior*, y que Balbo debió su *praenomen* y *nomen* á *Lucio Cornelio* Séntulo Crus, pretor en 696 58, que fué el amigo fiel del gaditano convertido en romano.

El nombre primitivo, que pasaba á ser el *cognomen* del

nuevo *civis romanus*, derivaba sin duda de la divinidad *Bal* ó *Baal*, que se encuentra tan á menudo en los nombres de origen fenicio: Aderbal, Aníbal, Asdrúbal; se podía asimilarle sin gran esfuerzo al *cognomen* Balbo, que se encuentra en varias familias romanas, los Ampii, los Attii, los Lucilii, los Octavii, los Tarii—en particular en los Cornelii,—y que, como la mayor parte de los sobrenombres romanos, está tomado de una deformidad: *Flaccus* es el hombre de las orejas flojas; *Cicero* tiene en la cara una excrecencia en forma de garbanzo; *Pactus* es bizco; *Labeo* tiene labios gruesos; *Varus* es zambo, y *Vatinius* patiestevado; *Plancus* tiene los pies planos, *Pansa* los pies anchos, y *Scanrus* los tiene contrahechos. *Nasica* tiene la nariz puntiaguda, y *Naso* la nariz larga; *Balbus* balbucea. El glorioso nombre de la antigua familia fenicia de Gades, el nombre que indicaba relaciones con el gran dios Baal, se convertía, una vez latinizado, en el *cognomen* de sentido algo ridículo del nuevo ciudadano de Roma.

Cicerón, que gusta de jugar con los vocablos, no escatimará las alusiones humorísticas al sobrenombre del habitante de Gades, en adelante amigo suyo. En una de sus *Cartas familiares*, afirma á Pacto que las personas elocuentes (*disertos*), él mismo, por ejemplo, aprecian los méritos de su cocinero tanto como pueden hacerlo los tartamudos (*balbos*), es decir, Balbo. Las alusiones son menos claras en las *Cartas á Atico*, en las que, para hacer ininteligible á terceros indiscretos la correspondencia dirigida á su confidente, el orador cree necesario multiplicar las *alegorías* y los *enigmas*. Pero el lenguaje alegórico se comprende, y el enigma se adivina, cuando Cicerón dice que César vendrá en ayuda de su amigo ATYPUS, es decir, *el tartamudo*. Aulo Gelio, por lo demás, cita un texto de Celio Sabino, jurisconsulto contemporáneo de Vespasiano, que prueba que á fines del primer siglo de la Era Cristiana, los términos griego y latino que designan la tartamudez se empleaban casi como sinónimos: «El *balbus* y el *atypus* se ven afligidos no tanto de una enfermedad como de un defecto físico».

Tal vez Balbo se encuentra también designado con el nombre de *Alledius* ó *Aledius*, que aparece á menudo en el libro XII de las *Cartas á Atico*. Este personaje, absolutamente desconocido, desempeña un gran papel: á requerimientos que le hacen, da numerosos informes y consejos útiles. Temstall supone—y Boot aprueba esta suposición—que dicho nombre imaginario es un pseudónimo, bajo el que Cicerón quiere disimular á Balbo; *Arredius* es un *tartamudo* que no habla con claridad, que ni siquiera puede pronunciar con exactitud las sílabas de su propio nombre, y que dice llamarse *Alledius*, exactamente como C. Lucilio Hirrus, que tartamudeaba, y cambiaba su *cognomen* en *Hillus*.

Balbo era rico. Como, desde la época de Silo, la única condición requerida para ser inscrito en la orden de los caballeros era la justificación del *census equester*, es decir, la posesión de 400.000 sextercios (unos 80.000 francos), al mismo tiempo que la ciudadanía, Balbo fué caballero romano. Muchos compatriotas suyos de Gades se encontraban en la misma situación de fortuna que él. Estrabón refiere que en uno de los censos generales que se hicieron en su tiempo figuraba Gades con quinientos habitantes que podían justificar el *census equester*. Ninguna ciudad de Italia, á no ser tal vez Padua, proporcionaba tantos caballeros.

De ordinario, los *novi cives*, así como los *libertini*, eran inscritos en alguna de las *tribus urbanae*, poco estimadas. Al caballero Balbo, merced á sus relaciones, le admitieron en la *tribus Crustumina*, una de las más consideradas entre las *tribus rusticae*. Era ésta una de las veintiuna tribus primitivas, formada en su origen por habitantes de Crustumeria, antigua ciudad del país de los sabinos.

Balbo era hechura de los *optimates*. Gracias á Pompeyo pudo obtener el derecho de ciudadanía romana; y, sin embargo, cuando entra en la vida política y administrativa, lo hace bajo los auspicios de César, jefe de la democracia.

Cuando, lejos de Roma y lejos de España, dirigía Pompe-

yo la guerra contra los piratas, César comenzaba la carrera de los honores como cuestor de la *Hispania Ulterior* (686-88). Siempre había de guardar un recuerdo grato de su estancia en España: al final de su carrera, recordaba, en una asamblea celebrada en Hispalis (Sevilla), que desde su ingreso en los cargos públicos, siendo cuestor, consagró un especial afecto á su provincia. Fué en Gades, adonde había ido á presidir la asamblea provincial como cuestor delegado por el pretor, cuando, al ver cerca del templo de Hércules la estatua de Alejandro Magno, se echó en cara, lamentándose, el no haber hecho aún nada notable á la edad en que el macedonio había ya conquistado el mundo entero.

Probablemente, con ocasión de algún *conventus*, conocería, en Gades, César á Balbo, que se presentó con los otros caballeros de la provincia. Balbo era muy joven aún cuando entró en relaciones con el cuestor; supo agradar á aquel hombre que entendía de hombres y el cual le admitió en seguida en su amistad. De otra parte, al cuestor no le era difícil agradar á los habitantes de Gades. Acusando á Cn. Cornelio Dolabella (677-77), gran señor del orden senatorial, que saqueó á Macedonia durante su proconsulado; después á Antonio Hébrida, que cometió exacciones en Grecia, César emprendió la campaña de defensa de los provincianos contra la tiranía senatorial, campaña que Cicerón iba á terminar con un resultado definitivo, constituyéndose en campeón de los sicilianos, víctimas del propretor Verres. Los españoles veían en el acusador de Dolabella y de Antonio al protector de los provincianos contra los abusos de poder de los *optimates*.

La ausencia no debilitó el afecto de César á Balbo. Cuando volvió á la Península, en 693-61, como propretor de la *España Ulterior*, eligió al caballero de Gades como *praefectus fabrum*. La *praefectura fabrum* era un *munus equestra*, é incumbía al *imperator* mismo la designación del titular de aquel *munus*. La «prefectura de los obreros» correspondía, poco más ó menos, á la dirección de ingenieros militares. El prefecto, en-

cargado de todos los trabajos de construcción y de fabricación y de todas las operaciones de los sitios, tenía á sus órdenes á los carpinteros, herreros y albañiles que construían las barracas militares, las torres de madera, los carros y las máquinas de guerra; á los armeros, que fabricaban todas las armas ofensivas ó defensivas, escudos, cascos y corazas, picas, flechas y dardos; á los mineros, que abrían galerías subterráneas destinadas á llegar á las plazas sitiadas.

El funcionario encargado de este importante servicio ocupaba uno de los primeros puestos en el Estado Mayor del Ejército; vivía de ordinario en intimidad con el *imperator* que le eligió para esa misión de confianza. Pompeyo dió á su amigo Teófanos la prefectura *fabrum*. Sabemos, por Cicerón, la intimidad que unía á Apio Claudio, procónsul de Cilicia, con su prefecto L. Clodio; y cuando el gran orador sucedió á Apio Claudio en su provincia, fué á su vez íntimo de su *praefectus fabrum*, Q. Septa. Mucho tiempo después de salir de Cilicia le escribía afectuosas cartas. Personajes del orden senatorial, como L. Vibulio Rufo, que fué prefecto de obras de Pompeyo, no se desdeñaban en desempeñar un cargo que pertenecía al orden ecuestre. El historiador Velejo Patérculo se honra con que á su abuelo C. Velejo le eligieran sucesivamente por prefecto de obras Cn. Pompeyo, Marco Bruto y Tr. Nero.

Al mismo tiempo de dirigir á los obreros militares, el prefecto de obras ejercía funciones de hacienda; manejaba gruesas sumas de dinero. No el cuestor, sino el prefecto es el que disponía del botín tomado al enemigo, del dinero procedente de la venta de dicho botín, del oro dado por las provincias para ofrecer coronas al *imperator* (*ex praeda, ex manubiis, ex auro coronario*); era el amo de los beneficios que el procónsul ó el propretor podían realizar en su gobierno. Septa administraba la fortuna particular y llevaba las cuentas de Cicerón.

Balbo fué para César un verdadero intendente; no era esto una sinecura. A su llegada á España, el propretor estaba acribillado de deudas. Cuando volvió á Roma, después de haber

sometido á los lusitanos, los galaicos y las tribus aún independientes de las regiones montañosas, Balbo le había ahorrado *ex praeda, ex manubiis, ex auro coronario*, el dinero suficiente para que pudiera gastar mucho en su candidatura al consulado. Nada tiene de particular que el propretor se mostrase agradecido á los útiles servicios (*officia*) que su prefecto de obras le había prestado.

El reconocimiento de César se manifestó en las varias medidas que tomó, ya en favor de Gades, ya en favor del mismo Balbo. El propretor no escatimó las distinciones (*ornamenta*), las pruebas de interés y las mercedes (*studia et beneficia*) á los compatriotas de su prefecto; apaciguó sus divisiones; les dió, con el consentimiento de ellos, leyes y una Constitución, é hizo desaparecer de sus costumbres los restos de una antigua barbarie. Es probable que los gaditanos, al igual de los otros pueblos de origen fenicio, continuasen sacrificando todos los años una víctima humana en el templo de su Hércules tirio, y que César hiciese abolir aquel sacrificio; es cierto que el amigo de Balbo estableció un sabio reglamento que terminaba con las contiendas de acreedores y deudores, y que obtuvo del Senado la supresión del *vectigal* impuesto á Gades por el cónsul Q. Cecilio Metelo Pío, en 674-80, á principios de la guerra contra Sertorio.

En recompensa de las mercedes de César, obtenidas gracias á la mediación de su antiguo conciudadano convertido en ciudadano romano, los habitantes de Gades hacían de Balbo su patrono y huésped: le conferían los derechos del *hospitinen publicum*, persuadidos de que, conservando su simpatía por la ciudad natal, emplearía para servirla el crédito y la influencia que le valían su calidad de caballero romano y su intimidad con César.

V

Antes de ocuparse de los intereses de Gades, que á la sazón no padecía, Balbo tenía que ir á Roma con César para consa-

grarse al triunfo de la candidatura de su protector, que aspiraba al consulado.

La situación era bastante difícil. Desde la derrota de Catilina y el fracaso de la conjura en la que César tomó una parte más ó menos directa, el poder había pasado á los *optimates*. El candidato al consulado debía asegurarse el concurso de los jefes del partido opuesto al partido de la aristocracia. Estos jefes eran, por diversos títulos, los dos cónsules del año 684-70—Cn. Pompeyo Magno, el vencedor de Mitrídates, á quien sus triunfos militares habían valido una gran popularidad, y M. Sicinio Creso, cuyas riquezas aseguraban la influencia,—y el cónsul del año 691-63, Marco Tulio Cicerón, que salvó á Roma de la conjuración de Catilina. Pero la autoridad de Cicerón era puramente moral; jefe de un partido sin partidarios, le tenían apartado aun los mismos á quienes salvó en el 63, y que temían, desde el 62, aparecer como solidarios del cónsul culpable de haber solicitado y obtenido, en contra del texto formal de las leyes Porcia y Sempronia, la condena y la muerte de los cómplices de Catilina.

Balbo podía, pues, consolarse fácilmente de no haber triunfado sino á medias, en el 60, en sus tentativas para unir á Cicerón con las ambiciones de César. Encontraba otras suficientes compensaciones. Digno antepasado de Fígaro, debía á sus orígenes cartagineses la habilidad en la astucia, que es lo característico del legendario *Barbero de Sevilla*. Cicerón ve en ello la «sutileza púnica», y hace observar que el carácter insinuante de Balbo le llevaba á ser el amigo de todo el mundo. Aquel Filinto no podía tener enemigos; su hábil modestia hacía que se oscureciese él mismo y colmase de alabanzas á las personas con las que se encontraba en relaciones. Todas estas cualidades le permitían seducir fácilmente á Creso, que era ávido de elogios y que se dejaba manejar por los que le alababan discretamente.

Pompeyo era mucho más inteligente que Creso, pero obedecía á la influencia de un griego de Mitilene, que se concilió

RECIBO A LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID

sus favores haciéndose el panegirista de sus empresas, Teófanos, á quien le concedió el derecho de ciudadanía en presencia del ejército. Convertido en ciudadano, Cn. Pompeyo Teófanos logró que se devolviera á Mitilene su independencia, y obtuvo un tratado que aseguraba á sus compatriotas el disfrute de sus antiguos derechos. La vanidad del vencedor de Mitrídates le sometía á todos los que le prodigaban adulaciones. Sabido es el imperio que tuvo sobre él su liberto Demetrio, y se comprende la autoridad que debía ejercer Teófanos, amigo é historiador del gran hombre, el confidente y el consejero, consultado con solicitud, escuchado con deferencia en las más graves coyunturas.

El título de ciudadano romano concedido por Pompeyo á Teófanos no había sido garantizado, como el de Balbo, por una ley de los cónsules. El griego de Mitilene tenía el mayor interés en ver confirmados los actos de Pompeyo, y la completa confianza en que César, cuya fuerza adivinaba, tendría el poder de que se confirmasen los actos del rival que se convirtiera en aliado suyo. Fué, por lo tanto, el agente más activo de la coalición (*coitio*) que se formó durante el verano del año 694-60 entre Crespo, que no pedía nada para él; Pompeyo, que reclamaba tierras para sus veteranos y privilegios para los pueblos orientales, clientes suyos; y César, que exigía para el orden ecuestre las ventajas que el Senado había rechazado, y para él el consulado del año 695-59, y después el proconsulado de las Galias.

Iguales en habilidad diplomática el griego de Mitilene y el fenicio de Gades, se entendieron admirablemente para lograr el buen éxito de las negociaciones, de las que debía salir el triunvirato. Aquellos dos hombres estaban hechos para comprenderse; su mutua simpatía debía unirles con íntimos lazos. Como prenda de la alianza que se pactaba, César, que se casaba con Calpurnia, hija de L. Calpurnio Piso Cesonino, destinado al consulado para el año 696-58, daba en matrimonio á Pompeyo á su propia hija Julia, y hacía que Teófanos adop-

tara á Balbo: el agente de Pompeyo se convertía en padre adoptivo del agente de César.

En 695-59, Balbo, que nació hacia el 654-100, tenía unos cuarenta años; Teófanés no había llegado aún á la edad en la que ya no se puede esperar sucesión, puesto que tuvo un hijo algunos años después del 59. Y, sin embargo, cuando Cicerón combate la validez de la adopción del patricio Clodio por un joven plebeyo, invoca la ley: el que adopta debe haber llegado á la edad en la que ya no se pueda esperar el tener hijos. La adopción de Balbo, patricio de Gades, por Teófanés, plebeyo de Mitilene, era tan ilegal como la de Clodio; fué combatida: en su defensa de Balbo, Cicerón asegura que su cliente no ha sacado de tal adopción otra ventaja que recoger las herencias de personas unidas por parentesco con el hijo adoptivo de Teófanés. Pero en sus cartas á Atico, en las que habla con toda franqueza, no disimula el descontento que le produce aquella adopción, en la que ve un hecho político, una nueva prueba de la alianza pactada entre Pompeyo y César.

Sin embargo, el gaditano, después de haberse llamado L. Cornelio Balbo, podía tomar ahora, una vez adoptado por Teófanés, el nombre oficial de M. Pompeyo Corneliano Balbo. Ejercía una influencia igual sobre su patrono César y sobre su primer protector Pompeyo, que no podía negar nada al hijo de Teófanés: se enriquecía, poseía propiedades tan extensas, casas tan suntuosas como las de Crisógano, el miserable liberto de Sila, á quien en un tiempo no escatimó crueles burlas el defensor de Roscio Amarino. Se alababa la belleza de la casa de campo que edificó Balbo en el país de Tusculum, la privilegiada situación de los terrenos que Pompeyo le concedió para hacer jardines. Pero se complacían en propagar rumores calumniosos sobre el origen de tales propiedades y tales riquezas. En los banquetes, en las reuniones, se acogían sobre el advenedizo toda suerte de murmuraciones, que Cicerón hubo de rechazar en el *Pro Balbo*, y á las que se asocia en sus

Cartas á Ático, en donde se burla á menudo de Balbo, como se burlaba de Crisógano en el *Pro Roscio*.

Balbo dejaba decir; era hombre demasiado hábil para incomodarse, demasiado benévolo además para guardar rencor á Cicerón, en particular por el mal éxito de sus negociaciones políticas cerca de él. Cuando el cónsul del año 63, definitivamente abandonado por César á los furiosos de Clodio, hubo de marchar para el destierro, Balbo prodigó á la familia del desterrado los testimonios del más eficaz interés. «En mi ausencia—declara Cicerón,—Cornelio ha prestado á todos los míos la ayuda de sus buenos oficios: ha llorado con ellos, los ha atendido, los ha consolado.» La ayuda del poderoso amigo de César y de Pompeyo no era de desdeñar; sabido es que en el 58, cuando Cicerón tenía que salir de Italia, sus enemigos le incendiaban su casa del Monte Palatino, y sacaban á su mujer, Terencia, del templo de Vesta, en donde se había refugiado:

La ayuda abnegada de Balbo fué muy útil en aquel peligroso momento, pero no pudo ser de larga duración. En efecto: Cicerón salió de Roma á fines de Marzo del 58, y á principios de Abril se dirigia César, á marchas forzadas, á Ginebra. Balbo no tardó en seguirle: volvía á ejercer cerca del procónsul de las Galias las funciones de *praefectus fabrum*, que tan bien desempeñó cerca del propretor de la *Hispania Ulterior*.

Ignoramos el papel que desempeñó Balbo durante la campaña de las Galias. Porque en el *De Bello Gallico* César no le nombra jamás, como no nombra tampoco á muchos de sus más útiles colaboradores. Podemos suponer que Balbo hizo en Galia lo que había hecho en Lusitania, y que contribuyó á acrecentar notablemente las riquezas del procónsul. Lo que sabemos es que Cicerón, de vuelta del destierro, se mostró agradecido al apoyo que Balbo prestó á su familia, y consintió en defenderle en un proceso en el que se negaba el derecho de ciudadanía romana del protegido de César y de Pompeyo, del hijo adoptivo de Teófanos de Mitilene.

VI

Entre los meses de Julio y Noviembre del año 698-56 fué cuando Cicerón abogó por Balbo. Alúdese, en efecto, en el *Pro Balbo* al discurso *De provinciis consularibus* que se pronunció en Junio. Pompeyo asistía al acusado; luego estaba de vuelta de su viaje á Cerdeña y Africa; su regreso fué en Junio ó Julio del 56; no le habían designado aún para cónsul del 55; si lo hubiera ya sido cuando la defensa de Balbo, Cicerón, que se complace en su discurso en enumerar todos los títulos y todas las distinciones de Pompeyo, no hubiera dejado de citar con elogios el nuevo honor otorgado por el pueblo al vencedor de Mitrídates. La causa se vió antes del invierno, puesto que César estaba aún en las Galias; sin duda antes del mes de Septiembre, porque, como M. Jullien hace observar con razón, las vacaciones de los tribunales comenzaban de ordinario en otoño para prolongarse hasta fin de año.

Combatíase la validez de los derechos de ciudadano romano conferidos á Balbo, bajo pretexto de que, siendo originario de Gades, ciudad federada (*ex civitate foederata*), no podía obtener el derecho de ciudadanía romana, si no habían accedido á ello los habitantes de dicha ciudad federada (*nisi is populus fundus factus esset in haec civitatem venire*). Pero los habitantes de Gades no se habían opuesto á que se confiriese á Balbo el derecho de ciudadanía; lejos de esto, habían concedido el *hospitinen publicum* á su antiguo conciudadano; y ahora intervenían en su favor, desaprobaban al acusador, en quien se negaban á reconocer al intérprete de sus sentimientos.

El acusador de un hombre inofensivo y benévolo, que no se creaba enemigos, era un personaje cualquiera, muy ignorante de la jurisprudencia; no tenía en su favor ni el crédito ni la elocuencia, que, á decir de Cicerón, tienen un poder soberano en Roma, sin el mérito personal, ni el buen derecho. Y, sin embargo, la acusación lanzada contra Balbo no carecía de

gravedad, puesto que tuvieron que abogar por él los dos futuros cónsules del año 699-55, Cn. Pompeyo Magno y M. Licinio Creso, y, además de estos dos hombres políticos, hubo de prestar el concurso de su elocuencia al acusado el más ilustre de los oradores. Seis años antes, en el 62, Cicerón había tenido que defender, *in quaestione legitima et in iudicio publico*, ante el jurado especial que juzgaba á los acusados de haber usurpado el título de ciudadano romano, á un poeta griego, originario de Antioquía, Arquías, á quien se concedió el derecho de ciudadanía por influencia de los Lúculos y combatido por los enemigos de los Lúculos, que esperaban molestar y contrariar á aquella aristocrática familia, hiriéndola indirectamente con el destierro de uno de sus más abnegados y más queridos servidores. El *praefectus fabrum* de César era un personaje mucho más importante que el modesto poeta protegido de los Lúculos. Al atacar á Balbo, se pretendía atacar á sus amigos influyentes. En su informe, Cicerón hace numerosas alusiones á la enconada envidia que despiertan los hombres eminentes que honraban á Balbo con su amistad, Pompeyo en particular, y César.

Es inverosímil que los acusadores del prefecto de obras tuvieran la loca audacia de combatir á la vez á los dos poderosos amigos de Balbo, César y Pompeyo. Pero, si cuando el proceso se vió ante el jurado, Creso y Pompeyo estaban en buena inteligencia con César y bastante unidos entre sí para constituirse ambos en abogados del *praefectus fabrum* del prócónsul, es probable que se intentara el proceso cuando separaban graves disentimientos á los triunviros; los *optimates* contaban con que se agravarían aquellos disentimientos haciendo que se procesara á Balbo, que podía apelar igualmente á los tres hombres, cuya *coitio* había preparado. El proceso demostraría la desunión de los triunviros y permitiría al partido aristocrático intentar una tentativa desesperada para apoderarse del poder.

Sábese, por las *Verrinas*, el mucho tiempo que transcurría

entre la acusación, la *delatio nominis*—el acto por el que el acusador citaba á su adversario ante el magistrado (*in jus vocatio*)—y la apertura de la causa ante el tribunal. Cicerón pedía ciento diez días para ir á buscar unos documentos á Sicilia. Gades está mucho más lejos de Roma que Sicilia; y Balbo tenía que ir á recoger sus pruebas de justificación en Gades, á buscar y traer testigos de descargo.

Si la causa, como todo hace creer, se vió entre Julio y Septiembre del 56, la acción debió entablarse á principios del año. Ahora bien: en Enero del 56, un asunto de ambición y de intereses separaba á Pompeyo y Creso. El rey de Egipto, Ptolomeo Anletes, echado por sus súbditos, solicitaba de Roma la reintegración en su reino, *vi et exercita*. Como el jefe del ejército romano que se encargara de restablecer al rey en Egipto debía obtener en aquella expedición pingües ganancias, Pompeyo y Creso se disputaban agriamente aquella misión; el asunto se agitaba apasionadamente en el Senado. Cicerón combatía á la vez á Creso y Pompeyo; pronunciaba un discurso para obtener de los Padres Conscritos que la restauración de Ptolomeo se confiase á P. Cornelio Léntulo Spinter, el cónsul del 57, al que llamaba salvador suyo: Léntulo era, en efecto, el que se ocupó de que se levantara el destierro á Cicerón. El Senado decidió que no había lugar de ocuparse de la restauración de Ptolomeo. Suscitóse otro conflicto entre Creso y Pompeyo, á propósito de los dos célebres agitadores enemigos que comprometían la tranquilidad pública en Roma. Creso favorecía á Clodio; Pompeyo apoyaba á Milón. Pompeyo mantenía tanta tirantez con César como con Creso; el vencedor de Mitrídates sentía celos de la gloria militar del procónsul de las Galias.

Todo el mundo, por lo demás, se volvía contra César; aprovechábase su ausencia para combatir su política; el Senado continuaba la oposición intrigante, en la que se distinguió M. Calpurnio Bábulo, el colega de César en el consulado, en 695-59. Declarábanse todos los actos de César contrarios á los

BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA
MADRID
1900

auspicios (*contra auspicia*): había que anularlos. Todas las leyes que diera eran malas: convenía abolirlas. En el discurso que pronuncia por Sestio, en Marzo del 56, Cicerón habla de la implacable oposición que se hace á César.

El procónsul, vencedor en las Galias, podía temer ser vencido en el Senado y en el Foro por sus enemigos políticos. Despidió á Balbo del ejército y le envió á Roma; encargó á su hombre de confianza que le tuviese al corriente de los acontecimientos y que contuviera, ó por lo menos retardase hasta su regreso á Italia, los progresos peligrosos. Entonces fué cuando se acusó á Balbo de gozar ilegalmente del derecho de ciudadanía: convicto de no ser ni siquiera ciudadano romano, al agente de César le hubieran destituido de toda autoridad, privado de toda influencia.

Los *optimates* trataban de atraerse á Clodio. Cicerón se indignaba al verles en su presencia abrazar, halagar, mimar, colmar de caricias á su enemigo, al enemigo de las leyes, de la justicia, del orden, de la patria, de todas las personas honradas. Declaraba en el discurso *Sobre la respuesta de los arúspices*, pronunciado en el Senado en Mayo del 56, que Clodio podía atacar á César y Pompeyo en medio de la general aprobación. Escribía á su hermano Quinto que el cónsul Cn. Cornelio Léntulo Marcelino trataba sin contemplaciones en el Senado á César y Pompeyo. Suetonio refiere que el pretor L. Domicio Ahenobarbo, candidato desde 698-56 al consulado, que no había de alcanzar hasta el año 700-54, acusaba á César de haber obrado constantemente contra las leyes y los auspicios.

El mismo Cicerón, que pretendía mantenerse aparte de los asuntos políticos, hablaba con buen éxito en el Senado contra los proyectos de leyes agrarias propuestos por César; los Padres Conscritos discutían con la violencia de una asamblea del pueblo (*clamora prope cantionali*) la *lex Julia de agro Campano*. Todos los actos de esta oposición á César figuran entre Enero y Abril. Si el proceso de Balbo se hubiera visto ante el

tribunal en el mes de Abril, Creso y Pompeyo no se hubieran unido para defender al *praefectus fabrum*; Cicerón se habría librado muy bien de prestar al acusado el apoyo de su elocuencia; y, á pesar de sus evidentes títulos á la posesión del derecho de ciudadanía, el agente del procónsul de las Galias hubiera sido condenado. Pero iba á producirse un cambio. César abandonaba precipitadamente su provincia para ir á ponerse de acuerdo con Creso y Pompeyo. Encontraba primeramente á Creso en Rávena y, á mediados de Abril encontraban ambos en Luca á Pompeyo, que se proponía ir á Cerdeña y Africa. Las conferencias de Luca reorganizaban y consolidaban el triunvirato: se entendieron para preparar el fracaso de la candidatura del pretor Domicio al consulado y asegurar el triunfo de Pompeyo y Creso.

El porvenir pertenecía á la nueva unión del procónsul de las Galias con los dos cónsules designados para el año 55. Cicerón debía comprenderlo; blanco de los ataques de Clodio, medianamente sostenido por los *optimates*, necesitaba buscar aliados y defensores; no podía encontrarlos sino en los triunviros. Su hermano Quinto, consagrado á la suerte de César, del que iba á ser el *legatus* á partir del 54, se esforzaba en unirse al procónsul de los Galias; Atico, su consejero fiel é ilustrado, apoyaba con toda su autoridad las exhortaciones de Quinto; Pompeyo, el amigo y protector de sus juveniles años, el héroe celebrado en el *Pro lege manilia*, le ordenaba que prestase su concurso al triunvirato del que era jefe César.

Cicerón hubo de ceder á las solicitudes de su hermano, á los consejos de Atico, á los ruegos imperativos de Pompeyo. Se apresuró á ofrecer prendas de sumisión á César pronunciando el discurso *Sobre las provincias consulares* y aceptando la defensa de Balbo. En el mes de Junio del 56, el *De Provinciis consularibus* apoyaba con buen resultado la proposición que tendía á prolongar la duración del gobierno de César en las Galias. Varias alusiones de este discurso nos enseñan que, en otros discursos hoy perdidos, el orador había pedido y ob-

tenido rogativas públicas á los dioses (*supplicationes*) por las victorias de César, y fondos especiales sacados del Tesoro para pagar el sueldo de las tropas del vencedor. En el *Pro Balbo* consentía en rehacer un *Pro Archia* en favor del protegido de César y Pompeyo. La cuestión jurídica había sido tratada á fondo por Creso y Pompeyo; Cicerón no tenía para qué insistir en ella.

Además, la acusación que únicamente tenía probabilidades de triunfar por los disentimientos de César, Pompeyo y Creso, caía por su base desde que el triunvirato quedaba sólidamente reorganizado.

En su discurso, en el que deja de lado la cuestión jurídica, ya tratada por Creso y Pompeyo, Cicerón se ocupa sobre todo en hacer profesión de sus sentimientos hacia César: el orador del discurso *Sobre las provincias consulares* declaraba que había dejado de ser el enemigo del procónsul; el abogado de Balbo proclamaba que era amigo de aquél, é iba á dar pruebas de esta servil amistad prestando el concurso de su elocuencia á todos los clientes de César cuya defensa ante los tribunales debía imponerle el triunvirato.

Por lo menos, al abogar por Balbo, no se veía obligado á defender y alabar á un enemigo en otro tiempo combatido y denigrado como aquel Vatinio al que arrastró por el lodo en el 56 y hubo de llenar de elogios en el 54. Balbo era un hombre honrado que le había prestado servicios. El defensor de Balbo podía, sin deshonorarse, consagrarle un panegírico que es un documento precioso para reconstituir hasta el año 698-56 la biografía de aquel español de Gades, convertido, por un concurso notable de circunstancias, en el caballero romano L. Cornelio Balbo, protegido y amigo de Pompeyo, consejero atendido y agente influyente de César.

VII



El fracaso de los enemigos de Balbo confirma en Roma el poder del agente de César; y el discurso pronunciado en su favor estrecha los lazos de amistad entre el defensor y su cliente. Sus relaciones pueden ser y son en adelante más frecuentes: parece, en efecto, que Balbo renuncia á la *praefectura fabrum* y permanece en Roma casi constantemente.

Plinio el Viejo habla del lujo de un caballero romano, originario de Formies, Mamurra, *praefectus fabrum C. Caesaris in Gallia*, que, después de haberse enriquecido en la *Gallia Comata*, revistió de mármol las paredes de su casa, situada en Roma, en el monte Celio. Cicerón se indigna de las riquezas mal adquiridas del tal Mamurra, al que Catulo ataca violentamente en una obra escrita durante el invierno de 55-54, entre las dos expediciones á Bretaña. Por aquella fecha, Mamurra se aprovechaba ya de la posición de *praefectus fabrum*, en la que reemplazaba á Balbo, para saquear la Galia.

Entre los años 698-56 y 700-54, Cicerón no nos da ninguna noticia sobre Balbo; en Mayo del 700-54, dirige numerosas cartas al antiguo prefecto, que acompañaba á César en sus expediciones; en Abril de 701-53, Balbo va á unirse con el prócsul á orillas del Rin. Va, en verano, á recoger el botín conquistado durante la campaña; vuelve á Roma, en invierno, á gastar el dinero producto del botín, para comprar partidarios á César. Cicerón habla con él, en Roma, en Marzo del 700, antes de que marche á la provincia. En Septiembre del mismo año, Quinto escribe á su hermano que Balbo va á llegar á Roma, bien acompañado (*bene comitatus*), es decir, con dinero del botín de Galia y de España, y que permanecerá en Italia hasta los idos de Mayo de 701-53. Esta noticia llena á Cicerón de alegría, porque lleva en sus ojos á Balbo (*Balbum in oculis fero*), no ve sino á él, no quiere sino á él. En efecto,

por recomendación de Balbo ha obtenido Quinto Cicerón, en Julio del 700-54, el puesto de *legatus* de César en la Gran Bretaña; gracias á los buenos oficios del antiguo *praefectus*, el nuevo *legatus* se ve cada día más querido, más apreciado por su general, lo que causa al hermano del *legatus* una alegría semejante á la que pueden gustar los dioses inmortales (*immortaliter gandeo*).

Agradecido el autor del *De provinciis consularibus* por sus servicios, César, por su parte, le sirve en lo que le pide; hasta provoca las peticiones del defensor de Balbo, y le censura por su demasiada reserva. Por mediación de Balbo, con el que sostiene una activa correspondencia, Cicerón obtiene de César todos los favores que desea para sus amigos; gracias á Balbo, el jurisconsulto Trebacio, que acompaña á César á las Galias por recomendación de Cicerón, podrá hacerse rico. El sutil español da á los amigos de su defensor útiles consejos para que hagan carrera; los exhorta á que sean listos.

César tenía interés en intimar con Quinto Cicerón, cuya influencia era grande sobre su hermano. Quinto, acribillado de deudas, estaba muy interesado en seguir á César en expediciones que podían enriquecerle; á Cicerón le convenía tener cerca de César un protector capaz de defenderle contra Clodio y sus otros enemigos. En efecto, la guerra civil se reanudaba en Roma: en el 53, Milón, apoyado por el Senado y por Pompeyo, trabajaba por el consulado, y Clodio, entregado por completo á la política de César, aspiraba á la pretura para el año 52. La perturbación era permanente: por las mañanas, peleas en el Campo de Marte; por las noches, riñas en las esquinas de las calles. En todas partes el pillaje, el asesinato, el incendio: los bandos enemigos de Clodio y de Milón hacían que reinasen en Roma la anarquía y el terror. Cicerón tenía una necesidad de que le protegiese la autoridad de César, contra el arrebatado que le desterró en el 58, le confiscó los bienes, le demolió é incendió su casa. Al mismo tiempo de encargar á Balbo que tranquilizase al cónsul del año 63, César alen-

taba la fidelidad de los dos Cicerones, prestándoles, siempre por mediación de Balbo, importantes sumas.

Cicerón no se cansa de recordar las atenciones de que le colma César. Alaba la bondad del procónsul: «Mucho tiempo hace ya—escribe á Quinto—que canto alabanzas á tu querido César; le llevo en mi corazón y en él permanecerá». Se felicita de recibir de César cartas afectuosas, amables, obsequiosas en grado extremo; alégrase de saber por su hermano todo el afecto que César le profesa. Escribe á Atico: «He llegado á ser muy querido de César, á quien agrado mucho; tengo de ese afecto numerosas y positivas pruebas». Se muestra muy agradecido á Balbo, por haberle conciliado los sentimientos afectuosos del maestro. Escribe á César: «Por Balbo puedes saber lo que le estimo; me he consagrado á él por completo».

Balbo encuentra el medio de penetrar en la intimidad de dos de los amigos más queridos de Cicerón: del confidente de todos sus pensamientos, Atico, y del joven y simpático atolondrado Celio, á quien el gran orador, que fué su abogado meses antes de serlo del caballero romano de Gades, profesaba tan indulgente afección. En Septiembre del 703-51, Celio escribe á Cicerón lo que ha apesadumbrado á Balbo la *sententia* del cónsul del año 702-52, Q. Cecilio Metelo Pío Escipión, que propuso al Senado, en la sesión del 1 de Septiembre del 51, que decretase la provisión del gobierno de las Galias—es decir, el relevo de César—para el 1 de Marzo del 50, lo más tarde. En Mayo del 50, Celio alaba el celo oficioso y la solicitud de Balbo. Es probable que el dinero que procedía del pillaje de las Galias hubiera contribuído á hacer de Celio el amigo del agente de César. Sabido es que, en las Galias, el procónsul despojó á los templos de las ofrendas de los fieles, y destruyó muchas ciudades para saquearlas: el producto de todos estos robos le servía para corromper á los hombres arruinados y poco delicados que podían serle útiles para sus proyectos. Balbo compró por cuenta de César á C. Memmio, el antiguo

cuestor de Pompeyo, con quien hizo la campaña contra Sertorio, y que esperaba llegar á cónsul.

En su ausencia, le suplía en su obra de corrupción C. Opio, que le estaba, por lo general, asociado para todas las negociaciones que encargaba César á sus hombres de confianza. Opio y Balbo conpraban tanto á los grandes personajes como á las personas de posición modesta, lo mismo á los libertos que á Curión y Planco.

Mientras que Opio y Balbo se ocupaban en reclutar partidarios del procónsul de las Galias á fuerza de dinero, Cicerón estaba lejos de Italia: un nuevo destierro, muy honroso éste, y disimulado bajo las apariencias de un gobierno en provincia, le retenía en Asia. Pompeyo preparaba su ruptura con César; acababa de casarse con Cornelia, hija de Q. Cecilio Metelo Pío Escipión: su suegro, á quien tomaba como colega en el consulado á fines del 52, era quien había de proponer al Senado, en la sesión del 1 de Septiembre del 51, la sentencia que tan penosamente contristara á Balbo (*contristavit haec sententia Balbum Cornelium*). Los proyectos de Pompeyo podían ser entorpecidos por Cicerón, cuya reciente y gran amistad con el procónsul de las Galias le causaba inquietudes. Para alejar al cónsul del 63, Pompeyo hizo que se adoptase un senadoconsulto, en virtud del cual los cónsules y los pretores no podrían ser enviados á las provincias como procónsules y como propretores sino á los cinco años de haber dejado el cargo; en cambio, los que llevaban más de cinco años de haber dejado el cargo, y no habían ejercido aún el proconsulado ó la propretura, debían inmediatamente sacar á suerte una provincia. Cicerón no pudo librarse de la regla común; le fueron atribuídas, como provincia, la Cilicia, la Pisidia y la Panfilia. Muy á su pesar, hubo de salir de Roma en Marzo del 703-51 para llegar en Julio á Laodicea, capital de Cilicia. Distrajo el tedio de su año de proconsulado, de Julio del 51 á Julio del 50, haciendo expediciones militares contra algunos pueblos de su provincia no sometidos todavía.

César tenía el mayor interés en que el procónsul de Cilicia no se pasara, durante su ausencia de Roma, al partido de Pompeyo. Halagándole sobre todo en la vanidad, influía Balbo sobre Cicerón y esperaba mantenerle en el número de los amigos de César. Empleó el oficioso celo de que le alaba la carta de Celio, escrita en los primeros meses del 704-50, en hacer que se votaran *supplicationes* en honor de los triunfos militares del procónsul de Cilicia, la victoria del monte Amano y la toma de Pindeniso. En Noviembre y Diciembre del 704, hace que escriba César, ó escribe él mismo en nombre de César, á Cicerón cartas llenas de felicitaciones y de promesas.

El procónsul de Cilicia dejó su provincia en Julio. Muy perplejo respecto al partido que había de tomar en la guerra civil que se anunciaba inminente, vacilaba en volver á Roma; se retrasaba en el viaje; estaba en Atenas en Octubre; á fines de Noviembre pasaba á Brindisi, en donde esperaba los acontecimientos. Por fin, el 4 de Enero del 49, llegaba á Roma, como lo dijera él mismo, «en medio de las llamas de la guerra civil».

Balbo, que había comprendido perfectamente que la unión entre los triunviros no podía durar, empleaba toda su inteligencia y toda su habilidad en preparar la guerra civil en beneficio de César y en poner toda la sinrazón de parte de Pompeyo.

Opio y Balbo, que—según Tácito—eran los árbitros de la paz y la guerra (*potuere condiciones pacis et arbitria belli tractare*), mantenían con el procónsul una correspondencia cifrada para ponerle al corriente de los acontecimientos y de los progresos de la opinión que dirigían ellos de una manera muy hábil: gracias á los rumores que Opio y Balbo sabían propagar, todo el mundo en Roma estaba persuadido de que César hacía toda clase de esfuerzos para asegurar el mantenimiento de la paz. En Diciembre del 704-50, en Febrero del 705-49, las cartas de Cicerón á Atico reflejaban todas sus inquietudes: César finge querer la paz; Pompeyo deja adivinar demasiado que

desea la guerra, para la que no hace ningún preparativo; le excitan en sus proyectos belicosos torpes consejeros, el historiador L. Luceyo, candidato fracasado al consulado para el año 59, y Teófanos de Mitilene.

Teófanos riñe, como es consiguiente, con su hijo adoptivo Balbo; la adopción arreglada cuando la alianza entre César y Pompeyo, se disuelve con ocasión de su ruptura. Entonces fué, sin duda, cuando el padre adoptivo concertó el matrimonio que había de darle un hijo, M. Pompeyo.

Los sentimientos de amistad de Cicerón por Balbo parecen enfriarse. En su protector de la época del destierro, en el cliente á quien elogiaba en 698-56, Cicerón no ve ya nada más que un personaje de Tartesio honrado con la afección de Atico, *Tartesium istum tucum*. El autor del *De Senectute* nos hace saber que Gades se llamaba en otro tiempo Tartesio; ya no se trata del caballero romano L. Cornelio Balbo, ni siquiera del *civis gaditano*. Balbo es un simple tartesiano, un habitante de aquella ciudad bárbara en la que los fenicios establecieron una colonia después de haberle quitado su nombre primitivo.

VIII

A principios del 705-49, la guerra civil había estallado á consecuencia de un senadoconsulto que, á pesar de la oposición de los tribunos M. Antonio y Q. Casio, ordenaban á César que licenciase á su ejército. Inmediatamente, el procónsul de las Galias, al frente de sus legiones, pasó el Rubicón, límite de la Galia Cisalpina, é invadió Italia. Después de arrollar las resistencias más ó menos serias que se oponían á su paso, entraba, en Abril, en Roma, de donde habían huído Pompeyo, el Senado, los cónsules y Cicerón.

Balbo, mientras tanto, no perdía medio para tranquilizar á Cicerón y mantenerle en el partido de César. Encargado por el Senado de vigilar el litoral del mar Tirreno, Cicerón había

marchado á su casa de Formias; desde su *Formianum* escribía á Atico, el 24 de Febrero del 705-49: «Ayer por la noche vino á mi casa Balbo Menor; enviado con una misión por César, toma los caminos extraviados para correr en busca del cónsul Léntulo; tiene que entregarle una carta de César y comunicarle órdenes precisas; lleva el encargo de prometerle una provincia para determinarle á que vuelva á Roma. No creo que le convenzan sin una entrevista previa con él. Balbo Menor me ha dicho también que César no desea otra cosa que verse con Pompeyo—lo creo—y reconciliarse con él—no lo creo... Balbo Mayor me escribe, por su parte, que César no desea más que una cosa: vivir al abrigo de todo temor, dejando el primer puesto á Pompeyo. Supongo que tú estarás convencido de esto, ¿verdad?»

Cicerón designa con el epíteto *Minor*, para distinguirlo de su tío el *praefectus fabrum*, á quien llama *Major*, á L. Cornelio Balbo (menor), hijo de P. Cornelio Balbo, hermano éste de L. Cornelio Balbo (mayor). Los dos hermanos recibieron al mismo tiempo el derecho de ciudadanía romana. Nada se sabe de P. Cornelio Balbo; su hijo, á partir del 49, desempeña cierto papel en la historia romana, en la que se le distingue con el epíteto *Minor* de su tío, que probablemente le adoptó, puesto que lleva el mismo *praenomen* que él, en vez de tener, según el uso, el *praenomen* paterno, Publio.

Léese todavía en una nueva carta á Atico del 26 de Febrero: «¿Me preguntas lo que me ha escrito César? Lo que ya me ha escrito á menudo: que se alegra de ver que permanezco quieto, y me ruega que persevere en mi neutralidad. La misma recomendación me hizo Balbo Menor cuando estuvo en mi casa, de paso para llevar al cónsul Léntulo una carta de César y promesas de recompensa para el cónsul, si éste volvía á Roma... He recibido dos cartas de Pompeyo; quiero que conozcas el tono diferente de ellas y el cuidado que he puesto en mis respuestas. Te envió copia de las cartas de Pompeyo y de las mías».

En el mes de Diciembre del 704-50, antes de hacer su entrada en Roma, Cicerón fué á ver á Pompeyo, que residía á la sazón en su posesión situada en el territorio de Albalonga. Pompeyo le colmó de halagos, prometiéndole que se ocuparía en conseguirle el triunfo por sus victorias de Cilicia; le aconsejó que no asistiese á las reuniones del Senado y se mantuviese en reserva. De otra parte, las idas y venidas de Balbo hacían comprender á Cicerón que el día de la ruptura estaba próximo; se prometía ser del partido de Pompeyo.

Las dos cartas escritas en Febrero por Pompeyo á «Cicero Imperator» y comunicadas á Atico son breves é imperativas: la primera manda á Cicerón á Luceria, en donde estará seguro; la segunda le conjura, en nombre de su amor por la patria, á que vaya inmediatamente á Brindisi.

Pero Cicerón vacilaba entre otras sollicitaciones; César confió á Balbo la misión de entenderse con Q. Metelo Pío Escipión; el antiguo prefecto de obras del procónsul de las Galias celebraba conferencias con el cónsul suegro de Pompeyo. A principios de Marzo, Balbo dirige una carta á Cicerón, quien se la comunica á Atico con numerosos comentarios; su amigo no podrá por menos de compadecerle al ver hasta qué punto se burlan de él. Cicerón no puede hacer nada para aplacar la guerra; todo el mundo lo sabe tan bien como él, y Balbo finge creer que es el árbitro de la paz.

La carta de Balbo es, en efecto, torpe á fuerza de querer ser hábil; á Cicerón le gustan las alabanzas; le prodigan demasiado para que pueda tomarlas en serio, y el énfasis español de las grandes protestas de amistad debe poner en guardia á la prudencia latina contra las efusiones de *iste tartessus*. «A Cicerón incumbe realizar una tarea digna de su virtud. Hombres pérfidos han enemistado á César y Pompeyo: á él corresponde el reconciliarlos. Que Cicerón lleve á feliz término tan hermosa obra: César le pertenecerá, César apreciará la inmensidad del servicio que le haya prestado.» Así como antes de la ruptura César y Balbo afectaban no desear otra cosa que

el mantenimiento de la paz, así desde la declaración de la guerra el procónsul de las Galias y su agente no cesan de proponer medidas pacíficas. «César, y sobre todo Balbo, están profundamente agradecidos á Cicerón por haber usado de toda su influencia con el cónsul Léntulo para mantenerle lejos de Pompeyo; Balbo se desespera al ver que Léntulo, al que profesa tan tierno afecto, evita toda conferencia con él; que Léntulo, por lo menos, siga los consejos de Cicerón, que cumpla en Roma su año de consulado: la autoridad de Cicerón obligará á Léntulo á provocar una aproximación entre César y Pompeyo. Si Balbo llega á ver el hermoso día de la reconciliación, considerará que ha vivido bastante.»

Aunque afectada, la expresión de los sentimientos de Balbo hacia Léntulo no dejaba de ser sincera. El gaditano no olvidaba que el cónsul del año 705-49 era L. Cornelio Léntulo Crus, á quien debía su ingreso en la *civitas Romana*, su *praenomen* y su *nomen* de *Lucio Cornelio*. Por esto no perdona medio para atraer al partido de César á su antiguo *patronus*, el cual por lo demás debía al procónsul de las Galias favores á los que se alude en el *De Bello Civili*. Cicerón, por su parte, declara que Léntulo, aun cuando forma en el campo de Pompeyo, guarda un grato recuerdo de las mercedes de César. Balbo, que le manda su sobrino para traerle al partido del procónsul, no cesa de hacer protestas de amistad y del agradecimiento que por él siente. «Balbo está persuadido de que Cicerón aprobará en un todo la conducta de César en Corfirnio. Se alegra mucho del placer que le ha causado la visita de Balbo Menor, á quien Cicerón quiere tanto como su tío. Garantiza la exactitud de cuanto Balbo Menor le ha dicho de parte de César, de cuanto César le ha escrito.» Tras un sitio de siete días, César se había apoderado, el 20 de Febrero, de Corfirnio y de la guarnición pompeyana que defendía la plaza. Por su clemencia con los vencidos dió pruebas de una habilidad política, á la que Cicerón no podía por menos de rendir homenaje.

En una carta dirigida desde Formias á Atico, el 1.º de

E. M.—Marzo 1906.

9

Marzo, manifestaba la penetración, la vigilancia, la actividad siempre pronta del vencedor que, al evitar toda efusión de sangre y todo pillaje, supo conciliarse á los que más hostiles le eran. «Hablo frecuentemente con habitantes de los municipios, con gentes del campo: éstos no piensan más que en sus modestas propiedades, en sus modestas viviendas, en sus pequeñas economías. Y ya ves qué cambio en la situación: á Pompeyo, en quien tenían plena confianza, le temen ahora, y quieren á César, que les atemorizaba.»

En varias otras cartas á Atico, fechadas en el mes de Marzo, se mencionan con tono de mal humor los progresos de la popularidad de César—aquel Pisistrata, como Cicerón le llama por vía de denigración. «Los *optimates*—¡oh dioses!—se apresuran á ofrecerse, á venderse á César. Los municipios le miran como á un dios, y no son votos simulados los que se hacen en su honor, como los que se formulaban con ocasión de la enfermedad de Pompeyo. Se tiene en cuenta á este Pisistrata todo el mal que no hace, como si impidiera que lo hiciera otro. Se espera en él un dios propicio... se dejan cautivar por su insidiosa clemencia.» Cicerón se entera en su casa de Formies de que todos los *optimates* que prometieron seguir á Pompeyo se dirigen á Roma para hacer acto de sumisión á César.

La *insidiosa clementia* de César se extendía hasta el mismo Pompeyo. Balbo y Opio provocaban una carta de su patrono en la que se hacían escribir estas palabras que se apresuraban á publicar: «Seguiré gustoso vuestros consejos; tanto más gustoso cuanto que concuerdan con mis propias determinaciones; sí, he decidido dar pruebas de la más amplia clemencia, de agotar todos mis esfuerzos para atraerme á Pompeyo».

Las incertidumbres de Cicerón aumentan. Teme haber sido engañado por las confidencias de Balbo en sus conversaciones, por las noticias que Balbo le dió por carta. Balbo le tiene constantemente al corriente de los triunfos de César, para animarle á abandonar definitivamente el partido de Pom-

peyo; todo lo que Balbo le comunica pretende saberlo por César, que no tardará en llegar á Roma. El mismo César, hábil en halagar la vanidad de los que pueden serle útiles, dirige al antiguo procónsul de Cilicia, al que califica de *Cicero Imperator*, un amabilísimo billete en el que le manifiesta los deseos que tiene de verle en Roma para aprovecharse de sus consejos, de su crédito, de su alta posición; en una palabra, de todo su poder (*ut tuo concilio, gratia, dignitate, ope omnium rerum esti possien*).

Vienen después cartas de Balbo y de Opio que Cicerón envía á Atico el 13 de Marzo; los dos confidentes de César explican á *Cicero Imperator*, en una especie de manifiesto redactado en común (*littera communes*), que César no quiere hacer la guerra á Pompeyo, y que le agradecerá mucho á Cicerón que permanezca neutral entre los dos partidos. A este mensaje oficioso, Balbo adjunta una carta personal é íntima: jura que pone á Cicerón en el número de sus más queridos amigos; en nombre de esa amistad le suplica que escuche. César desea la paz con Pompeyo; no censurará la neutralidad de Cicerón: todo lo que le pide es que no se una á sus adversarios, que venga á Roma á ayudar á Balbo en la gran obra de pacificación que es el objeto de todos sus votos. Que Cicerón consienta en escribir á César para pedirle el mismo apoyo que, en otro tiempo, cuando las luchas de Clodio y Milón, solicitó de Pompeyo, con aprobación de Balbo (*mequidem aprobante*).

El 24 de Marzo, Cicerón escribe á Atico que la posición de César es muy fuerte: de suponer que no pueda ser vencedor, no se comprende que pueda ser vencido.

«He recibido una carta de Balbo, de la que te envió copia; lee esa carta, te lo ruego; pon atención sobre todo en el último párrafo del excelente Balbo, á quien nuestro Pompeyo regaló un terreno para instalar jardines; ¿quién de nosotros no se ha visto, en varias ocasiones, postergado á Balbo por Pompeyo? Así es que el desgraciado se ve lleno de torturas (*torquetur*).»

«BALBO Á CICERÓN IMPERATOR. — César nos ha dirigido una brevísima carta, que te transcribo. Por su brevedad, juzgarás hasta qué punto se encuentra atareado, puesto que no le es posible escribir sino eso poco sobre un asunto de tanta importancia. Si ocurre algo de nuevo, te lo comunicaré en seguida.»

«CÉSAR Á OPIO Y Á CORNELIO. — El 9 de Marzo llegué á Brindisi; establecí mi campo ante las murallas de la ciudad. Pompeyo está en Brindisi; me ha enviado á N. Magio para tratar de la paz. He respondido lo que me ha parecido conveniente responder. He querido comunicároslo en seguida. En cuanto tenga la esperanza de un arreglo definitivo, os lo advertiré.»

Y ahora, mi querido Cicerón, ¿te haces idea de mis torturas (*me torquera*) cuando llego á esperar la paz, por segunda vez, y tengo que temer siempre que se interponga algún nuevo incidente? Todo lo que yo puedo hacer de lejos, son votos; los hago. Si estuviera con ellos, tal vez me sería permitido obrar de alguna manera; por el momento, la espera me pone en un suplicio (*excrucion*).

Es interesante observar que las afirmaciones contenidas en la carta de César comunicada por Balbo á Cicerón se contradicen con lo que el mismo César refiere en los *Comentarios*: según el *De Bello Civili*, el pompeyano Magio, hecho prisionero y enviado á Pompeyo, portador de proposiciones pacíficas dirigidas por César á su rival, no volvió, y Pompeyo fué el responsable del fracaso de todas las tentativas de arreglo. César tenía interés en engañar á Cicerón con una carta confidencial que Balbo estaba encargado de comunicarle; César quería retener á Cicerón en Italia para demostrar que el antiguo cónsul no seguía á Pompeyo y al Senado en su huída lejos de Roma.

Por su parte, habiendo obtenido por mediación de Balbo y de Opio el permiso de desinteresarse de la guerra y de la política, Cicerón esperaba que podría mantenerse en una imparcial neutralidad. Balbo había conseguido este resultado, tan

lisonjero para César, de quien era el confidente, como para Cicerón, de quien era el amigo, usando de toda la influencia que podía tener á la vez sobre el procónsul, de quien fué el abogado *praefectus fabrum*, y sobre el orador que le defendió ante los tribunales cuando se trató de privar al caballero de Gades de sus derechos de ciudadano romano.

Pero Cicerón no debía observar por mucho tiempo la discreta neutralidad á que se había resuelto por los prudentes consejos de Balbo.

Después de hacer su entrada el 18 de Marzo en la ciudad de Brindisi, abandonada por Pompeyo, que se embarcó para Sirraquio con su ejército, César se puso en camino para Roma, adonde debía llegar el 1.º de Abril.

Balbo se ocupaba en procurarle con Cicerón una conferencia que produjera resultados más positivos que lo que pudo hacer la abundante correspondencia dirigida hasta entonces á Formies. Varias cartas fechadas el 25, 26 y 27 de Marzo dan cuenta á Atico de los proyectos de Cicerón; recibió un billete de César en que le pide que le siga á Roma; pero se contentará con tener una entrevista con él cuando pase por Formies. El 29 de Marzo comunica desde Arpino á su amigo el resultado de la entrevista, que fué cortés y fría: Cicerón se mantuvo firme; solicitado para que fuese á Roma á desempeñar el papel de mediador, se negó resueltamente. Permanece en Arpino, su ciudad natal, para que su hijo Marco tome la toga viril, ya que es imposible realizar en Roma la ceremonia. Pero tiene noticias por Atico y por Balbo, los cuales le dan consejos. Su vanidad se rebela contra las pretensiones de Balbo.

Parecíale muy natural que el caballero de Gades emplease su influencia con el Senado para que los Padres Conscritos votasen rogativas en honor de los triunfos militares del procónsul de Cilicia; se indigna ante la idea de que el agente de César quiera formar parte de aquella asamblea, cuyas deliberaciones dirige desde lejos. «¡Cómo!—exclama desde su casa de Cumes el 4 de Mayo.—¿Puede soñar Balbo con entrar en el Senado?»

Cicerón piensa en refugiarse en Malta; parece que él mismo se anima en el proyecto, repitiéndose: «¡Ea! Vámonos pronto á Malta á esperar los acontecimientos... ¡A Malta, pues! Después se verá...» Pero, César estima que desde Malta se puede fácilmente ir al campo de Pompeyo. Balbo ha hecho confidencias á Atico; y el 20 de Mayo, Cicerón, que, á su pesar, experimenta la influencia del gaditano, escribe á su amigo:

«Después de tu conversación con Balbo, ya no soy de parecer de irme á Malta. ¿Vacilas en creer que César me ponga entre el número de sus enemigos? He escrito á Balbo respecto á lo que me dices de la benevolencia que siente por mí y de las sospechas que le inspiro al mismo tiempo. Le doy gracias por su benevolencia y me justifico de sus sospechas.»

H. DE LA VILLE DE MIRMONT

(Continuará.)

ALMA DE NIÑA

(CONTINUACIÓN)

XVII

Entré en nuestro cuarto, resucitada; me eché en el diván, oculté mi cabeza en los almohadones y me puse á llorar de felicidad. Mi corazón latía como si quisiera romper el pecho. No sé cómo viví hasta la noche. Dieron las once y me acosté. Katia no vino hasta las doce.

Me saludó sin decir una palabra. Nastia la desnudaba lentamente, como de intento.

—¡Pronto, pronto, Nastia!—murmuró Katia.

—¿Qué tiene usted, princesa? ¿Tiene usted el corazón tan agitado por haber subido corriendo las escaleras?—preguntó Nastia.

—¡Ah, Dios mío! ¡Qué fastidiosa eres, Nastia! ¡Pronto, pronto!

Y la princesa golpeaba con el pie.

—¡Qué impaciencia!—dijo Nastia, besando el pie que calzaba de Katia.

Terminado por fin el tocado, se acostó la princesa y salió la doncella.

En seguida, Katia saltó de su cama y vino á mí.

—Ven á acostarte conmigo—murmuró levantándome de la cama.

Instantes después, estábamos en brazos una de otra. La princesita me besaba.

—Me acuerdo de cuando me besabas tú por las noches— dijo poniéndose como una amapola.

Yo sollozaba.

—Netotchka—murmuró,—ángel mío, hace ya mucho tiempo, mucho tiempo que te quería, ¿lo oyes?

—¿Desde cuándo?

—Desde que me mandó papá que te pidiera perdón, y defendiste á tu padre. ¡Netotchka, huerfanita mía!— añadió cubriéndome de besos la cara.

Lloraba y reía á la vez.

—¡Ah, Katia!

—¿Qué?

—Por qué habremos estado tanto tiempo... tanto tiempo... No acabé la frase; nos estrechábamos de nuevo sin pronunciar una palabra.

—Escucha. ¿Qué pensabas de mí?—preguntó al fin la princesa.

—¡Oh! No hacía más que pensar en tí, Katia. Pensaba en tí día y noche.

—Y hablabas de mí en sueños: te oía.

—¿De veras?

—Y has llorado varias veces.

—Ya ves. ¿Por qué eras tan orgullosa, entonces?

—Porque era tonta, Netotchka. A veces me pasan esas cosas por la cabeza, y ahí tienes. Siempre estaba enojada contigo.

—¿Y por qué?

—Porque era mala. En primer lugar, porque vales más que yo. Después, porque papá te prefería. Y papá es bueno, Netotchka, ¿no es verdad?

—Ya lo creo—respondí con lágrimas, pensando en el príncipe.

—¡Qué buen corazón tienes!—dijo seriamente Katia.— ¿Pero qué he de hacer con él? Siempre es así... Y además, me

ví obligada á pedirte perdón, lo que me incomodó de nuevo contigo.

—Y yo veía que ibas á ponerte á llorar.

—Bueno, cállate, llorona; tú sí que eres llorona—dijo Katia tapándome la boca con la mano.—Oye: quería quererte, y después, de pronto, quería detestarte. ¡Y te detestaba tanto! ¡te odiaba tanto!

—¿Pero por qué?

—Sí, estaba muy enfadada contigo. No sé por qué. Y después notaba que no podías vivir sin mí. Entonces pensé: espera, voy á atormentarte.

—¡Qué mala eras, Katia!

—Querida mía—siguió ella diciendo y besándome la mano.—Y además no quería hablarte. ¿Te acuerdas lo que hice con Falstaff?

—¡Qué valiente fuiste!

—¡Pero qué miedo tenía!—replicó la princesita.—¿Sabes tú por qué quise á toda costa hacerlo?

—No; ¿por qué?

—Porque me estabas mirando. Cuando ví que me contemplabas, me adelanté, sucediera lo que sucediera. Tuviste miedo, ¿eh? ¿Temías por mí?

—¡Terriblemente!

—Ya lo veía. ¡Qué contenta me puse cuando se marchó Falstaff! ¡Y qué miedo tuve después, Dios mío, cuando estuvo lejos el monstruo!

Y Katia reía nerviosamente. Alzó de pronto su ardorosa cabeza y me miró á la cara. Unas lágrimas pequeñas, semejantes á brillantitos, temblaban en sus pestañas.

—¿Qué hay en tí para que te quiera tanto? Mira. Eres una palurdita, con pelo de un rubio ceniciento, ojos de un azul claro; una tontaina, una llorona, una huérfana.

Y Katia se inclinó otra vez para hacer que llovieran sobre mí besos y lágrimas. Estaba profundamente conmovida.

—¡Y cuánto te quería! Pero pensaba: no, no, no se lo diré.

¡Y qué terca era! ¿Por qué tenías miedo de mí? ¿por qué tenía yo vergüenza de tí? Ya ves qué bien estamos ahora.

—Katia, me siento mal—dije en un transporte de felicidad;—mi alma sufre.

—Sí, Netotchka. Escucha todavía... Y, oye además: ¿quiéu te llamó Netotchka?

—Mamá.

—¿Me contarás todo lo de tu mamá?

—Todo, todo—respondí con efusión.

—¿Y qué has hecho de mis pañuelos de encaje? ¿y por qué te llevaste la cinta? ¡Ah, atrevidilla! Lo sé todo.

Me eché á reir, avergonzada.

—Unas veces deseaba atormentarte, y otras pensaba que no te quería, que no podía soportarte. Y tú, siempre tan dulce, corderillo. ¡Cómo temía que me creyeses tonta! Tú eres inteligente, Netotchka, muy inteligente, ¿no es verdad?

—Pero ¿qué estás diciendo, Katia?—dije casi ofendida.

—Sí, eres muy inteligente—replicó Katia seriamente,—lo sé. Una mañana, y de pronto, empecé á quererte tánto que era una cosa terrible. Soñé contigo toda la noche. Me dije: voy á pedir á mamá que me ponga á dormir en las habitaciones de abajo. Quería y no quería quererte. Y, á la noche siguiente, me dormí diciéndome: ¡si viniese como ayer! Y venías. Yo fingía dormir. ¡Ah, qué descaradas somos, Netotchka!

—Pero ¿por qué te resistías á quererme?

—Porque... ¡Pero qué digo! Te quería, te quise siempre. Más adelante fué cuando te odié. Voy á abrazarla, pensaba, y á pellizcarla hasta que muera. Toma, tontina.

Y Katia me pellizcaba.

—¿Te acuerdas cuando te até el zapato?

—Sí que me acuerdo.

—Te emocionaste. Yo te miraba. ¡Qué mona es, decía! Voy á atarle el zapato. ¿Qué pensará ella? ¡Estaba tan contenta! Y quise darte un beso, pero no lo hice. Y además tenía muchas ganas de reir. Era aquello tan raro, que no se me ocurrían

sino disparates durante todo el paseo. No podía mirarte por las ganas que tenía de reirme. ¡Y qué alegría tuve cuando estuviste por mi culpa en la cárcel!

(Al cuarto oscuro se le llamaba la cárcel.)

—¿Tuviste miedo?

—¡Oh, sí, mucho miedo!

—Yo estaba contenta, no porque te castigaran, sino porque te encerraban en mi lugar. Ahora estará llorando, me decía; y ¡cuánto la quiero yo! Mañana la daré tantos besos, tantos besos... Y no te compadecía, pero lloraba por tí.

—Pues yo no lloré; era feliz, muy feliz.

—¿No llorabas? ¡Ah, mala!—exclamó Katia besándome con más fuerza.

—¡Katia, Katia! ¡Qué bonita eres, Dios mío!

—¿Verdad? Pues bien, ahora haz de mí lo que quieras. Tiránizame, pellízcame, te lo suplico; pellízcame una vez. Queridita mía, pellízcame...

—¡Mala!

—¿Y qué más?

—¡Tonta!

—¿Y qué más?

—¿Qué más? Bésame.

Nos abrazábamos, llorábamos, reíamos. Nuestros labios se lastimaban con tantos besos.

—Netotchka, en primer lugar vendrás siempre á dormir conmigo. Te gusta besar. Pues bien, nos besaremos. Después no quiero verte triste siempre. ¿Por qué te sueles poner tan pensativa? Me lo contarás, ¿verdad?

—Te lo contaré todo. Pero ahora deja eso: soy muy feliz.

—Quiero que tengas las mejillas tan sonrosadas como las mías. ¡Ah, qué gusto que fuese ya mañana! ¿Tienes ganas de dormir, Netotchka?

—No.

—Pues hablemos.

Y seguimos charlando así otras dos horas. Sabe Dios lo

que dijimos. La princesita me confesó que amaba á su padre más que á nadie en el mundo, casi más que á mí. Convinimos en que la señora Leotard era una buena mujer, no demasiado severa. Hicimos planes para el día siguiente y para los otros; hasta regulamos nuestra vida para una veintena de años. He aquí cómo arreglaba Katia nuestras existencias: Un día mandaría ella y obedecería yo. Al siguiente sería yo la que mandase, sometiéndose ella sin réplicas. Más adelante compartiríamos la dirección. Alguna vez una de nosotras desobedecería. Entonces nos enfadaríamos, pero de broma. Y nos reconciliaríamos lo más pronto posible. En una palabra: nos esperaba una felicidad eterna. En fin, cansada de charlar, se cerraron mis ojos; Katia se burló de mí, me tildó de dormilona y se durmió antes que yo. A la mañana siguiente nos despertamos juntas. Nos dimos á escape un beso, porque venía alguien. No tuve sino el tiempo de volver á mi cama.

Durante todo el día sentimos el peso de nuestra propia felicidad. Nos escondíamos de todo el mundo, porque temíamos mucho las miradas extrañas. En cuanto entraba alguien nos poníamos á temblar. Temíamos que nos sorprendieran besándonos.

Por la tarde nos dejaron una hora solas; la aproveché para contar mi historia á Katia. Sin duda no es necesario que la reproduzca aquí por entero. Es, por lo demás, un asunto que merece ser tratado aparte, cosa que haré algún día. Resumiré, pues, mis recuerdos lo más brevemente posible.

Mi padre, Efimoff, era músico. Fué primero clarinetista en casa de un rico señor melómano que tenía una orquesta completa. Efimoff era por desgracia dado á la embriaguez, lo que le perjudicaba en extremo y de lo que nunca pudo corregirse.

Un día encontró á un italiano que tocaba bastante bien el violín, y el cual le enseñó su arte. Trabaron amistad hasta la trágica muerte del italiano, al cual se le encontraron una mañana en un foso, al que se cayó en estado de embriaguez y víctima de una congestión cerebral.

Después de este accidente, Efimoff cambió de repente de actitud para con su señor, que le trataba muy bien: se hizo insolente, pretencioso y exigente; hasta llegó á calumniar á su bienhechor. Siguió una violenta explicación, y el señor se enteró con asombro de que Efimoff tocaba el violín; al oírle quedó maravillado de su talento y le ofreció que permaneciese en la orquesta con sueldo mucho mayor y en calidad de primer violinista. Efimoff, lleno de orgullo y ya bajo el imperio de la locura, se negó, pretextando el deseo de ir á Petersburgo á perfeccionarse en su arte. Recibió trescientos rublos, y se marchó.

Pero en vez de ir á Petersburgo se fué por provincias, y en unos cuantos meses se gastó todo el dinero. Vióse entonces obligado á contratarse en una orquesta ambulante; la dejó por otra, y llevó esta precaria existencia durante siete años. Disgustado por fin de su vida nómada, é imaginándose que era un gran artista destinado á la celebridad, se dirigió á pie á Petersburgo y llegó en el más lamentable estado. Entabló en seguida relaciones con Bugarov, uno de los mayores músicos de la época, cuya fama comenzaba apenas, y que vivía dando lecciones. Bugarov trabajaba sin descanso, con la obstinación y la perseverancia de un alemán; salió pronto de su obscuridad gracias á la protección del príncipe X***.

Efimoff, perezoso y borracho, rara vez ponía mano en su violín á pesar de los consejos de su amigo, y se hundió cada vez más en la miseria. Haciéndose ilusiones sobre su talento real, pero imperfecto, juzgaba inútil trabajar, y atribuía su desaliento á la pobreza, que ni siquiera trataba de combatir.

Entonces fué cuando encontró á mi madre. Tenía ésta 300 rublos economizados durante su estancia en una casa como ama de llaves. Efimoff creyó que los 300 rublos le permitirían alcanzar la posición y la gloria con que soñaba. Se casó con la pobre mujer, que le amaba con pasión: no tardó en deplorar aquella debilidad.

Tenía yo entonces tres años, pero comprendía ya muchas cosas. No conocí á mi verdadero padre, que murió casi al na-

cer yo. Me afeccioné mucho á Efimoff, y pronto hasta le llegué á querer más que á mi madre. ¿Cuál era la causa de esta singular preferencia? Sin duda porque notaba que Efimoff era tan niño como yo. Continuó la vida inútil y desordenada de antes de casarse; desaparecieron á escape los 300 rublos, y se cruzó noblemente de brazos.

Comencé á sufrir por la miseria y el desacuerdo que reinaba constantemente entre mi padre y mi madre. Vivíamos en una guardilla sin aire y casi sin luz. Mi madre trabajaba para los tres, y se agotaba, lo que no nos impedía á veces que nos muriésemos de hambre. Cuando estallaban las eternas disputas entre mis padres, me refugiaba aterrorizada en un rincón de nuestra pobre vivienda, desde donde veía volar los platos y llorar y gritar á mi madre; permanecía allí temblando horas enteras.

Un día mi padre encontró á Bugarov, que vino á vernos, y le procuró un puesto en una orquesta de ópera. Mi madre, que creía en el genio de Efimoff, y que le quería á pesar de todo, creyó que nuestra miserable existencia iba á cambiar, y se alegró mucho. Este claro duró unos cuantos meses. Efimoff propagó contra Bugarov las más odiosas calumnias; fué arrogante, insolente, y riñó con el director de orquesta; concluyeron por echarle del teatro.

Continuamos viviendo durante años del solo trabajo de mi madre. Para satisfacer su afición á la bebida, Efimoff me pedía á menudo el dinero de las compras, y había adquirido sobre mí tan particular ascendiente, que no siempre me atrevía á negárselo, á pesar del disgusto que había de acarrearle á mi pobre madre. Para recompensarme, me enseñaba el violín, me decía que era un gran artista y que más adelante seríamos felices; iríamos á vivir á una hermosa casa, y nuestra existencia sería entonces lujosa y deliciosa. Creía en todas las mentiras que me decía, de buena fe, porque su locura era incurable: murió el día en que pudiera haberse curado.

Mientras tanto, me enseñaba á leer y me contaba historias,

lo que abrió mi imaginación, contenida hasta entonces por la dolorosa realidad, á quimeras doradas y consoladoras.

Meditaba profundamente á la edad en que los niños no hacen más que reir y jugar; me replegaba sobre mí misma, y esta reflexión demasiado prematura desarrollaba en mí una sensibilidad enfermiza y exagerada.

Mientras tanto, se aproximaba el desenlace. Schurmann, el violinista universalmente conocido y aclamado, vino á Petersburgo para tocar en una serie de conciertos. A Efimoff le trastornó aquello mucho tiempo antes. Hay que decir que no faltaba á ninguna audición musical, y volvía siempre con la convicción de su gran superioridad sobre todos los otros artistas. Días antes del primer concierto de Schurmann, se encontró con el príncipe y Bugarov, quienes decidieron enviarle un billete, porque las localidades estaban muy caras. Efimoff, que no sospechaba aquella generosa intención, y queriendo á toda costa oír al gran músico, me decidió, á fuerza de instancias y de súplicas, á que le diese quince rublos del cambio del dinero que mi madre me había dado para hacer unas compras; y á pesar de espantosos remordimientos, cometí tan fea acción. A los pocos minutos caí en una violenta crisis de nervios. En aquel momento llegó el criado del príncipe con el billete. Mi madre, haciéndose nuevas ilusiones sobre el genio de su marido, de quien parecía querer ocuparse el príncipe, le perdonó una vez más, porque le adivinó el autor de la desaparición de los quince rublos, que por lo demás no le devolvió; pero no le perdonó el haber pervertido á su hija.

Mi padre se vistió aprisa, porque el concierto empezaba á las ocho y eran las siete. Cuando se marchó, mi madre me colmó de caricias, murmurando con voz débil: «Pobre hija mía, ¿qué sería de ti si yo faltase? ¿qué sería de ti, mi Netotchka?» Y lloraba. Yo también lloraba y me sentía espantosamente triste.

Mi madre estaba muy enferma desde hacía años, y se mataba á trabajar para sostenernos á todos.

No pudiendo más, cayó en su cama y me dijo que me acostase. La obedecí, pero no pude conciliar el sueño antes de muchas horas de febril insomnio. Sufría demasiado. Mi madre había dejado la luz encendida y la llave en la puerta, como lo hacía siempre que mi padre había de volver tarde.

A eso de media noche me desperté con una espantosa pesadilla. Mi padre estaba ante mí con su violín en la mano. Iba á empezar á tocar, pero se le ocurrió otra idea. Puso su violín en la mesa y se acercó á la cama de mi madre; se inclinó sobre ella, y permaneció así algunos minutos, que fueron angustiosos para mí, porque no comprendía lo que quería decir aquello; en seguida paseó sus manos sobre las mantas, palpando con vacilación. Cuando se incorporó, me espantó la palidez de su cara. Miré á mi madre: dormía profundamente; su cuerpo se dibujaba en líneas rígidas bajo la manta; sin saber por qué, me impresionó su inmovilidad, y la observé largo rato, con la esperanza de verla hacer un movimiento: no se movió.

Mi padre fué al armario, y se sirvió un vaso de vino, que apuró de un trago. Volvió hacia la mesa, empuñó el violín y se puso de espaldas á la cama. De repente empezó á tocar, y quedé aterrorizada de emoción. No eran sonidos los que brotaban del instrumento, sino suspiros, sollozos, lamentos desgarradores que se agolpaban bajo el arco palpitante. No pude soportar mucho tiempo aquella música desesperada que me desgarraba el alma. Lancé un grito, salté de la cama, y fui á caer en brazos de mi padre. Metió el violín en su caja, y me dijo:

—Ya es hora de marchar; ven, Netotchka.

Hice á escape un lío con mis pobres ropas. Él se metió en los bolsillos cuantos objetos menudos halló á mano. Tenía el aspecto de un loco, y no podía mirarle sin temblar. Cuando todo estuvo dispuesto, le dije:

—¿Y mamá, papáito? ¿No nos llevamos á mamá?

—Ven á despedirte: está muerta.

Aquella revelación me heló de terror, aunque ya tuviese como un sordo presentimiento.

Me acerqué á mi madre: estaba ya fría y tenía el rostro azulado. El espanto me impedía pronunciar una palabra; sin embargo, hubiese querido gritar.

—Vámonos, papá, vámonos.

Me cogió de la mano, y llegamos á la puerta; pero se detuvo.

—Ven á rezar por tu madre—me dijo con voz grave.

Me arrodillé al pie de las imágenes, pero no podía rezar: estaba transida de miedo.

—Vámonos ya—dijo al fin.

De repente, volvió á acordarse de algo; no hacía más que pasarse la mano por la frente. Abrió el cajón de la cómoda, cogió el dinero que quedaba y me lo deslizó por el corsé, á raíz de la carne; el frío del metal me estremeció.

Bajamos la escalera para no volver. Al pasar por la portería, mi padre casi iba corriendo por miedo de que le interrogasen sobre aquella salida nocturna. Una vez afuera, echó á andar tan de prisa que me costaba trabajo seguirle; tuve que agarrarme á él para no quedarme atrás. A la media hora de aquella peligrosa carrera nos paramos en el muelle del canal, y mi padre se sentó en el parapeto.

—Papaíto—le dije,—no está bien haber dejado sola á mamá. Hay que volver para que la vea alguien.

—Tienes razón, Netotchka: corre pronto; te esperaré aquí. Hay luz, y no tendrás miedo. Vuelve después.

—Sí, papá, espérame.

Nevaba, y me asustaba ir sola de noche; sobre todo, encontrarme con la pobre muerta. Pero era preciso; no podía abandonar de aquella manera á mi madre: era un sacrilegio.

¡Y hacía tanto frío afuera, tanto frío! Bien lo había sentido, á pesar de lo rápido de nuestra marcha.

Dirigí á mi padre una postrera mirada suplicante y crucé el arroyo. Al poner el pie en la acera de enfrente, me volví para ver á mi padre... Ya no estaba allí; corría en dirección

opuesta. Dí un grito, y me lancé en su persecución. Lloraba, le llamaba á voces, sin que quisiera pararse y responderme.

—Papaíto —exclamaba,—papaíto: si no quieres ya que siga á tu lado, me iré con mamá; pero bésame por última vez... Me prometiste tanto llevarme contigo, y que iríamos á una hermosa casa... ¡Papaíto!...

Estaba anhelosa, me ahogaba y mis piernas flaqueaban. Él estaba lejos, tan lejos que desesperaba de alcanzarle. Dobló la esquina de una calle. Hice un último esfuerzo, y reanudé mi carrera. A la mitad de la calle tropecé con una piedra, resbalé y caí en la nieve. Me inundó un sudor frío; sentí un dolor agudo en la sien izquierda, y corrió por mi rostro un líquido caliente. Sin fuerzas ya por el sufrimiento, perdí el sentido...

Al abrir los ojos, vi delante al príncipe, tu padre, que me recogió en la puerta del palacio y me trajo aquí. Poco después te conocí, Katia; te quise, y ahí tienes toda mi historia.

—Pobre querida, pobre huérfana—me dijo Katia, estrechándome en sus brazos y cubriéndome de lágrimas y besos.

—¿Y qué fué de Efimoff?

—A los dos días le encontraron loco, corriendo por los campos. Le encerraron en un manicomio, en donde murió casi en seguida.

Katia estaba sumamente emocionada.

—¡Qué mala eres! ¿Por qué no me has contado antes todo eso? ¡Te hubiera querido tanto! ¡Te hubiera querido tanto, mi pobre Netotchka! ¿De manera que tú ibas á hacer las compras?

—Sí; y á veces me pegaban los chicos para quitarme el dinero.

—¡Oh, qué malos! Si encuentro alguna vez á uno de ellos, le pegaré con el látigo de Falstaff.

Sus ojos llameaban de indignación.

Así transcurrió aquel día y el siguiente. Creía morir de

gozo. Me ahogaba de felicidad. Pero esta felicidad no debía durar.

La señora Leotard tenía orden de contar todo lo que hacíamos á la princesa. Nos observó durante tres días, y aquel tiempo le bastó para acumular pruebas.

Fué á ver á la princesa; la contó que vivíamos en una especie de fiebre, que no nos separábamos nunca, que nos besábamos á cada instante, que llorábamos y reíamos como locas, que siempre estábamos charlando, cosa que antes no sucedía nunca.

La señora Leotard no sabía á qué atribuir aquel cambio; pero se le antojaba que la princesita se encontraba en un estado de crisis, y que sería preferible dejarnos menos á menudo juntas.

—Ya lo temía yo desde hace mucho tiempo—respondió la princesa.—Harto sabía que esa niña nos daría que sentir. Ejerce evidente influencia sobre Katia. Dice usted que mi hija la quiere mucho.

—Extraordinariamente.

La princesa, despechada y celosa ya de mí, se sofocó.

—Eso no es natural—replicó.—Al principio eran completamente indiferentes una á otra. Y le confieso que me alegraba de ello. A pesar de sus años, no puedo garantizar nada respecto á esa niña. Puede haber adquirido malos principios en el pecho de su madre. He propuesto mil veces al príncipe alejarla, poniéndola en un colegio. Hoy no esperaré más; es preciso que se vaya, es necesario.

XVIII

Decidióse la separación.

En vano quiso defenderme la señora Leotard.

Advirtiéronle á Katia que no me volvería á ver de allí á ocho días. Supe esta noticia por la noche, y quedé anonadada.

Me parecía que Katia, después de lo ocurrido entre nosotras, no podría soportar aquella separación.

El príncipe, que vino á verme al día siguiente, trató de consolarme con esperanzas; pero todo había concluído para nosotras. La princesa era inquebrantable en su resolución.

Encontrábame así sumida en mi dolor, cuando á los dos días recibí un billete de Katia por mediación de la doncella. «Te quiero mucho—me escribía,—y no pienso sino en el medio de volver á tu lado. No llores, querida mía, y escíbeme cuánto me quieres. He soñado contigo, Netotchka; te envío bombones y besos. Adiós...»

Contesté á Katia en el mismo estilo, y lloré todo el día sobre el billete que le destinaba.

La señora Leotard me colmaba de atenciones y se arrepentía de lo que dijera. Pero nada podía consolarme, y á cada instante interrogaba á Nastia, nuestra doncella, sobre todo lo que hacía mi amiga.

Una mañana supe que el príncipe me esperaba en su gabinete.

Acudí, temblando de alegría y de emoción. El príncipe no estaba solo. Katia se arrojó en mis brazos en cuanto abrí la puerta. Después, saltando sobre las rodillas de su padre, le cubrió de caricias, y tan locamente, que ambos rodaron en el diván.

—¡Loquilla!—dijo el príncipe.

—¡Qué bueno eres, papaíto!—exclamó Katia.

—Pero ¿de dónde te ha entrado, queridita, un cariño tan loco y tan repentino?

—¡Ah! cállate, papá; no conoces nuestros asuntos.

Diciendo esto, nos abrazamos llorando.

Katia había adelgazado mucho durante aquellos tres días. La observaba ansiosa: sus colores habían desaparecido; estaba tan pálida, que por fin no pudo contener sus sollozos.

De repente, Nastia llamó á la puerta. Venía á buscar á Katia de parte de su madre.

Katia se puso pálida como una muerta, ante la idea de dejarme.

El príncipe parecía igualmente contrariado.

—Hasta otro rato, hijas mías; nos encontraremos aquí todos los días; que Dios os bendiga.

Y salió.

¡Ay! Ni siquiera debíamos conservar esa alegría.

El príncipe hubo de partir repentinamente, llamado á Moscú para ver á su hijo, el pequeño Sacha, gravemente enfermo.

El día siguiente fué un día de lágrimas, un día de despedidas.

Siendo irremisible la marcha de la familia, se nos permitió que nos despidiéramos á Katia y á mí.

El coche esperaba en la puerta. Yo estaba loca de dolor, y Katia muy abatida.

Comprendía que de nuevo se iba algo que había amado; que algo de mi corazón se alejaba de mí; que mi vida continuaría siempre así, sin esperanza, sin afectos, y las lágrimas me sofocaban. Katia sentía lo mismo que yo; pero, más nerviosa tal vez, no podía llorar. Se la llevaron desvanecida.

Yo iba á su lado, sin saber lo que pensaba, llenándola de besos y de lágrimas.

De repente abrió los ojos y me dijo:

—No llores, Netotchka mía; no te atormentes por mí: volveré dentro de un mes, y entonces no nos separaremos nunca... ¡Adiós!...

Se reía de una manera rara al decir eso.

La princesa iba á nuestro lado; aquella escena la molestaba y la irritaba.

—Basta—dijo por fin.—Vamos, Netotchka.

Y se llevó á su hija.

Katia se escapó de sus brazos y volvió á mí.

—Tú eres mi vida — exclamó palpitante. — Eres mi vida. Hasta la vista, Netotchka, hasta la vista.

Nos abrazamos por última vez, y marchó.

Se marchó para mucho tiempo. Llevóse con ella todo el hermoso sueño de mi desgraciada infancia; se llevó la mitad de mi alma, y nunca tal vez lo supo...

XIX

Así, pues, Katia se había marchado. Tenía que permanecer en adelante más sola y más huérfana que nunca.

Penetraba á mi pesar en otra existencia, y, como un esquife balanceado por las aguas, seguía la ola que quería llevarme.

Fué un gran acontecimiento para mí la marcha de la familia del príncipe á Moscú.

Me quedé sola con la señora Leotard. A los quince días recibimos la noticia de que el regreso de la familia se aplazaba para una época indeterminada. La institutriz, por razones particulares, no podía ir á Moscú. El príncipe, que la estimaba, escribió á su hija mayor, Alejandra Mikailowna, que nos recibiera á las dos en su casa: no he hablado todavía de Alejandra Mikailowna, porque hasta entonces no tuve ocasión de verla sino una sola vez. Era una hija del primer matrimonio de la princesa, que estuvo primeramente casada con un contratista de obras. Antes de unirse en segundas nupcias con el príncipe quiso colocar á su hija, lo que no era fácil por deficiencia de la dote. Por fin, después de cuatro años de impacientes pesquisas, encontró para su hija un marido de más edad que ella, pero rico y con título.

En los primeros tiempos de aquella unión, la princesa iba á ver á su hija dos veces al año; el príncipe iba una vez á la semana, con Katia. Pero pronto desagradó á la princesa que Katia viese á su hermana tan á menudo, lo que obligó al príncipe á llevarla á escondidas. Katia adoraba á su hermana, aunque sus caracteres fuesen todo lo diferentes posible. Alejandra Mikailowna tenía á la sazón veintidós años; era dulce, tierna

y amable; adivinábase en seguida en ella una tristeza oculta; sus encantadoras facciones estaban revestidas de una expresión grave y atractiva, que acusaba un sufrimiento íntimo. Lo serio no convenía á su rostro de ángel, como no conviene el luto á un niño. No se podía mirarla sin sentir por ella una profunda simpatía. Siempre estaba pálida y predispuesta á la tisis. Habiendo vivido mucho tiempo en la soledad, no gustaba de la sociedad.

Me acuerdo de su amable acogida cuando llegué á su casa con la señora Leotard. Vino á mí y me besó con gran ternura; después me cogió en sus brazos y me preguntó si quería vivir en su casa y con su hija. Vi desde luego en ella á la hermana de mi Katia: mi corazón se emocionó y la abracé con dolor. Me parecía oír una vez más la palabra «¡huérfana!»

Alejandra Mikailowna me enseñó la carta del príncipe que nos recomendaba á ella. Mi protector me deseaba una vida feliz y me pedía que quisiera á su hija mayor, que sería buena conmigo. Katia me escribía también algunas líneas para anunciarme que no se separaba de su madre.

He aquí cómo entré en una nueva familia, en una nueva casa, separándome por segunda vez de todo lo que me era grato, de todo lo que pasó á ser mío. Llegaba con el alma desgarrada y cansada ya de la vida.

Mi nueva existencia se deslizó tranquila y sin incidentes, como en un convento. Viví en casa de mis protectores más de ocho años, y no recuerdo, durante todo aquel tiempo, ni una sola velada, ni una comida, ni una reunión de parientes ó amigos. Acudían algunas veces dos ó tres personas, entre otras el músico Bugarov, y algunos individuos que tenían negocios con el marido de Alejandra Mikailowna; absorbíanle á éste sus asuntos y consagraba muy poco tiempo á su familia; numerosas relaciones que no podía descuidar le obligaban á frecuentar la sociedad. Se hablaba mucho de su ambición, pero tenía, sin embargo, fama de ser un hombre serio; ocupaba una posición bastante elevada; la suerte y la fortuna no le eran

contrarias: por manera que la opinión pública le era favorable. Ocupábanse mucho de él y muy poco de su mujer, que vivía en una profunda soledad, cosa que parecía satisfacerla.

Me quería como á una hija; y yo, entristecida aún, angustiada el corazón por la separación de Katia, me arrojaba en sus brazos, que se abrían para consolarme. Después la he querido siempre como una madre, una hermana y una amiga.

Pronto observé que, á pesar de las apariencias, se hallaba lejos de ser feliz. El tranquilo curso de su existencia era como una capa de nieve que recubre un volcán casi extinguido. Hasta su dulce sonrisa no disimulaba bastante la pena que torturaba su alma.

Adiviné un pesar profundamente oculto y disimulado, y la quise más todavía.

Parecía, por lo demás, que desconfiaba de sí misma y vigilaba cuidadosamente á su corazón. A veces, en los momentos mismos en que aparecía completamente tranquila y serena, las lágrimas brotaban de sus ojos. Se hubiese dicho que se despertaba en ella, para torturarla, la conciencia de algo.

Su marido parecía adorarla, y la colmaba de atenciones; también ella le demostraba afecto; sin embargo, una niña como yo podía comprender que había hielo entre aquellos dos corazones, y que ningún rayo de sol lo fundiría nunca.

Desde el primer momento no quise al marido de Alejandra Mikailowna. Era un hombre alto, delgado, frío, con los ojos ocultos por gafas azules, y como de intento.

Era poco comunicativo y hasta severo con su mujer; tenía siempre el aspecto glacial de un inglés. Pocas veces encontraba un asunto de conversación. La sociedad le era á veces insoportable.

No me prestaba atención alguna; y cuando nos encontrábamos reunidos los tres en el salón, me encontraba molesta y procuraba ocultarme.

Cuando dirigía una mirada á Alejandra Mikailowna, la veía que observaba ansiosamente los gestos y actitudes de su ma-

rido, temiendo siempre desagradarle, y acechando en sus palabras alusiones que yo no podía comprender.

Empleaba toda su gracia y toda su voluntad en agradar á aquel hombre, y, por adelantado, desesperaba de conseguirlo. Más que á halagarle en lo que hacía, trataba de mendigar su aprobación. Se regocijaba de la menor sonrisa que lograba arrancar á aquella naturaleza apática y fría; pero esa misma alegría no era completa, y no llegaba á disipar la violencia y la tristeza que entre ambos había. Únicamente cuando la dejaba su marido se mostraba contenta y amable. Hablaba conmigo de todo, como con una amiga. A veces hablábamos de él; pero nuestra conversación se limitaba á las preguntas que tenía á bien hacerme sobre el particular: «¿Me dijo esto ó lo otro? ¿Parecía satisfecho?»; y nada más.

Interrogaba también á los criados, preguntándoles en dónde había estado él durante el día, si se había quejado de algo.

Tal afecto me sorprendía profundamente. Yo no era más que una niña; pero comprendía, sin embargo, y muy claramente, que las cosas no debían ser así entre marido y mujer. Me perdía en conjeturas; y concluyendo por no explicarme nada, dejaba transcurrir los días y me habituaba á la solemne tristeza que imperaba en la casa.

Apenas si se deslizaban algunos rayos alegres en aquella vida monótona.

A veces, Peter Alejandrowitch se mostraba más atento que de costumbre con Alejandra Mikailowna: respondía á sus amabilidades con una sonrisa ó una palabra cariñosa, y la rogaba que se sentara al piano; entonces ella tocaba algo alegre, que animaba la velada de invierno.

Pero esto sucedía pocas veces; nuestra vida casi monástica se deslizaba uniforme, sin un solo acontecimiento. Concluí por habituarme y hasta encontrar en ella algún encanto.

Crecía y me desarrollaba; despertábanse en mí nuevas sensaciones que me distraían de mis preocupaciones. Además, quería mucho á la joven, y por discreción no me atrevía á pro-

fundizar demasiado en la razón de su pesar eterno. Ella adivinaba mi afección y se mostraba agradecida. Cuando leía una viva inquietud en mi rostro, me sonreía al través de sus lágrimas, y bromeaba ella misma sobre su tristeza, ó bien quería convencerme de que vivía feliz y contenta, que le satisfacían mucho la bondad y el cariño que la demostraban, que únicamente las incomodidades de Peter Alejandrowitch la apenaban, y que, aparte de esto, era feliz, ¡muy feliz!...

Sin embargo, cuando pronunciaba estas últimas palabras no podía impedir que brotasen de sus ojos ardientes lágrimas.

XX

Alejandra Mikailowna me profesaba, pues, un particular afecto, y gustaba de compartir conmigo su soledad. Me consagraba todos los ratos que la dejaba su hijo, un pequeñín de apenas un año.

Se la ocurrió, tal vez para distraerse, completar mi educación, y sin temer la competencia de la señora Leotard, que se sonreía un poco de los esfuerzos de aquélla.

Quería, en efecto, enseñarme todas las ciencias á un tiempo: de suerte que yo no comprendía nada y ella misma se perdía en sus explicaciones. A la señora Leotard le parecía insuficiente el método, y que los rudimentos dejaban que desear; pero se suplía todo con una buena voluntad muy grande, y también con mucho de mutua afección.

A mi protectora le preocupaba poco la pedagogía; había observado solamente que para instruirme bastaba comprender mi género de espíritu y solicitar mi atención: tenía razón, y los hechos lo demostraron pronto.

Desde el principio las relaciones jerárquicas de alumna á maestra desaparecieron. Aprendíamos como dos amigas; á menudo parecía que era yo la que enseñaba á Alejandra Mikailowna, y no me daba cuenta de la estratagema. Por ejemplo, se

suscitaba una discusión entre nosotras, y tenía yo que probar la justicia de mi opinión, lo que me esforzaba en hacer, y guiada, sin notarlo, por Alejandra Mikailowna. Y cuando, por fin, comprendía, adivinaba al mismo tiempo la superchería de mi maestra. Apreciaba también el sacrificio que me hacía de una gran parte del tiempo. La abrazaba después de cada lección. Mi excesiva sensibilidad la asombraba y la conmovía. Me interrogaba curiosamente sobre mi pasado, deseosa de oírmelo contar; cuando terminaba mi relato se mostraba más tierna y más seria—más seria, porque mi desgraciada infancia le inspiraba piedad y al mismo tiempo una especie de respeto. Seguían largas conversaciones á estas confidencias, que veía entonces bajo un nuevo aspecto y de las que sacaba una enseñanza para el porvenir.

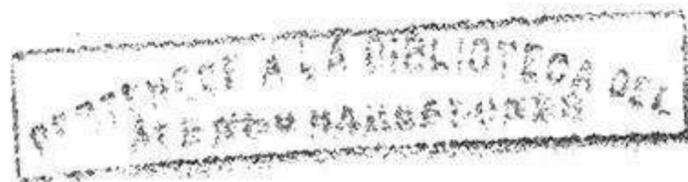
La señora Leotard juzgaba que estas conversaciones eran demasiado graves, y al ver las lágrimas que brotaban de mis ojos, las encontraba fuera de lugar. No era yo de su parecer.

Al final de cada lección me sentía ligera y enternecida, como si mi existencia hubiera sido siempre perfectamente feliz. Además estaba reconocida á Alejandra Mikailowna, á la que quería cada vez más.

Desde por la mañana nos encontrábamos en el cuarto del niño, le vestíamos, le entreteníamos enseñándole á hablar, y me gustaba mucho darle de comer y jugar con él á la madrequita.

Entre el estudio, el paseo, las conversaciones, la música, se pasaba el resto del día, y los meses se deslizaban sin un acontecimiento.

XXI



Un día el músico Bugarov, que era amigo de la casa, vino á pasar la velada. Se habló de música, arte, artistas; cosas todas que me recordaban á mi padre y tenían un doble interés para mí.

Yo era ya una joven, y me daban lecciones profesores conocidos, porque querían hacer de mí una mujer muy instruída. Me aplicaba todo lo posible; pero prefería á todas las lecciones las de Alejandra Mikailowna.

Recuerdo también que me pusieron un profesor de Historia; pero en cuanto se marchaba nos dedicábamos juntas á la Historia á nuestra manera. Leíamos mucho, y á veces hasta media noche, ó por mejor decir, Alejandra Mikailowna leía, porque era al mismo tiempo profesora y lectora. Me entusiasaban aquellas narraciones. Nos animábamos ambas como si hubiéramos sido las heroínas. Cierto es que leíamos más entre líneas que en el texto; y, además, Alejandra Mikailowna leía tan bien, que parecía haber asistido á los acontecimientos.

Tal vez parecerá ridícula esta pasión de la lectura, que nos tenía despiertas hasta tan tarde. Pero yo no era más que una niña, y ella un corazón entristecido, que difícilmente soportaba el peso de la vida. Sabía que encontraba en mi compañía una especie de alivio. A veces la contemplaba con aire pensativo. Adivinaba la vida antes de empezar á vivir yo misma.

Así cumplí mis trece años.

La dolencia de Alejandra Mikailowna empeoraba de día en día. Se irritaba más fácilmente; sus crisis de desesperación se hacían más violentas; las visitas de su marido se multiplicaban, y permanecía á su lado más silencioso y sombrío que nunca. El porvenir de la joven me inquietaba vivamente. Yo no era ya una niña; observaba y adivinaba muchas cosas; sin embargo, el misterio que flotaba en aquella casa me obsesionaba, sin que pudiera descubrirle. En ciertos momentos creía comprender, otras veces permanecía indiferente, apática, hasta irritada, y olvidaba mi curiosidad, no pudiendo hallar la solución de los problemas que me planteara. Ocurriame frecuentemente, sobre todo, experimentar una imperiosa necesidad de estar sola, á fin de pensar, ¡de pensar siempre!...

Estos momentos me recordaban el tiempo en que en casa de mis padres, antes de encariñarme con mi padrastro, medité

durante todo un año, sin casi pronunciar una palabra, hasta el punto que llegué á ser completamente salvaje en medio de los fantasmas salidos de mi imaginación. La diferencia de mi estado actual se manifestaba en mis impacencias, en mis angustias, en mis inconscientes arranques, en mi sed de movimiento, que me hacían más difícil que antes la concentración de mis ideas.

Por su parte, la joven parecía evitarme. A mi edad ya no podía ser por completo una niña para ella. La interrogaba demasiado y la miraba á veces de una manera tal que se veía obligada á bajar los ojos. Teníamos momentos raros. Sentía que me convertía en una carga para ella. Otras veces—y entonces era muy triste y muy penoso,—en un arranque de desesperación, me abrazaba y trataba de interesarme en su suerte. No podía soportar su aislamiento, y parecía creer que la comprendería y que sufriríamos juntas.

Pero, con todo, el misterio subsistía entre nosotras, lo sentía y me alejaba de ella. Su presencia me era á veces intolerable.

Después, aparte la música, pocas cosas nos reunían. El médico le prohibió que tocase el piano. ¿Leer? Cada día le era más difícil, porque no sabía qué elegirme. No hubiésemos pasado de la primera página; cada palabra hubiera sido una alusión; cada frase insignificante, un problema. Huíamos ambas de aquellas conversaciones ardientes.

Por aquella época, mi estado moral sufrió una ruda sacudida, y tomó al fin una dirección algo más determinada.

He aquí cómo:

XXII

El comedor tenía tres puertas. Daba una á la sala, la segunda á mi cuarto y al del niño, la tercera á la biblioteca. La biblioteca, á su vez, tenía una salida por la que se entraba en un gabinete de trabajo próximo á mi cuarto. Un secretario de

Peter Alejandrowitch, que era al mismo tiempo su copista, ocupaba habitualmente aquella habitación, en la que estaban las llaves de los armarios y de la biblioteca. Un día, después de comer, encontré en el suelo la llave de la biblioteca: la curiosidad se apoderó de mí: abrí y entré.

Era una habitación bastante grande, muy clara, con grandes armarios de cristales, llenos de libros. La mayor parte correspondían por herencia á Peter Alejandrowitch. La otra parte se componía de libros comprados por Alejandra Mikailowna.

Hasta entonces no habían puesto en mis manos sino libros escogidos con mucho esmero. Por esto, presa de una curiosidad irresistible, temblando de miedo y de alegría, abrí el primer armario y cogí el primer libro que tuve á mano: era una novela.

De vuelta á mi cuarto, me encerré, pero no pude leer: me preocupaba otra cosa: necesitaba encontrar el medio de disponer de la biblioteca sin que nadie se enterase. Dejé la lectura para un momento más propicio, volví á poner el libro en su sitio y guardé la llave.

¡La guardé! Era la primera mala acción en mi vida. Esperé los acontecimientos. Todo sucedió de la mejor manera posible. El secretario, después de haber buscado la llave en vano, se decidió á encargarse á un cerrajero. El incidente no tuvo otras consecuencias, y no tardó en quedar olvidado.

Tuve la precaución de no ir á la biblioteca hasta ocho días después, luego de asegurarme que no se sospechaba nada, y durante una ausencia del secretario.

Desde entonces me entregué á la lectura con furor: fué una pasión. Todas mis aspiraciones, todos los impulsos de mi adolescencia que había desarrollado con exceso mi espíritu, tomaron esa nueva dirección, que me pareció por mucho tiempo la verdadera salida de mi situación.

Pronto quedé tan fascinada, mi fantasía se extendió tanto, que parecí olvidar el mundo exterior.

La suerte parecía detenerme en el umbral de la nueva vida que tanto deseaba penetrar y con la que noche y día soñaba. Pero antes de dejarme tomar aquella senda desconocida, mi destino me había llevado hasta una altura desde la que me mostraba, en un mágico panorama, en una perspectiva atrayente y luminosa, todo mi porvenir. Debía vivir aquel porvenir después de haberle aprendido por los libros y percibido en mis sueños, en mis esperanzas, en mis ímpetus apasionados, en las dulces emociones de mi tierna alma.

Leí al azar. El azar me sirvió bien en cuanto á los dos primeros volúmenes; además, mi existencia había sido tan noble, tan austera, que no podía ser solicitada por una lectura malsana. Mi instinto de niña, mi juventud y todo mi pasado me preservaban. La conciencia me había iluminado como de un solo golpe toda la vida. En efecto, casi todas las páginas me parecían ya como leídas. ¿Y cómo no llegar hasta el olvido del presente, aislada como estaba en cierto modo de la realidad? ¿Cuando delante de mí, en cada libro, se encarnaban las leyes del mismo destino—el mismo espíritu de aventuras que flota sobre la vida de los hombres? Trataba de adivinar con todas mis fuerzas y con todas las facultades excitadas de mi imaginación la ley que sospechaba.

De día en día se fortificaba la esperanza en mi alma y se hacían más violentos mis anhelos hacia lo porvenir. Quería vivir aquella vida que descubría en mis lecturas y que se me presentaba revestida con todos los esplendores del arte, con todas las deducciones de la poesía. Pero, como ya lo he dicho, mi imaginación tenía demasiado poder sobre mi impaciencia; yo no era animosa sino en mis sueños, y, en realidad, el porvenir me aterraba. De acuerdo tácito con mi conciencia, decidí que tenía que contentarme con la descripción de aquellas hermosas quimeras, hasta el día en que pudiera realizarlas en aquel mundo falso y novelesco en donde no entreveía sino goces y sublimidades; en él, la desgracia, cuando la admitía, no desempeñaba más que un papel pasivo, pasajero y necesario

para formar gratos contrastes, para producir cambios súbitos de destinos evolucionando hacia los desenlaces felices, en donde paraban invariablemente todas aquellas historias.

¡Y aquella vida de ensueño, que me aislaba por completo de cuanto me rodeaba, duró tres años!

Y aquella vida era mi misterio. Cuando terminó, ignoraba aún si debía ó no temer el revelarla. ¡Fué tan interior, tan personal mi existencia durante aquellos tres años!

Mi yo se reflejaba tan exclusivamente en todos aquellos sueños, que me confundía y asustaba la idea de una mirada extraña que hubiese penetrado en mi alma. Por lo demás, todo el mundo en la casa vivía aislado, aparte de los otros, en un recogimiento monacal.

Durante aquellos tres años nada se movió, nada se modificó en torno mío. Una triste uniformidad reinaba como antes sobre nosotros. Creo que si no hubiera podido librarme de aquel círculo de cansancio y de pesar por mi actividad intelectual, el disgusto y la desesperación me hubieran tal vez lanzado por una senda fatal.

La señora Leotard envejecía; no salía ya de su cuarto. Los niños eran demasiado pequeños para interesarme. El marido de Alejandra Mikailowna, siempre el mismo, severo y reservado, me helaba de espanto. El misterioso abismo que le separaba de su mujer era cada vez más terrible, más infranqueable. Alejandra Mikailowna languidecía como una planta tronchada; se consumía sin causa aparente, como por un espantoso remordimiento, cuya causa me torturaba en adivinar.

Una cosa me llamaba sobre todo la atención: cuanto más crecía yo en edad, más se alejaba ella de mí, y su disimulo se delataba por impacencias nerviosas que me hacían sufrir. Parecía en ciertos días, en ciertos momentos, que no me quería nada, y que mi presencia le era importuna.

He dicho que yo también empecé á alejarme de ella; en cuanto lo hice me puse sombría y taciturna, como todos los moradores de la casa. He aquí por qué todo lo que viví duran-

te aquellos tres años, todo lo que se desarrolló en mí á consecuencia de mis sueños, de mis estudios, de mis esperanzas, de mis arrebatos apasionados, todo aquello no lo confiaba á nadie.

Los sufrimientos de Alejandra Mikailowna me la hacían querer cada vez más, y, sin embargo, no nos acercamos nunca por completo. No puedo ahora recordar sin lágrimas lo mucho que me quería ella, y los esfuerzos que necesitó para continuar hasta el fin el papel de madre que se había impuesto para la pobre huérfana. Cierto es que su propia desgracia la llevaba á menudo muy lejos de mí; parecía olvidarme cuanto más me alejaba de ella. De suerte que cumplí los diez y seis años sin que nadie se diera cuenta. En sus momentos de conciencia y de lucidez, Alejandra Mikailowna se ocupaba de repente de mí. Me apartaba bruscamente de mis lecciones, de mis ocupaciones, me abrumaba á preguntas como si hubiera querido confesarme; no me dejaba durante días, tratando de adivinar todas mis inclinaciones, todos mis deseos. Pero se había ya deshabitado mucho de mí, y como ella obraba á menudo con ingenuidad, me percataba demasiado de que su solicitud era anormal é inconstante. Por ejemplo (y esto ocurrió hacia mis diez y seis años), revisando un día mis libros para ver lo que leía, se asustó mucho al encontrarse con que no había salido yo aún de las lecturas de la infancia. Adiviné lo que pensaba, y la observé atentamente. Durante quince días me interrogó, me sondó para darse cuenta de mi grado de desarrollo y de mis necesidades intelectuales. Por fin se decidió, y en mi mesa apareció *Ivanhoé*, de Walter Scott, libro que yo había leído ya hacía mucho tiempo, y releído quizás dos veces. Al principio, con temerosa espera, siguió mis impresiones: se hubiera dicho que las pesaba, como si las hubiera temido. Hubo por fin una expansión en nuestras relaciones. Nos volvimos á encontrar entusiasmadas una de otra, y yo me alegré tanto, que no tuve fuerzas para ocultarme de ella. Al final de la lectura de la novela estaba ella encantada conmigo. Todas mis observacio-

nes le parecían justas; todas mis opiniones, sensatas. Creía que yo estaba muy adelantada para mi edad. Muy satisfecha, se puso á vigilar mi educación; hubiera querido no volver á separarse de mí; pero, desgraciadamente, la cosa no dependía de ella. Una recaída en su enfermedad nos separó de nuevo; siguió una crisis de desesperación, que hizo que renaciera la desconfianza, y tal vez endureció su corazón.

Sin embargo, aun durante aquel período, tuvimos algunos buenos momentos: las lecturas, algunas palabras afectuosas, la música, nos aproximaban todavía, y á menudo nos hacían olvidar; nos confesábamos una á otra, *ex abundantia cordis*; después, de repente, nos sentíamos mutuamente frías tras las más íntimas expansiones.

Un día, al atardecer, leía distraídamente en el gabinete de Alejandra Mikailowna. Estaba ella al piano é improvisaba sobre uno de sus temas italianos favoritos. Cuando llegó á un motivo melódico que me era conocido, arrastrada por el canto que iba á mi corazón, me puse tímidamente á tararearlo. Al poco rato, animada, me levanté y me acerqué al piano. Alejandra Mikailowna, como si me hubiese adivinado, dejó de tocar para ella y se puso, con afectuosa atención, á seguir las notas que yo daba. Parecía asombrada de la extensión de mi voz. Hasta entonces no había cantado nunca delante de ella, y ni siquiera sabía si tenía lo que se llama voz; me animé, reforcé cada vez más el tono; mi energía, mi pasión estaban sobrecitadas por la grata sorpresa de Alejandra Mikailowna, sorpresa que sentía yo en la manera de atacar cada acorde. Por fin concluí el trozo con tanto vigor, que me cogió por un brazo y me miró con transporte.

—¡Anetta! Tienes una voz maravillosa—exclamó.—¡Dios mío! ¿cómo no me he dado cuenta hasta ahora?

—Pues si yo misma me acabo de enterar ahora—dije.

—Da gracias á Dios, hija mía. Da gracias por ese dón. ¿Quién sabe?... ¡Ah, Dios mío!

Estaba tan conmovida por aquel descubrimiento y tan ale-

gre, que no sabía qué decirme ni cómo acariciarme. Aquella gran alegría tomó hasta las proporciones de una especie de fiesta. Se envió en busca de Buvarov. Mientras tanto, abrimos al azar otro cuaderno de música que conocía mejor, y empecé á cantar una pieza. Esta vez la timidez me hacía temblar: temía destruir con un fracaso la primera impresión que había producido. Pero pronto mi voz me alentó y me sostuvo. Yo misma estaba asombrada de su fuerza y extensión. Esta segunda experiencia disipó todas las dudas. En su exaltación y su impaciencia, Alejandra Mikailowna envió á buscar á sus hijas y á sus doncellas; fué ella misma á ver á su marido, y le hizo salir de su gabinete, cosa que en cualquiera otra ocasión no se hubiera atrevido á juzgar punible. Peter Alejandro-witch recibió la noticia con benevolencia; me felicitó y dijo que era preciso hacerme trabajar. Alejandra Mikailowna, llena de reconocimiento como si su marido le hiciese un gran sacrificio, le besó las manos.

Por fin llegó Buvarov. El artista se mostró muy contento. Me quería mucho. Se acordaba de mi padre, de mi pasado; cuando hube cantado delante de él, declaró con tono serio, grave, hasta misterioso, que mis facultades eran admirables, que tenía ya gusto y que debía dedicarme al estudio. Inmediatamente después, pensando que podía ser peligroso alabarme mucho al principio, ambos parecieron arrepentirse de lo que habían dicho; se hicieron signos de inteligencia, y toda la conversación que siguió, dirigida contra mi amor propio, fué singularmente torpe y cándida. Me reía para dentro al verles, después de cada nueva melodía, esforzarse en disimular sus impresiones y en hallar observaciones sobre mis defectos, que exageraban deliberadamente. Pero no pudieron sostener mucho tiempo su papel. Buvarov fué el primero en delatarse, y su satisfacción le humanizó á su pesar. Nunca hubiera yo sospechado que me quisiese tanto. La conversación fué muy agradable durante toda la velada. Buvarov nos contó varias anécdotas sobre cantantes y actores célebres; sus

relatos tenían la vehemencia particular de los artistas cuando hablan de maestros venerados.

Después de haber evocado el recuerdo de mi padre, se habló de mí, de mi infancia, del príncipe, de toda su familia, de la que no tenía yo noticia alguna desde nuestra separación; tampoco Alejandra Mikailowna. Bugarov, que había ido varias veces á Moscou, pudo informarnos. Aquí, la conversación tomó un giro misterioso, y dos ó tres circunstancias que afectaban al príncipe fueron para mí letra muerta. La joven interrogó al gran músico sobre Katia; pero no sabía nada de la niña, ó no quiso decirlo. Esto me sorprendió. No había olvidado yo á Katia; mi cariño hacia ella no se había debilitado, y ni siquiera se me había ocurrido una sola vez que se hubiese podido producir ningún cambio en ella. No tenía en cuenta ni nuestra separación, ni los muchos años transcurridos desde entonces sin cambiar una sola noticia, ni la diferencia de nuestros caracteres y nuestra educación: la quería como antes. En mis sueños fantásticos nos paseábamos juntas, del brazo; me figuraba ser la heroína de cada una de mis novelas, y colocaba siempre á mi lado á mi amiga la princesita.

El consejo de familia decidió que se me diera un profesor de canto. Bugarov nos recomendó al más conocido y mejor. Al día siguiente el italiano D... se presentó, me examinó y se mostró tan entusiasmado como el ilustre músico. Después de pensarlo, estimó que me convendría más ir á dar las lecciones á su casa con sus otras alumnas, porque el sentimiento de la emulación me haría progresar más rápidamente, y encontraría en su casa todo lo necesario para mis estudios. Alejandra Mikailowna consintió, y empecé á ir al Conservatorio tres veces á la semana, acompañada de una doncella.

Por la misma época se produjo un acontecimiento que me impresionó mucho y señaló mi entrada en la adolescencia.

Tenía por entonces diez y seis años cumplidos. Invadióme una indefinible apatía: era la reacción natural de los fogosos ímpetus que precedieron al período aquel. Era constantemen-

te presa de una especie de calma angustiosa completamente insoportable.

Mis ilusiones caían una á una, no precipitadas por las circunstancias, sino porque perdía la fuerza de exaltación capaz de sostenerlas. Una fría indiferencia reemplazaba á mis antiguos entusiasmos de niña inexperimentada. Mi arte mismo, al que tanto quería y al que todo el mundo hizo tan buena acogida, no tenía ya para mí tan poderosos atractivos. Nada me interesaba ya; hasta tal punto, que la misma Alejandra Mikailowna me inspiraba tedio y me molestaba. Desesperaciones repentinas, crisis de lágrimas rompían á veces la monotonía de aquel estado intolerable. Buscaba la soledad. En tan crítico momento, una casualidad desencadenó en mi alma una verdadera tempestad, haciendo que la vaga inquietud se convirtiera en honda conmoción. Mi corazón quedó desconcertado.

DOSTOIEWSKY

(Concluirá.)

CRÓNICA LITERARIA

Una novela contra la guerra. *¡Abajo las armas!*, por Berta de Suttner.
Traducción española publicada por la *Biblioteca de Novelistas del siglo XX*.

Habiendo tenido mediano éxito con la novela española, la *Biblioteca de Novelistas del siglo XX* quiere probar fortuna con la extranjera. Empieza publicando una obra célebre... fuera de España: *¡Abajo las armas!*, por la baronesa Berta de Suttner, novela que ha obtenido en 1905 la parte del premio Nobel dedicada á recompensar el más eficaz y acertado esfuerzo en favor de la paz universal.

El haber obtenido el premio Nobel la novela de la baronesa Berta de Suttner indica que *¡Abajo las armas!* debe de ser novela muy conocida y estimada en los países del Norte.

En el prólogo de la traducción española se habla de las copiosas ediciones que de esta obra se han hecho en varios países, y se dice que está traducida á todas ó casi todas las lenguas principales. Parece que en Inglaterra se han hecho tiradas que ascienden á 250.000 ejemplares. Aparte estos datos, es indudable que una distinción tal como el premio Nobel no puede otorgarse más que á una obra que haya alcanzado considerable celebridad.

No es raro que en España no nos hayamos enterado de ella. Aquí no se conocen, por lo general, otras obras literarias extranjeras que las que se ponen de moda en Francia. A no ser por los franceses, es posible que tuviéramos una idea muy vaga

de Tolstoi, de Gorki y de otros escritores eslavos, popularizados entre nosotros por traducciones, en general muy malas.

Pero en Francia no parece haber llamado mucho la atención la novela de Berta de Suttner. Los países latinos están mal preparados ahora para las propagandas en favor de la paz. En ellos se ha complicado esta cuestión con asuntos políticos interiores, y la discusión suele degenerar en exasperada disputa. Por una parte, el nacionalismo, nuevo nombre de la patriotería, ve en los alegatos á favor de la paz una estupidez ó una traición. Por otra parte, la campaña *pacifista* suele ser hecha por revolucionarios, y andar mezclada con un antimilitarismo virulento ó un internacionalismo que ofende los sentimientos patrióticos. La novela de Berta de Suttner, siendo una elocuente condenación de la guerra, no es antimilitarista ni revolucionaria: de suerte que no puede satisfacer á los exaltados de ninguno de los dos bandos. Las gentes están acostumbradas á cosas mayores, á grandes apasionamientos y diatribas, en los países á que me refiero, y probablemente les parecerá fría é incolora esta obra.

Además, los pueblos latinos, desde que están en decadencia, van despidiéndose del ideal ó se muestran desabridos y desdeñosos con él. Siendo pueblos que en las cosas que requieren sentido práctico suelen mostrarle menor que los del Norte, se ha apoderado de ellos un falso espíritu práctico que les lleva á despreciar las propagandas generosas cuyo objetivo es lejano y problemático. Muchos majaderos se asombran de que haya gentes tan faltas, á su juicio, de sentido común, que pierdan el tiempo en trabajar por la paz universal. «¡Quimeras! ¡chifladuras!», dicen, sin ver que de nobles quimeras está hecha la mejor parte de la historia humana.

Pero, en fin, importa poco para el fin de este artículo que la novela de la baronesa de Suttner haya tenido más ó menos resonancia en los países latinos. El premio Nobel testifica de su celebridad en el mundo germánico y escandinavo. Berta de Suttner es natural de Bohemia, hija de un general austriaco

y autora de varias otras novelas. Ni por su edad, pues nació á mediados del siglo xix, ni por haberse publicado en éste sus obras, incluso *¡Abajo las armas!*, ni por carácter alguno de sus escritos, puede decirse que sea una novelista del siglo xx. Lo que sí es, una novelista no ya para el siglo xx, sino para el xxi ó para otro más lejano, porque las propagandas en favor de la paz han de tardar mucho tiempo, según todas las señales, en ser apreciadas como merecen y en surtir algún efecto.

¡Abajo las armas! se escribió probablemente pensando en el público austro-húngaro. Acaso la autora no esperó que la celebridad de su obra podría pasar las fronteras de su patria. Lo cierto es que la novela se inspira en acontecimientos de la historia contemporánea de Austria, en las tres guerras que el Imperio austriaco ha sostenido en la segunda mitad del siglo xix: la de Italia contra el Piamonte y el segundo Imperio francés; la de los Ducados, hecha en unión de Prusia, contra Dinamarca; y la de 1866 entre prusianos y austriacos. Al final se habla también de la guerra franco-prusiana y de la *Commune* de París; pero en esta parte la novela es menos intensa y menos rica en pormenores.

La acción de *¡Abajo las armas!* es muy sencilla, y marcha recta á su fin, sin complicaciones ni episodios frondosos y abundantes. La fábula está reducida á lo preciso para hacer resaltar dos cosas: primera, los horrores que engendra la guerra; segunda, la disputa entre los defensores de la guerra y los partidarios de la paz, y los argumentos que por una y otra parte se esgrimen, haciendo intervenir á los hechos de modo que den la razón á los segundos. Pero aunque ésta es una novela de propaganda de ideas, no carece de atractivo artístico. No es simplemente la tesis *pacifista* novelada. En medio de la sencillez y, casi puede decirse, pobreza de su acción, no obstante lo superficial que es la psicología de algunos personajes y la monotonía que resulta de la repetición de las mismas situaciones y semejantes estados de ánimo, el interés no de-

cae. Como novela, *¡Abajo las armas!* no es de primer orden; pero diríase que la grandeza de su asunto y la noble idea en que se inspira la elevan, dignifican y embellecen.

No me extraña que algunos hayan tomado esta novela por una autobiografía. Lo indicaba el artículo *Una biografía* con que aparecieron las primeras ediciones alemanas. (Debe tenerse presente que la forma es, en efecto, autobiográfica: la heroína cuenta su historia.) Aparte de esto, que en realidad no tiene mucha importancia, la sencillez del relato da la impresión de que allí se refieren hechos reales y verídicos acaecidos al narrador, y no ficciones novelescas. La heroína de la novela es, como la autora, una dama austriaca, hija de un general. Se trata en la novela de hechos que, si no fueron presenciados materialmente por la baronesa de Suttner, debió de oírlos referir, al menos, á testigos presenciales. Todo esto da un tinte muy personal á la novela. Es probable que algunos de sus episodios sean hechos ciertos de que tuviera noticia, por sus relaciones de familia y de sociedad, la escritora bohemía.

La heroína de la novela es, como digo, una señora de la aristocracia austriaca, la condesa Marta de Althaus. Cuando estalla la guerra de 1859 está recién casada con un oficial del Ejército, que muere en aquella campaña. Años después contrae segundas nupcias con otro militar, hombre de elevado espíritu y generosos y humanos sentimientos, que aborrece la guerra, sin perjuicio de cumplir cuando llega el caso sus deberes de soldado.

El segundo marido de Marta, Federico de Tilling, asiste á la guerra de los Ducados y á la campaña de Bohemia, en la que es herido. Tras de la guerra viene una epidemia, en que perecen el padre y los hermanos de Marta. Por último, durante la Commune, Tilling, que se encontraba con su esposa en París, es tomado por espía prusiano y fusilado por los *communards*. Forman, pues, el asunto de la novela las innumerables desgracias individuales que la guerra produce, el dolor de las familias afligidas por la muerte de seres queridos, los terribles

padecimientos de los heridos abandonados en los campos de batalla: todo lo que hay de repugnante y cruel en las grandes hecatombes humanas, que contadas por la historia suelen verse sólo por el lado épico, quedando desvanecido ó atenuado lo que tienen de brutales é inhumanas carnicerías.

Pero aun siendo muy vivas y conmovedoras algunas descripciones, como la del campo de batalla de Sadorra, después de la lucha entre prusianos y austriacos, la autora de *¡Abajo las armas!* no abusa del asunto, ni extrema la descripción de los horrores de la guerra. Antes al contrario, puede decirse que piadosamente cierra los ojos para no ver muchos de los desafueros y crímenes que en mayor ó menor medida acompañan á la guerra, por mucha que sea la disciplina de los beligerantes: latrocinios, violencias y muertes de personas pacíficas, violaciones de mujeres indefensas, rasgos de ferocidad que difícilmente se evitan cuando se da suelta á la fiera humana. Sobre estos hechos, que no son la guerra misma, sino el bandidaje que acompaña á la guerra, pasa muy de ligero la novelista de *¡Abajo las armas!* Tal vez temió herir el sentimiento público de su país si á los propios atribuía estos horrores, y no le pareció leal ni justo achacarlos exclusivamente á los enemigos, como ha sido frecuente en los novelistas franceses que han tomado por asunto escenas ó episodios de la guerra de 1870. Quizás miramientos de su sexo ó tendencias estéticas de su espíritu no la permitían llegar á un naturalismo absoluto. El hecho es que, siendo ésta una novela de propaganda contra la guerra, los horrores de la lucha armada están pintados en sus páginas con colorido menos crudo que el de otras obras, como *La Débâcle*, que no tienen esa finalidad trascendente, y aun el de libros escritos con claro espíritu militarista, como las novelas de los hermanos Margueritte: *Le desastre*, *Les Tronçons du glaive* y *Les braves gens*. Hay en esto algo de psicología de raza. *¡Abajo las armas!* es obra escrita para un público razonador, que lee despacio y rumia lo leído. Sobre públicos meridionales muy accesibles á la impresión primera, acostumbra-

dos á leer de prisa y á buscar sensaciones estéticas antes que ideas, no podrá producir acaso efecto muy hondo.

Es probable que exista además otro motivo para la moderación con que pinta los horrores de la guerra la baronesa de Suttner. Su novela no es una novela antimilitarista. Pinta á los militares que figuran en *¡Abajo las armas!* con pincel benévolo. Si algún defecto puede reprochárseles, y no á todos, es algo de jactancia ó fanfarronería. Y es que la autora mira la cuestión de la guerra desde un punto de vista elevado y general. Los males de la guerra no son imputables individualmente á los hombres que en estas luchas vienen á ser víctimas y agentes de una fatalidad colectiva. No cree que el oficio de soldado pervierta, como piensan los anarquistas y ha sostenido, por ejemplo, Hamon, en su *Psicología del militar profesional*. Al menos, á los héroes de *¡Abajo las armas!* no les pervierte. El mal está en la guerra, en los deberes que impone y en los horrores que engendra, no en los hombres á quienes mueve y de quienes se sirve esa deidad sanguinaria, mucho peor, y sobre todo más duradera, que el Moloch fenicio.

*
* *

Libros como *¡Abajo las armas!* no son meramente obras literarias cuya finalidad se agote en el recreo del espíritu que puedan proporcionar á un número mayor ó menor de lectores. Realizan además una obra moral. Se sirven de la belleza y la emoción estética para procurar el bien social. Si el fin del arte es, como piensa Tolstoi, comunicar á otros hombres los sentimientos de que el artista se haya poseído, no hay duda de que estas obras, cuando llegan á impresionar á las multitudes y á influir en el curso de los sucesos humanos, realizan una estética grande y serena que emana de su misma alteza moral y que viene á unirse al valor estético que intrínsecamente tengan tales obras. Es la estética de su misión. Una obra poética, de imaginación, para muchos de entretenimiento, influyendo en

el curso de los sucesos humanos, corrigiendo extravíos colectivos y encauzando la historia, es el mítico Orfeo que renace, modernizado, y hiere nuevas cuerdas en su lira.

Así ocurrió con una novela célebre con la cual tiene cierta semejanza genérica la de Berta de Suttner: con la famosísima novela de Mrs. Beecher Stowe *La cabaña del tío Tomás*, á la cual novela le falta mucho para ser desde el punto de vista literario una de las mejores del siglo XIX, pero que social é históricamente considerada es la novela más importante que se escribió en ese período, puesto que ella contribuyó poderosamente como elemento de propaganda á la emancipación de los negros en los Estados Unidos y á la progresiva abolición de la esclavitud en todas partes. *¡Abajo las armas!* no tendrá sin duda un destino tan brillante como el de la *La cabaña del tío Tomás*. La esclavitud era un hecho que repugnaba más á la conciencia de los pueblos civilizados que la guerra, y aquella propaganda caía además en un pueblo joven que tenía por fundadores, no á feroces guerreros, sino á los puritanos de la *May flower*, empapados en el espíritu de la Biblia; pueblo al par de eso bastante vigoroso y enérgico para emprender aquella guerra de secesión, que es una de las grandes páginas de lo épico en la edad presente. Por la prosa de los tiempos y la disolución de la antigua epopeya en otros géneros más modestos no ha tenido esa guerra Homeros ni Vyasas que la canten; pero sólo le falta lejanía, distancia suficiente para poder ser comparada á la lucha entre los koros y los pandos, ó á la guerra de Troya. Lo épico no ha muerto; sólo que no tenemos ojos para verlo. Se sigue haciéndose la épica, pero ya no se canta, porque vivimos en un ambiente histórico, de examen crítico de los hechos, y no de la transfiguración poética que engendra la epopeya.

A los grandes Estados de Europa, y en general á los del mundo entero, les es mucho más difícil tratar de suprimir la guerra que les fué á los Estados Unidos extirpar la esclavitud. A la tradición militar de muchas de esas naciones y á las

ideas, costumbres é intereses que esa tradición ha ido creando por espacio de siglos, se une otra consideración. Ningún Estado se atreve á ser el primero en declararse pacífico, por miedo de que sus vecinos no le imiten y aprovechen la ocasión para expoliarle. Obras como *¡Abajo las armas!* no pueden, pues, producir efectos apreciables, de presente. Su labor es lenta y oculta. Van sembrando en los espíritus la semilla de la aversión á la guerra, que hay que esperar que en algún día, muy lejano, dé sus frutos.

No se sonrían, sin embargo, los escépticos, creyendo que es inútil pensar en resultados aparentemente tan remotos é inciertos; no se figuren que los que consagran sus afanes al establecimiento de la paz son unos mentecatos ó unos ilusos. La guerra ha perdido mucho terreno. Los pueblos se van volviendo pacíficos á medida que pueden serlo. Suiza, que antaño surtía de soldados á Europa, hoy, eminentemente pacífica, es un inmenso hotel. Pacífica es también Holanda, que se atrevió á resistir al imperio español en sus días de mayor esplendor, y no pudo ser por él reducida, y que luego desafió á Luis XIV. Suecia, tan belicosa que llegó á ser potencia militar de primer orden en los días de la guerra de los Treinta años, ha consentido, sin sacar la espada, la separación de Noruega, dando un ejemplo civilizador que anuncia nuevos tiempos para el Derecho internacional.

Como la colonización ha extendido grandemente la esfera de acción de los pueblos civilizados, se ha ensanchado en cierto modo para éstos el horizonte de la guerra. Pero las guerras en Europa van haciéndose mucho menos frecuentes. No puede aún decirse que se las considere como guerras civiles y que estén en camino de desaparecer ó hacerse tan raras como éstas. La opinión pública tolera más fácilmente las guerras coloniales, porque aunque en ellas pague la nación su tributo de sangre, al menos ve libre su territorio de los estragos de la invasión.

En la esfera de las ideas es mayor todavía el progreso. Cada

día son menos los que se atreven á defender abiertamente la guerra con los sofismas de ser un instrumento civilizador ó un medio de conservar la virilidad de los pueblos. Para un sofista ó un cultivador de paradojas que pretenda modernizar con tópicos nietzscheanos esa viejísima manera de pensar, heredada del hombre de las cavernas, hay cien partidarios de la guerra, ó cien resignados con ella, que dicen que es un mal necesario, y que la paz universal no pasa de ser una hermosa quimera. Enorme progreso representa el que se reconozca que la guerra es una calamidad, aunque se la juzgue inevitable. Lo de inevitable, lo de mal necesario son términos relativos. Inevitables son también hasta ahora la delincuencia, la mortalidad prematura, el libertinaje y una porción de plagas morales y físicas, y, sin embargo, no se sigue de ahí que debemos cruzarnos de brazos ante esos males, ni que haya de perderse la esperanza de irlos atajando y reduciendo, ya que no extirpando por completo. Lo mismo sucede con la guerra, que no es un mal más necesario y fatal que la criminalidad ó la tuberculosis, y á nadie se le ocurre que, porque las estadísticas arrojen una cifra de delincuencia que casi puede preverse aproximadamente en relación con los demás datos demográficos, ó porque la tuberculosis arrebate cada año fatalmente miles de existencias, no haya que oponerse á esos males ni hacer nada para disminuirlos y atenuarlos, ya que no sea posible esperar su desaparición inmediata.

No se ha descubierto una antitoxina contra la guerra; pero, al menos, el progreso de las ideas y de los sentimientos, que es más importante que el de las ideas, la va restringiendo y la va civilizando en lo que cabe. La misma novela de la baronesa de Suttner permite apreciar uno de los grandes adelantos conseguidos. La Cruz Roja no existía cuando se dieron algunas de las batallas que narra la autora. El servicio sanitario era escaso y malo. Millares de heridos, que bien atendidos habrían podido salvarse, morían, muchos de ellos entre horribles dolores, por falta de asistencia.

La civilización va realizando lentamente su obra. Los Congresos internacionales de diferentes géneros, que estrechan las relaciones entre los pueblos y les acostumbran á cooperar en una labor común y humana; la práctica, cada día más frecuente, del arbitraje para resolver diferencias internacionales; los anhelos de paz, que se manifiestan cuando surge la amenaza de la guerra, revelan que la conciencia de los pueblos va despertando. No es factor despreciable la actitud del socialismo, que forma partidos numerosos, fuertes y disciplinados en las grandes naciones industriales, y que es abiertamente opuesto á la guerra. En cambio, los grandes ejércitos permanentes, que se sostienen á consecuencia de la paz armada, son un peligro, porque el órgano pide su función y la mantiene viva, aunque esté latente.

Sin embargo, tal vez se compensa ese peligro con otras consecuencias de dicho sistema militar. El servicio obligatorio hace que los ejércitos, en vez de nutrirse de soldados de oficio, naturalmente belicosos y aficionados á la guerra, á su libertad y excesos, estén formados de gente pacífica para la cual el servicio militar es una pesada carga, que no desea pelear, y que, al cabo de poco tiempo en filas, vuelve á fundirse en la sociedad civil, de donde procede. Y esas grandes masas de hombres armados hacen que la guerra sea más temible y costosa y que haya mayor número de familias interesadas en la paz que cuando peleaban las naciones con pequeños ejércitos profesionales.

La paz está lejana, pero los hombres y los pueblos se van volviendo más pacíficos. Mas no es oro todo lo que reluce. Ese avance del *pacifismo* no se debe sólo al influjo de ideas más morales y de sentimientos más humanos. La riqueza ha creado muchos intereses pacíficos, una red sutil de numerosos egoísmos que producen en esta esfera un resultado benéfico. La guerra es la ruina de las naciones ricas, y las naciones pobres no tienen generalmente vigor ni medios para sostener largas campañas. Los poderosos de la tierra, los pastores de hombres,

que con frecuencia son medianos pastores, tienen delante de los ojos esos ejemplos de la Commune de París y de la revolución rusa, que muestran que la anarquía sigue los pasos de la guerra y acecha el momento de la derrota. Parece que la Providencia ó la Némesis histórica advierte con esos hechos á los responsables de la guerra que puede haber para ellos una sanción, un castigo.

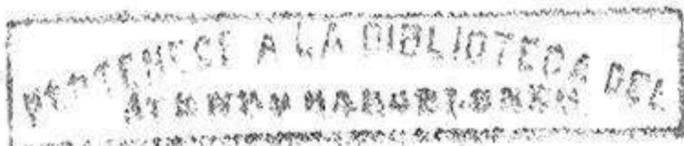
No es trabajo perdido el de los que hacen propaganda en favor de la paz, como la autora de *¡Abajo las armas!* Es trabajo desinteresado para generaciones y tiempos futuros. Millones de infusorios van fabricando en el mar las islas de coral, que al cabo emergen y se cubren de vegetación grata á los ojos. Así trabajan también en el espíritu humano leves factores intelectuales, lentas germinaciones de ideas, repercusiones lejanas de sentimientos, de que al cabo brotan las eándidas flores del Bien.

E. GÓMEZ DE BAQUERO

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—PSICOFÍSICA: La risa.—CUESTIONES SOCIALES: Restaurants gratuitos para madres nodrizas.—LITERATURA: El teatro de Capús.—CUESTIONES ÉTICAS: La fraternidad.—COSTUMBRES: Bibliómanos y bibliófilos.—IMPRESIONES Y NOTAS: Comunicaciones interplanetarias.—¿Cuándo nació Jesús?—Pensamientos y máximas.—Una historia penitenciaria.

PSICOFÍSICA



LA RISA.—Al final de su *Historia de la risa á través de los siglos* se preguntó el ilustre escritor milanés Massarani: «¿Por qué se ríe uno?» A lo que se contestó á sí mismo: «Se ríe... porque se ríe».

No era esto decir mucho, y más habían dicho los filósofos que antes se habían ocupado de la risa. Kant, por ejemplo, afirma que la risa es el producto de la reducción imprevista á la nada de una ansiosa expectación, á lo que objeta Franceschini en la *Italia Moderna* que esa reducción á la nada de una expectación puede provocar cualquier otro fenómeno que el de la risa; añade Kant que más comúnmente la risa es producto de un *contraste* entre lo que se espera y lo que sucede, y esto es verdad en muchos casos, pero no es aplicable á otros muchos. Max Nordau observa que la risa puede á veces ser provocada por una identidad, como cuando á la vista de dos fisonomías perfectamente parecidas nos echamos á reir, como cuando vemos una caricatura bien hecha.

Todos los filósofos—añade Franceschini—están de acuerdo en que la primera vez que un europeo ve á un negro se siente tentado por la risa; una pléyade de sabios alemanes se ha de-

vanado los sesos para encontrar la verdadera razón de tal risa. Bergsohn supone que se halla en la idea de *mal lavado* que suscita en nuestra imaginación el color de la piel del negro.

Entre las cosas que nos hacen soltar el trapo, no hay que olvidar—aunque el hecho nos honre poco—las alusiones pornográficas y la lubricidad. ¿Por qué suscitan la hilaridad estas cosas? Siguiendo la teoría de Bergsohn, por las grotescas y monstruosas imágenes que despierta en nuestro espíritu la impresión entonces recibida:

La vista de la caída de un niño no suscita nunca nuestra risa; en cambio la caída de un adulto la provoca casi siempre. ¿Por qué? Porque las caídas en los niños son cosa normal, que no nos sorprende ni impresiona, predisponiéndonos á la ternura y á la simpatía, porque la posición del niño que cae es siempre artística y atractiva; en cambio, al caer un hombre, con sus brazos al aire, su sombrero rodando y su cuerpo tendido á la larga, produce tal juego cómico de líneas, que no podemos contener la risa, poblándose nuestro espíritu de imágenes ridículas.

Nos reímos, pues, porque tenemos imaginación. El que razona no ríe: he ahí la clave del problema. La Fontaine decía: «que un Papa se ría de buena fe, no me atrevo á asegurarlo». ¿Cómo, en efecto, puede reirse hoy un Papa, con todas las graves responsabilidades que le absorben?

Cuando las cosas que se ven, se oyen ó se sienten no salen de la línea normal, la imaginación se está quieta; en otro caso, la loca de la casa las exagera y deforma, y presentándonoslas caricaturizadas provoca nuestra risa. ¿Vemos un gabán largo y estrecho oprimir los costados de una larguirucha figura femenil? En seguida la imaginación crea la imagen de una funda de paraguas. ¿Vemos un hombre alto, rígido, tieso? Salta á la vista la imagen de un poste telegráfico bailando. ¿Descubrimos dos orejas mayores de lo corriente? En seguida nos imaginamos las orejas de un burro ó el hocico de un murciélago. Y la risa se produce en todos esos casos. Cuando Bernardo

Morando, obligado á gastar anteojos, decía á su dama en el siglo xvii con la mayor seriedad: «Me hiciste llorar tanto de amor, que mis lágrimas, cristalizadas, se convirtieron en los anteojos que llevo», ¿cómo no soltar la carcajada ante semejante dislate?

Toda contracción del rostro descompone la natural regularidad de nuestras líneas, y lo afea; sólo la contracción producida por la risa lo ilumina y lo embellece: por eso la risa es un medio de seducción. La alegría pura tiene también la virtud de traer la sonrisa á nuestros labios: todo lo bello, todo lo grato, lo querido, ilumina nuestro rostro con la alegría de la sonrisa.

Quien mucho ríe mucho llora, y el que más ríe es quien tiene mayor exuberancia de sentimiento y fantasía. El lenguaje de un hombre de risa fácil suele ser hiperbólico é imaginoso; sus ojos son movibles y chispeantes, y su conversación variada, animada, vivaz; llorará como un becerrillo en el drama, y se retorcerá de risa en el sainete.

La risa se muere. Cada vez se ríe menos; éste es un hecho positivo. Massarani lo atribuye al mayor refinamiento de las emociones y de los placeres; Franceschini, fiel á su teoría, dice que esta desaparición de la risa es debida á que cada vez cortamos más las alas á la imaginación para reforzar el dominio de la razón; pues, como dice Vico, «la fantasía es tanto más robusta cuanto más débil es el raciocinio». La humanidad, sin embargo, no perderá por eso su carácter alegre, y en este valle de lágrimas «el elemento alegre y festivo de la vida prevalecerá siempre, dígame lo que se quiera, sobre el elemento triste y quejumbroso».

CUESTIONES SOCIALES

RESTAURANTS GRATUITOS PARA MADRES NODRIZAS.—Hay en París, desde fines de 1904, restaurants gratuitos para las madres que amamantan á sus hijos. Estos colmados se hallan

abiertos á todas las madres, sin necesidad de informes ni certificados, mediante la única prueba de que dan realmente de mamar á sus hijos. La primera idea de esta institución es bien sencilla: supuesto, como dice Enrique Coulet en *La Revue*, que la sociedad tiene especial empeño en asegurar á los niños el alimento que les conviene, ¿cómo utilizar del modo más eficaz los recursos disponibles? ¿Por qué no dedicar las cantidades destinadas á la lactancia artificial á nutrir mejor á las madres, asegurándose de que éstas dan de mamar á sus hijos?

Planteado así el problema, el 4 de Noviembre de 1904 se puso en práctica. Al efecto, se alquiló por semanas, á un franco diario, una tiendecita con una mesa y varias sillas en el pasaje Julien-Lacroix, y en una hoja de papel, pegado en las vidrieras, se advirtió á los transeuntes que allí se daba de comer gratis á toda madre que diera de mamar á su hijo. El capital inicial para esta magna obra se reducía á 10 francos: 6 para el alquiler del local y 4 para las primeras comidas. Al principio se presentaron muy pocas madres, y con los cuatro francos hubo para varios días; pero poco á poco se fué difundiendo la noticia, y no tardó la idea en desarrollarse y dar brillantes resultados.

La cuestión principal era ver la clase de alimento que podía darse, de modo que resultara suficiente y sano, y que su coste fuera reducido. Un fondista de la vecindad había contratado el servicio en la forma siguiente: la comida dada á cada madre se compondría de una sopa de pan, un plato de carne, otro plato de legumbres y un buen pedazo de pan, todo ello con el servicio natural de vajilla y cubierto, por 35 céntimos; de modo que con tres francos y medio se podía dar de comer á diez personas, y con 70 céntimos diarios se podía dar á una madre alimento completo; las raciones eran abundantes y sanas, y el fondista cumplió siempre su compromiso, con lo que quedó hecha la prueba de que por muy poco más de lo que cuesta la lactancia artificial se podía alimentar á la madre y al niño, con gran ventaja para una y otro.

Conocido el resultado, no tardó la caridad en acudir á sostener tan hermosa iniciativa. El número de madres que se presentaba ordinariamente era de veinte á veinticinco; para servir á tantas personas fué preciso tomar una sirvienta, que aceptó el cargo por un franco diario; en cambio, la tienda, que gastaba un franco diario alquilada por semanas, bajó á 75 céntimos alquilada por meses; pero había también que aumentar gastos de calefacción y alumbrado, y no limitar las raciones de pan; de este modo vino á resultar que cada comida salía 10 céntimos más cara, costando 90 céntimos la alimentación completa (dos comidas diarias) de cada madre nodriza.

Después de un mes de funcionamiento en Julien-Lacroix, el sistema de los colmados gratuitos se extendió al barrio Mouffetard, abriéndose otro restaurant en la calle Daubenton; un mes después se creó otro en Montmartre, calle de Santa Laura; luego otro en Plaisance, calle de Jonquoy; y, por último, otro en las Grandes-Carrières, calle de Bounet. Estos han sido los cinco primeros establecimientos de este género que han funcionado en París. La clientela de estos establecimientos se compone de las madres de los alrededores, á veces bastante lejanos, que van diariamente á comer allí durante el período de la lactancia; llevan con ellas á su hijo cuando lo permite la estación; pero cuando ya son conocidas no se les exige que hagan diariamente la prueba: basta con que de cuando en cuando se las vea dar de mamar ó que puedan mostrar que tienen leche.

Los cinco restaurants gratuitos que estaban funcionando en Junio de 1905 suministraban, por término medio, 180 comidas diarias. Los gastos, á pesar de la estricta economía con que se habían establecido, no dejaban de ser pesados para una sociedad que no contaba con más recursos que la caridad pública. El Municipio y el Ministerio del Interior otorgaron subvenciones, y entonces pudo pensarse en la organización definitiva del servicio: á cada una de las cinco salas se anexionó

una cocina, y la persona encargada del servicio fué la misma cocinera. Los gastos de local subieron así á 1,50 francos diarios; pero se economizaba la calefacción, suplida por el calor de la cocina, y la alimentación fué de mejor calidad y de doble cantidad, resultando en definitiva una economía considerable, pues lo que antes costaba 45 céntimos viene á salir ahora, incluídos todos los gastos, por 26 ó 28 céntimos, según los barrios; de modo que por 52 ó 56 céntimos se puede alimentar de un modo suficiente y hasta comfortable á una madre que cría á su hijo, ofreciéndole dos comidas diarias tan sanas como nutritivas. Estos resultados son positivos y están á la vista de todo el mundo, siendo de desear que tan hermosa obra benéfica se extienda á todas partes y se establezca en todos los países.

LITERATURA

EL TEATRO DE CAPÚS.—Si se pudiera establecer una clasificación de las personas que entre ocho y diez de la noche entran en un teatro, nos hallaríamos en presencia de cuatro ó cinco categorías de espectadores, según dice Luis Maigne en *La Grande Revue*. Hay gentes que van al teatro por snobismo, por vanidad, por obediencia al programa mundano, por exhibición de trajes, escotes y joyas; otras, como los periodistas y críticos dramáticos, por obligación profesional; algunas, las menos, naturalezas sinceras, sedientas de belleza literaria ó filosófica, van allí como si fueran á alguna ceremonia religiosa del arte, esperando el minuto sagrado de esa comunión ideal que han ido á buscar; otras, en fin, sin preocupaciones ni reflexión, van al teatro sencillamente á divertirse sin esfuerzo ni fatiga, de modo que no les queden después pesadillas ni turbaciones de ninguna clase. Para este género de público es para el que parece haber escrito Capús sus piezas.

Con las piezas de Capús se divierte uno. Hay en ellas ocasiones frecuentes de reír, y se ríe uno con gusto. Hay palabras

que obligan á reir en el momento en que se las oye, agotándose en el acto su fuerza expansiva; hay otras que, sobre provocar la risa al oirlas, mantienen su poder regocijante á perpetuidad. De éstas se encuentran pocas en las comedias de Capús; pero de las primeras hay tantas, que puede decirse que forman la obra por sí solas. Una pieza de Capús no es un chiste, sino una serie, un fuego graneado de chistes. Todos sus personajes bromean. Todos los asuntos los tratan en chanza. Un joven matrimonio que ha hecho mil locuras se encuentra arruinado y con la reputación comprometida. «¿No te lo decía yo? ¡Esto acabará mal... esto acabará mal... y esto ha acabado... muy mal! Pues bien: ¡no deja de ser una satisfacción cuando las cosas que se han previsto ocurren! (*La bolsa ó la vida.*) — Un abogado á quien su mujer recrimina por carecer de calor en el ejercicio de su profesión, se justifica así: «¡Ah, sí! ¡La viuda y el huérfano!... ¡en diez años no he pleiteado más que una vez por un huérfano, y para eso lo era por haber matado á su padre y á su madre!» (*El adversario.*)—Un joven á quien su familia quiere casar se resiste á ello protestando. «¡A tu edad!», exclama una tía. «No se casa uno por tener la edad, replica el sobrino; te confundes con el servicio militar.» (*Rosina.*) — Clotilde, en *La castellana*, quiere convencer á su hermano, que frisa en los cuarenta, de que debe casarse con una señorita de diez y ocho años. «¿No te parece delicioso ser el educador, el profesor de una joven que...?» «No, no, nada de eso; los profesores son gentes á quienes se hacen cucamonas.»—Una criada vieja se indigna de ver á su señor taraceado por los pedidos de dinero de su mujer. «¡Diez duros! ¡Y ella llama á eso diez duros! ¡Pues eso hace doscientos reales con-
tantes y sonantes!» (*Los maridos de Leontina.*)—«Si yo amase algún día, dice una joven casada, respondiendo á las instancias de un adorador, sería con una pasión sin límites ni freno; y si me decidiese á olvidar mis deberes, se acabó: no me volvería á acordar de ellos.» (*Loquillas.*)

Claro es que Capús no está siempre chanceándose. Esa es

la lástima; pues en cuanto se pone serio no se le puede aguantar. Todos sus personajes se expresan lo mismo, sin salir de lo corriente y trillado. Y esto no depende de la clase de tipos que Capús pone en escena, sino de que Capús no da nada más de sí; por eso no se halla en sus obras ni un solo carácter clara y vigorosamente definido: es siempre Capús el que habla, divirtiéndonos á ratos cuando está de broma, y aburriéndonos en cuanto se pone serio. Beaumarchais cuenta, en su *Matrimonio de Figaro*, que uno de los zoilos de su tiempo le hizo la censura siguiente: «Hágame usted el favor de explicar por qué en la obra se encuentran tantas frases descuidadas que no son de su estilo de usted.» «¡Mi estilo! Si desgraciadamente lo tuviera, me esforzaría en olvidarlo cuando hago una comedia, no conociendo nada más insípido en el teatro que esos camafeos donde todo es azul, donde todo es rosa, donde todo es el autor, sea el que sea.» Capús ha encontrado el medio de hacer todo lo contrario de lo que pensaba Beaumarchais.

Así están escritas las piezas de Capús. ¿Cómo están construídas? Tienen aire, y el primer acto es siempre excelente; las situaciones están bien establecidas, el cuadro se ve bien, la intriga se enreda con empeño, los personajes evolucionan perfectamente, la animación es grande y el movimiento material engaña y seduce; pero falta el movimiento real de la acción, la progresión de los acontecimientos, la evolución normal de los caracteres. Se necesita un talento muy especial para llegar á componer piezas que parecen bien hechas y que no lo están. Si la expresión «acabar en cola de pez» se llega á gastar algún día, podrá sustituirse por la de «acabar en pieza de Capús». Si se desmonta el andamiaje de *La castellana*, *Brignol y su hija*, *La pequeña funcionaria* y *El señor Piégosi*, se encontraría siempre un buen primer acto, seguido de otro ú otros dos medianos, rematados por el desmoronamiento completo del último. *La vena*, *Las dos escuelas* y, sobre todo, *Nuestra juventud*, que es la única pieza digna del teatro francés, tienen una construcción algo más sólida. Esto nos lleva á investigar qué

parte de pensamiento contiene en su conjunto el teatro de Capús.

Hay obras de verdadero valor por su fondo, que están condenadas á perecer por su forma; no hay que sentir la amargura de este porvenir en las de Capús. La idea fundamental de una obra en Capús no es nunca más que un fantasma de idea. El desenlace procede de la estructura de una pieza; la conclusión, del pensamiento inicial; el desenlace es cuestión de hecho, de orden material; la conclusión es cosa moral. Las piezas mal construídas tienen falsos desenlaces, y las piezas desprovistas de verdadero pensamiento tienen conclusiones nulas.

Tal sucede con *Nuestra juventud*, que se basa en una situación nueva: nadie había pensado en poner cara á cara la mujer legítima y la hija natural del marido, ni menos en hacer de aquélla el refugio de ésta. El caso imaginado por Capús es verosímil, interesante y embarazoso. Se decide por la solución más generosa, pero no sin exponer todas las objeciones posibles con entera franqueza. Los personajes emiten opiniones que se contradicen y que son, sin embargo, tan justas unas como otras. «Dada cualquier situación de la vida—dice uno de ellos—no hay solución absoluta; no hay más que soluciones medias, que no satisfacen enteramente ni al corazón ni á la razón, y con las que, sin embargo, hay que contentarse.» «No basta ser honrada—dice Elena,—hay que ser buena.» «Si no se metiera una nunca más que en lo que le importa—dice la amiga á quien se reconviene por esa razón,—no se ejecutarían más que acciones vulgares y egoístas.» «Basta hoy—dice Briant padre, protestando contra los hechos—que un hijo sea natural para que despierte simpatías generales; como basta que una mujer no sea legítima para que se vea rodeada del respeto universal; que no se hagan ilusiones las mujeres y los hijos legítimos: están á punto de pasar un mal cuarto de hora.» La resolución de Luciano y Elena de adoptar á Luciana es hermosa; pero falta saber el resultado: Capús no se preocupa de hacérselo saber, y por eso carece su obra de alcance decisivo, según Maigne.

¿Qué decir de *La Vena*, uno de los grandes éxitos de Capús? Julián Bread, abogado sin pleitos, se hace amar de Carlota, florista que deja sus flores por irse á vivir con él; por una de las antiguas mandaderas de Carlota, una chiquilla que ha llegado á ser querida de un hombre influyente, Carlota proporciona á su amigo procesos famosos que le dan dinero y nombre; entonces Julián se aparta de Carlota para correr tras una capigorrana corrida que se burla de él, hasta que, comprendiéndolo, Julián vuelve á los brazos de Carlota y se casa con ella. De este asunto se hubiera podido desprender una conclusión sobre el egoísmo y la ingratitud humanas, pero Capús ha preferido sacar de él la doctrina siguiente: «Todo hombre tiene en la vida su hora de vena, un momento en que todos los demás parecen trabajar por él, en que los frutos vienen á ponerse al alcance de su mano sin más esfuerzo que el de cogerlos; esa hora, triste es decirlo, no es el trabajo ni el valor ni la paciencia quienes la dan; suena en un reloj que no se ve, y mientras no ha sonado para nosotros nada hay que hacer: somos briznas de paja». ¿Qué conclusión sacar de aquí? Ninguna, dice Maigne. Pero ¿qué más conclusión que la consignación del hecho? ¿Para qué más conclusión que la expuesta con tanto acierto por el mismo Maigne al resumir la doctrina de la pieza?

¿Y la tesis de *Dos escuelas*? Hela aquí: hay dos especies de hombres: unos, seductores, buenos chicos, alegres camaradas, que engañan á su mujer con entusiasmo, aun haciéndola muy agradable la vida; los otros, serios, estimables y fieles, pero de cuya compañía se aburre uno soberanamente. Y todavía no hay que exponer la virtud de estos últimos á una prueba demasiado fuerte ó demasiado inopinada, pues entonces se observa que no son más inatacables que las muestras de la primera especie. Es, por lo tanto, ventajoso tener de marido un amable corretón, con quien al menos no hay riesgo de aburrirse.

Todos estos ejemplos están escogidos entre lo que hay de

más profundamente *pensado* en el teatro de Capús. ¿Nos hemos de maravillar si salimos de la representación de todas sus obras con el espíritu y el corazón tan vacíos como cuando llegamos al teatro? Es decir, mucho más vacíos; porque al llegar teníamos la ilusión y la esperanza, y al salir vemos que hemos cambiado aquel oro por una menuda cantidad de monedas de cinco céntimos.

Para Maigne, las obras de Capús no son necesarias; y si no las hubiera escrito, nadie las echaría de menos; y si desapareciesen, nadie se acordaría de ellas, ni siquiera el público que se divierte y las aplaude. Pero si no se escribiese más que lo requerido por las necesidades del mundo, entonces... ¡qué vacío en las librerías! ¡qué ruina en las imprentas! ¡qué bancarrota de periódicos y de revistas! Habría que empezar por declarar inútil el artículo crítico de Maigne, que, como él mismo confiesa, no impedirá á Capús seguir escribiendo nuevas piezas, ni á los directores de teatro recibirlas, ni á los actores representarlas, ni al público aplaudirlas.

CUESTIONES ÉTICAS

LA FRATERNIDAD.—Julio Lemaître, de la Academia, ha dado una conferencia sobre el interesante tema de «la fraternidad», publicándola después en la revista de París *L'Action sociale de la femme*. El año anterior había pronunciado otra sobre *la igualdad*, el segundo término de la divisa republicana, del que muy poca cosa es aplicable y menos todavía se practica, pareciéndole que lo mismo ocurre, si no algo peor, con la fraternidad. ¡Tres nobles y generosas quimeras, la libertad, la igualdad y la fraternidad, de que todos hablan y poquísimos practican!

¿Qué es la fraternidad? El sentimiento que nos hace mirar á todos los hombres como hermanos y tratarlos como tales. El Evangelio lo dice: «¿Oísteis que os han dicho: amarás á tu prójimo y aborrecerás á tu enemigo? Pues yo os digo: amad á

vuestros enemigos y rogad por los que os persiguen; si amáis á los que os aman, ¿qué recompensa merecéis?» Esa es la perfecta doctrina de la fraternidad.

Amar á sus padres, á sus hijos, á sus hermanos; amar especialmente á ciertas personas fuera de la familia; amar á sus compañeros, á sus aliados políticos, á sus consocios; amar la ciudad, el pueblo en que se ha nacido; socorrer á los pobres y á los enfermos, eso es amor paternal, piedad filial, amistad, compañerismo, patriotismo, caridad; pero no es propiamente fraternidad. No molestar á los demás sin interés, tratar de agradarles, ayudarlos cuando es fácil, tratarles según sus méritos, no engañarles, soportar que piensen de otro modo que nosotros, eso es cortesía, probidad, justicia, tolerancia; pero no es fraternidad.

Practicar la fraternidad como la define el Evangelio, amar á todos los hombres, no es común ni fácil. Muchos de los que hablan de fraternidad pretenden no reconocer otras leyes que las de la naturaleza. Pero la naturaleza no es paternal; no es ni siquiera justa. En cada especie y de una especie á otra es la lucha fatal, porque «hay que vivir», y la naturaleza es el campo de batalla de apetitos é intereses opuestos. Ser fraternal es ir contra la naturaleza y contra las necesidades de la competencia social: *Homo homini lupus*. La fraternidad es un esfuerzo. ¿Cuál será el instinto, el sentimiento, la noción que nos lo hará posible, y luego habitual?

¿Será el instinto de sociabilidad? El hombre es un animal sociable. Gusta de la compañía de otros hombres para comer, para hablar, para asistir á una diversión. Pero al salir de ella se siente lleno de malquerencia espontánea para el desconocido que le molesta, que le obliga á esperar, etc. Se tiene horror en la calle del mendigo de oficio, de la multitud, del extraño que ocupa mejor puesto en la mesa ó en el tren, etc. Bossuet lo ha dicho: «El hombre es el animal que ha nacido más para la concordia, y el hombre es el animal en que más sangrientas tragedias representan la enemistad y el odio». ¿Será el senti-

miento de la solidaridad? Se afirma el hecho de que los intereses de todos los hombres son solidarios, es decir, que lo que aprovecha á todos aprovecha ó debe acabar por aprovechar á cada uno. Pero este hecho no es comprobable sino en grupos bastante limitados, familias, corporaciones, municipios. No brilla ya en el grupo inmenso que forma una nación, y menos en el grupo humanidad; las repercusiones del bien general sobre el interés del individuo son demasiado aleatorias y lejanas. ¿Será entonces el culto de la humanidad? Esta es la más siniestra de las bromas: el humanitarismo es generalmente un ardid descarado para dispensarnos de nuestros más difíciles deberes para con los demás. ¿Cómo ha de ser venerable la humanidad, si la mayor parte de sus individuos lo son tan poco? El humanitarismo es un amor vago á todos los hombres, con preferencia á los que no conocemos; es infinitamente más fácil amar á todos los hombres que amar á sus vecinos. La fraternidad de los humanitarios suele ser un pretexto para exigir que seamos fraternales con ellos sin que ellos lo sean con nosotros.

En la misma antigüedad clásica, Cicerón habla ya del amor del género humano, *Caritas genesis humani*, y Séneca aplaude la familiaridad con que Lucilio vive con sus esclavos, que más que esclavos son «hombres, compañeros de vida, humildes amigos, hermanos en servidumbre» en esta vida. Marco Aurelio y Epicteto proclaman la necesidad de hacer bien á todos, dispensándoles sus defectos; pero en todo el imperio romano serían una docena los que pensaban así. En el tiempo en que más se hablaba de fraternidad, bajo el terror, 30.000 franceses fueron guillotizados ó degollados por sus hermanos, y hoy mismo parece que el principio fundamental de conducta de los gobiernos es éste: «piensa como yo, ó te oprimo, y si puedo te suprimo».

Y es que la fraternidad es algo más que una virtud natural, y sólo será una palabra vacía si no se apoya en un fundamento religioso. Esto no quiere decir que no pueda haber, sin

fe religiosa, un principio de fraternidad, ni menos que la fraternidad sea practicada por todos los creyentes, sino que la fraternidad no es practicable en general sino en virtud de una creencia religiosa. Y aquí tropezamos con un fenómeno histórico completamente extravagante: todas las ideas de igualdad y de fraternidad del ideal socialista y revolucionario proceden del Evangelio, y suponen, para ser practicadas, la renuncia de los bienes terrenales, la creencia en el reino de Dios; y, sin embargo, los hombres que más hablan de igualdad y de fraternidad se jactan de ser incrédulos y radicalmente ateos. Se llaman materialistas, y sostienen una teoría sobre la que casi es imposible establecer una moral. No se concibe al materialismo predicando la igualdad y la fraternidad, porque la conclusión del materialismo en política es el despotismo de Federico II ó el desprecio de los débiles de Nietzsche. ¡Contradicción, mentira ó tontería! La fraternidad es un ideal que sólo puede realizarse por medio de una virtud extraordinaria, y lo más frecuentemente por una virtud fundada en la fe religiosa. Ya que nos sea difícil á casi todos realizar ese ideal, procuremos aproximarnos á él, siendo, por lo menos, tolerantes, justos, piadosos.

COSTUMBRES

BIBLIÓMANOS Y BIBLIÓFILOS. — El amor de los libros— dice A. Cim en *La Revue*—tiene, como todas las pasiones, sus singularidades, y llega á veces á la demencia. Frecuentemente ocurre que el *bibliófilo* se transforma en *bibliómano*, y llega á ser *bibliólatra*, y á veces *bibliotafo* y *biblioklepto*.

La inocente y deliciosa fiebre del bibliófilo—dice Carlos Nodier—es en el bibliómano una enfermedad aguda, rayana en delirio; de uno á otro sólo hay una crisis: el bibliófilo se hace bibliómano cuando su espíritu decae ó cuando su fortuna aumenta. El bibliólatra, para quien el libro lo es todo, suele ser bibliotafo, enterrador de libros; pues semejante al enamo-

rado, que no fía su bella á nadie, el apasionado del libro quiere guardar para él solo, con celoso cuidado, el objeto de su ternura. Esta misma pasión le conduce á la *bibliokleptia*, á ser ladrón de libros, cegándose de tal modo, que no vacila en apoderarse de un libro ajeno, él, que sería incapaz de cometer la menor incorrección en todo lo demás.

«De todos los seres creados por Dios—dice Edmundo Texier en *Les choses du temps présent*, —el bibliófilo es, sin disputa, el más egoísta y el más feroz; la pasión del oro no es nada comparada con la del libro; el público no comprenderá jamás todas las pasiones malsanas que agitan el alma de un aficionado á libros á la vista de un ejemplar único ó anotado como raro en los catálogos; para llegar á la posesión de ese ejemplar, no hay cobardías que no cometa, y hay algunos que llegarían al crimen.» Entre otros ejemplos, cita el siguiente: Dos nobles ingleses, grandes bibliófilos, convinieron en imprimir á su costa en casa de Wittingham un libro del que sólo se tirarían dos ejemplares, dos verdaderas maravillas de tipografía con encuadernación adecuada; hechos los dos ejemplares, ¿creéis que sus afortunados poseedores eran felices? Nada de eso: cada uno de ellos envidiaba el ejemplar del otro. Pasado el tiempo, tuvo que salir para el campo uno de los dos amigos; en seguida el otro se presenta en casa del ausente con su ejemplar bajo el brazo, y ruega á la mujer de su amigo que le facilite el otro ejemplar para comparar los grabados de uno y otro. La señora, sin desconfianza, se lo entrega, y el amigo lo hojea con mucho cuidado; y aprovechando un descuido, desgarró, sin que lo vean, dos ó tres hojas, y se vuelve triunfante á su casa. El propietario del libro desgarrado regresa, y al saber la visita de su amigo, entra en desconfianza y descubre las desgarraduras; lleva á su amigo ante los Tribunales, y éstos le condenan á 2.000 libras (50.000 pesetas) de daños y perjuicios. La sociedad de los bibliófilos trata de borrar de las listas de sus miembros al culpable; pero éste se presenta altaneramente, y les apostrofa diciendo: «¿Quién de vosotros en mi

caso no hubiera hecho lo mismo?»; y no se atrevieron á borrarle. La envidia, el apetito del bien ajeno, es el menor defecto del bibliómano.

Del bibliómano, quizá; pero el verdadero amigo de los libros ignora esos odios y esos rencores; es ordinariamente más equilibrado, más pacífico. «Los amigos de los libros—dice Julio Jonin—olvidan todas las malas pasiones, vanidades miserables y ambiciones malsanas; el verdadero bibliófilo está contento de sí mismo y de los demás.»

Cim pasa revista á los más curiosos ejemplos conocidos de bibliomanía y bibliolatría. El célebre helenista Guillermo Budé (1467-1540) halló medio, el día mismo de su boda, de no abandonar sus queridos libros, pasando con ellos «siquiera tres horas», lo que no le impidió ser padre de siete hijos y cuatro hijas; del mismo se cuenta que, por no dejar de leer el libro que tenía entre manos, replicó á un criado que le vino á avisar que había fuego en la casa: «¡Bueno, bueno! Decídselo á mi mujer; ya sabéis que no me ocupo de los asuntos de casa». Corneille dió una respuesta semejante á un joven á quien había concedido la mano de su hija, y á quien el mal estado de sus negocios obligó á renunciar á su proyectado matrimonio: este joven se presentó en casa de Corneille una mañana, penetró hasta su despacho y le dijo: «Vengo, caballero, á retirar mi palabra y á explicaros los motivos de mi conducta». Corneille, que estaba leyendo, se volvió hacia el visitante, y le dijo: «¿No podía usted, sin interrumpirme, hablar de todo eso con mi mujer? Suba usted á verla; yo no entiendo nada de esos asuntos».

El día de su casamiento fué también preciso sacar de su distracción al eminente helenista Adrián Turnebe, que, entregado á sus lecturas, había olvidado la ceremonia en que tan principal papel tenía que representar.

Federico Morel (1558-1630), sabio impresor y profesor ilustre, estaba terminando sus investigaciones sobre el sofista griego Libanio, cuando le fueron á advertir que su mujer, á la que

amaba con sincero cariño, y que estaba muy enferma, deseaba verle. «¡Voy en seguida! ¡Dos palabras más, y voy!» Pero las dos palabras se estiraron demasiado, y no tardaron en avisarle que su mujer acababa de morir. «¡Por vida de...! ¡Lo siento de veras, porque era una buena mujer!»—suspiró Morel, volviendo á sumergirse en su tarea.

El erudito abate Goujet murió de dolor por haber tenido que vender su biblioteca; lo mismo se ha dicho de Scalígero y de Patru. Scalígero decía: «Amigos, ¿queréis conocer una de las grandes desgracias de la vida? Vended vuestros libros». El docto médico de París Santiago Goupil murió de desesperación por haber visto saquear su biblioteca durante los disturbios de la Liga. También murió Colnet du Ravel del disgusto de ver flotar en el Sena los libros de la biblioteca del Arzobispado después del saqueo de este edificio durante la Revolución. El filólogo Brunck, que en 1791 tuvo que vender parte de su biblioteca, y en 1801 se vió forzado á recurrir al mismo expediente, lloraba en cuanto oía el nombre de algún autor de los libros vendidos, y murió de disgusto poco después de la última venta. El príncipe Camerata, que también tuvo que vender sus libros, se pegó un tiro por no poder sin ellos soportar la vida. Otro gran señor, el conde Labedoyere, creyó que estaba ya cansado de sus libros y los vendió; pero luego se pasó el resto de su vida buscándolos por todas partes y rescatándolos á toda costa.

Una de las muertes más singulares de bibliómanos fué la del marqués de Chalabre, muerto de desesperación por no encontrar un ejemplar de una Biblia que no existía, pues había sido una invención de Carlos Nodier. A propósito de este marqués cuenta Dupont que había legado su biblioteca á la señorita Mars, la célebre actriz, poco aficionada á leer, y que encargó á su amigo Merlin de revisar los libros y venderlos. Merlin hojeó libro por libro, y un día entró en la habitación de la Mars con treinta ó cuarenta billetes de mil francos, que dejó sobre la mesa.

—¿Qué es eso?—preguntó la Mars.

—No sé.

—¿Cómo que no sabéis? Son billetes de Banco.

—Sin duda.

—¿Y dónde los habéis encontrado?

—En una cartera, disimulada en las tapas de una Biblia; como la Biblia era de usted, también lo son los billetes, y por eso os los traigo.

El gran Petrarca murió como debería y querría morir todo bibliófilo. Al ver que tardaba tanto en salir de su biblioteca, entraron á buscarle, temiendo se hubiera puesto enfermo, y le encontraron sentado junto á la ventana, con un libro entre las manos, un Virgilio, sin moverse. Estaba muerto. El periodista Armando Bertin murió del mismo modo: entre los libros de su biblioteca y con el libro favorito de su difunta mujer en la mano. El famoso Brunet, autor del *Manual del librero*, murió sentado en un sillón en medio de sus libros. Motteley, apasionado y receloso amante de sus hermosos libros, tenía cada puerta de sus habitaciones con una cerradura secreta; recibía poco, y se negaba á las más necesarias reparaciones en su casa, por temor de que los obreros ensuciasen sus magníficas encuadernaciones; sólo sus libros fueron testigos de su muerte, que ocurrió á media noche.

Entre los bibliófilos y sabios muertos de caídas dadas desde lo alto de una escalera ó de un escabel para alcanzar ó colocar sus libros pueden citarse al ilustre Ebert, bibliotecario de Dresde; al latinista español marqués de Morante, y el celoso Rover. También el ilustre historiador alemán Mommsen murió á consecuencia de las quemaduras de sus cabellos blancos con la bujía que le servía para buscar sus libros. A propósito de las escaleras de las bibliotecas, el Dr. Veron cuenta que el ministro Corbiere sólo se distraía de los cuidados políticos con los libros de su biblioteca; un diputado importante, á quien había concedido audiencia, llegó á la hora fijada á su cuarto; le buscó por todas partes, y al fin le vió encaramado

en una escalera doble de mano, arreglando sus libros; el diputado, para no contrariar al ministro haciéndole bajar, subió por el otro lado de la escalera hasta hallarse cara á cara con Corbiere; y así se pasó la audiencia, gesticulando cada cual en su peldaño.

Uno de los tipos más curiosos de bibliólatras ha sido Antonio Magliabecchi (1633-1714) de Florencia. Criado de un frutero, fué recogido por un librero, y allí aprendió á leer. Su memoria era tan prodigiosa que retenía cuanto leía. El gran duque Cosme III le nombró conservador de su biblioteca, y no tardó en conocer todos los millares de volúmenes de la misma y de la Laurenciana; y sin salir de Florencia, sólo por la lectura de los catálogos y por las noticias que adquiría por sus conversaciones y correspondencia, sabía dónde se encontraban todos los libros y cómo estaban formadas todas las grandes bibliotecas. Habiéndole pedido un día el gran duque una obra muy rara, Magliabecchi le dijo: «Monseñor, me es imposible proporcionarla; en todo el mundo no hay más que un ejemplar, que está en Constantinopla, en la biblioteca del Gran Turco; es el séptimo volumen de la segunda sección, armario del lado derecho, conforme se entra». Era un hombre muy raro, que sólo comía huevos, pan y agua, y cuyo traje se componía de un chaquetón obscuro, un pantalón, una capa negra llena de piezas, un sombrero deformado lleno de agujeros, una corbata ancha atascada de tabaco, y una camisa que no se quitaba hasta que se le caía á pedazos. Jamás quiso salir de Florencia, aunque el Emperador y el Papa le hicieron proposiciones muy ventajosas, y murió á los ochenta y un años, dejando á Florencia su biblioteca de 30.000 volúmenes y rentas para sostenerla.

IMPRESIONES Y NOTAS

COMUNICACIONES INTERPLANETARIAS.—Las velocidades más grandes realizadas por el hombre son las de los proyectiles,

que se lanzan hoy con la velocidad inicial de 1.000 metros por segundo. En la Naturaleza, los cuerpos celestes, en su movimiento de traslación, nos dan velocidades mucho mayores: el que corre más en menos tiempo es Mercurio, que marcha á razón de 46 kilómetros por segundo; en un tren que anduviera con esa velocidad llegaríamos á la luna en dos horas y cuarto, á Venus en diez días y medio y á Neptuno en tres años.

Pero hay en la Naturaleza otra velocidad mucho mayor: la de la luz, que se propaga con la velocidad de 300.000 kilómetros por segundo. La carga de pólvora necesaria para imprimir á una bala de fusil *el tercio* de esa velocidad sería, según Gustavo le Bon, de sesenta y siete mil millones de kilos, ó sea 1.340.000 barriles de pólvora de 50 kilos cada uno. Jamás se había pensado en que tales energías fueran prácticamente utilizables; pero hoy, ante los fenómenos radioactivos, se entrevé la posibilidad de utilizarlas.

El átomo—dice Le Bon,—considerado como simple é indestructible, es de naturaleza compleja, y se disocia lentamente para desvanecerse en el éter; al disociarse se transforma en energía, y la materia no es, en suma, sino energía condensada bajo una forma particular, á la que se da el nombre de *energía intraatómica*. Esta energía constituye una fuerza nueva utilizable, y es la causa de los fenómenos radioactivos.

Fácil es demostrar la enormidad de esta energía: sabido es que los cuerpos radioactivos emiten sin cesar en el espacio partículas con grandísima velocidad; este bombardeo continuo se hace visible por el *spintariscopio*, y medida la velocidad de esas partículas, se ha visto que varía de 100.000 á 300.000 kilómetros por segundo.

Admitida la existencia de la energía intraatómica, y demostrada su gigantesca potencia, queda por saber, según A. Le Mée, de qué modo se la podrá liberar y cómo podrá utilizarse para las comunicaciones interplanetarias, únicas en que tendría aplicación. Balfour cree que este prodigioso mecanismo está fuera de nuestros intereses inmediatos; pero Le Bon esti-

ma que la ciencia está en vísperas quizá de captar esa energía cuya existencia ni siquiera sospechábamos, y hacer inútil entonces la extracción de la hulla.

El día en que se resuelva el problema de la captación de la energía intraatómica, las máquinas variarán de tipo según se trate de mover grandes masas ó de obtener grandes velocidades. Desde luego para las comunicaciones interplanetarias no harían falta velocidades semejantes á la de la luz; pero para las comunicaciones interestelares, en cambio, hasta parecería insuficiente la velocidad de las partículas catódicas; el tren de cien mil kilómetros por segundo tardaría trece años en llegar á la estrella α de Centauro, que es la estrella que tenemos más cercana. ¿Quién era capaz de arriesgarse á una travesía tan larga á través de los espacios etéreos?

Sin llevar tan allá nuestras pretensiones, es ya muy hermoso entrever la posibilidad de las comunicaciones interplanetarias. Se dirá que esto es un sueño, una utopía. Quizá; pero ya que tanto se ha escrito sobre utopías sociales, ¿por qué no emborronar unas cuartillas sobre utopías científicas?

*
* *

¿CUÁNDO NACIÓ JESÚS?—Si se preguntara—dice J. Sacerdote en *Il Piccolo* —en qué día nació Jesús á los millones de personas que celebran la Navidad, es seguro que casi todos dirían: el 25 de Diciembre próximo hace 1906 años.

Y, sin embargo, los Padres de la Iglesia y los historiadores del Cristianismo no han logrado llegar á una respuesta asentada en bases irrefutables. La Navidad no empezó á celebrarse hasta el año 354 por los cristianos de Occidente, continuando los de Oriente considerando mucho tiempo después que el nacimiento de Cristo fué el 6 de Enero. La Era Cristiana no se estableció, por otra parte, hasta que el Papa Juan I encargó á Dionisio el Exiguo que fijara, por medio de la tradición y de los cálculos astronómicos, una nueva Era que arrancara del nacimiento de Jesús, pues en Oriente se venía contando por

la Era de los seléucidas y en Occidente por la diocleciana, que todavía rige en la iglesia copta y entre los cristianos de Abisinia. Dionisio cumplió el encargo y fijó el nacimiento de Cristo en el año 754 de Roma, que se convirtió en el año I de la Nueva Era.

Pero los cálculos de Dionisio no inspiran confianza. Algunos Padres daban para el nacimiento de Jesús el año 750 ó 751, y el párroco Van Rebber, que ha hecho pacientes investigaciones, llegaba hace algunos años á la conclusión de que Jesús nació unos días antes de la Pascua (el 12 ó 13 de Abril) del año 744 de Roma, diez años antes del señalado por Dionisio.

San Mateo (II, 1) dice claramente que Jesús nació en Belén bajo el reinado de Herodes, y es sabido que Herodes murió entre el 13 de Marzo y el 12 de Abril del 750, cuatro años antes de la Era dionisiana. El nacimiento de Jesús, según esto, debió ocurrir lo más tarde en el 750 de la fundación de Roma; es decir, el 25 de Diciembre de 749, cinco años antes de la era vulgar, estando ahora, por lo tanto, no en el año 1906, sino en el 1911 de la Era Cristiana.

* * *

PENSAMIENTOS Y MÁXIMAS. — A propósito del *Manualito de Filosofía práctica*, de Thomereau, Emilio Faguet hace notar algunos de los pensamientos que contiene, figurándose al autor paseándose por los jardines públicos, pensativo y apuntando de cuando en cuando las cosas que se le ocurren. «Los mejores libros son los que han sido escritos con lápiz»; y Faguet cree que el de Thomereau es de esta clase. He aquí algunos de sus pensamientos:

«Si un pensamiento de tres líneas no os deja la impresión de que podía dedicársele un capítulo por lo menos, es que carece de valor.»

«Hay tontos cuya vanidad no está desarmada nunca. Ahí tenéis á uno que acaba de ganar un buen premio en la lotería.»

Al principio nuestro hombre exclama, como podríamos hacerlo usted ó yo: «¡Qué fortuna!» Pero no tarda en recogerse, y llega en seguida á persuadirse de que ha aportado al asunto no sé qué mérito ó talento personal. El azar no entra en la cosa. Esperad un poco, y le veréis con el ademán de un triunfador que se dirige al Capitolio.»

Comentando la deliciosa frase de Joubert: «Cuando mis amigos son tuertos, los miro de perfil», Thomereau añade: «Puesto que la vida tiene también dos aspectos tan distintos, tratémosla más bien como amiga: mirémosla en lo posible del lado que nos sonrío».

«La envidia es un homenaje que la incapacidad rinde al mérito», dice Thomereau, parodiando la célebre máxima de la Rochefoucauld: «La hipocresía es un homenaje que el vicio rinde á la virtud».

«La gratitud que se nos demuestra se inspira tanto, si no más, en los servicios que todavía se esperan de nosotros, que en los que ya hemos prestado. La ingratitud, en sentido inverso, prueba simplemente que no se tiene ya confianza en nuestros medios ó en nuestra buena voluntad para el porvenir.»

«Se pueden encontrar muchos medios para que no haya ricos; pero no hay uno solo para que no haya pobres.»

*
* *

UNA HISTORIA PENITENCIARIA. — La *Revista Penitenciaria* publica, con el título de «Prometeo en Australia», la historia de un desdichado presidiario, de la que brotan varias enseñanzas: la crueldad del sistema inglés de deportación, la corrección del culpable por procedimientos humanitarios, la torpeza jurídica y la relación entre el trato y sus efectos.

Carlos Anderson, de Newcastle, huérfano de un marino, cuya viuda murió poco después, dejando dos niños de corta edad que fueron enviados á la *Work-house*, se embarcó de grumete á los nueve años en un barco carbonero, se alistó después en un buque de guerra, y recibió en la batalla de Navarino

una grave herida en la cabeza, de la que le quedó una gran irritabilidad nerviosa, exacerbada hasta el furor por cualquier exceso de bebida ó excitación del carácter. A los diez y ocho años fué condenado como ladrón (porque en una refriega él y otros compañeros embriagados asaltaron unas tiendas) á siete años de deportación.

Aquí empieza el calvario de este miserable, que no acertaba á explicarse lo rudo del castigo por un delito de que no tenía conciencia, y se rebelaba contra todo. Los rigores le endurecían, y viéndole indomable, se le trató como refractario, colocándole en un islote rocoso en la isla de las Cabras, en Sidney. A los dos meses de malos tratamientos procuró librarse de sus carceleros, pero fué cogido en las calles de Sidney, recibiendo cien azotes y condenándosele á un año de hierros. Antes del año, por infracciones insignificantes, como mirar á la calle ó suspender el trabajo, recibió en varias veces hasta otros 200 azotes, y se volvió á escapar, pero fué cogido de nuevo y condenado á 200 azotes y dos años de hierros. Entonces lo encadenaron á una roca; su cadena, de nueve metros de larga, le cogía por medio del cuerpo; sus pies tenían trabas de hierro, y por cama tenía una hendidura de la roca; su único abrigo de noche era un armatoste de madera con agujeros para la respiración, y los alimentos se los llevaban en una vasija colocada al extremo de un largo varal, para no acercarse á él; se los dejaban al alcance de la mano y se retiraban, estando prohibido que nadie le hablara ni se le acercara, bajo severas penas; á un antiguo compañero de marina que le dió por compasión un poco de tabaco para que pudiera fumar, le castigaron con cien azotes.

Por vestido sólo tenía un andrajo; sus espaldas, desgarradas por el látigo, estaban expuestas al aire y al sol, y en sus abiertas úlceras anidaban los gusanos, que con el horrible calor se multiplicaban y se hacían insufribles, sin que jamás le dieran agua para poderse lavar y calmar aquel ardor; sólo cuando llovía y se formaban charcos se le veía revolcarse en

ellos con angustias horribles. Visitado por el gobernador, se negó á trabajar, porque trabajando ó no le castigaban siempre; y entonces fué enviado á Macquarie, á las fábricas de cal. Anderson, con los grilletes á los pies y una banasta sobre los desnudos hombros, llevaba la cal desde los hornos á los barcos. La carne al descubierto dejaba que la cal y el agua salada penetraran en las heridas abiertas por el látigo, y el infeliz ardía, presa de atroces torturas. Pudo escaparse, pero no tardó en ser cogido y sometido á una doble fustigación. El capataz Antonio, que se complacía en martirizarle, llegó á exacerbarle de tal modo que un día le mató de un golpe de pala; la guardia no pudo impedir la muerte, pero dió á Anderson cinco ó seis bayonetazos; sobrevivió, y fué condenado á muerte; pero como sus verdugos vieron que recibía la sentencia con alegría, lo enviaron á la isla Norfolk.

Allí tuvo la fortuna de dar con el capitán Machonochie. Éste lo estudió y se prometió domesticar aquella temible fiera. Para ello le puso al cuidado de varios toros, y la lucha con aquellos animales, que daba acertado empleo á sus energías, no tardó en ejercer beneficioso influjo en su ánimo. Su inteligencia, embrutecida por los malos tratos, se despertaba; su carácter, agriado por la crueldad, se dulcificaba. El capitán le encargó de vigilar la entrada del puerto y avisar la llegada de buques; y empleado en esta tarea y en el cultivo de un pequeño jardín, en tres años se metamorfoseó por completo. La marcha de su bienhechor le hizo caer en profunda melancolía, seguida de fuerte irritación mental que acabó por llevarle á una casa de locos.

FERNANDO ARAUJO

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

La genealogia del prestito nell' antico diritto indiano, per G. Mazzarella.—Roma, 1905. Folleto de 52 páginas.

Esta monografía viene á servir de complemento á otras dos del mismo autor, intituladas *Il prestito nell' India antica* y *L'origine del prestito nel diritto indiano*, de la última de las cuales se habló aquí hace poco. Mazzarella admite seis diferentes épocas en la historia de la etnología jurídica indiana; y habiendo estudiado el préstamo en las dos monografías que se acaban de citar, por el aspecto morfológico y por el estratigráfico, con relación á las cuatro primeras épocas, viene ahora á estudiarlo genealógicamente con relación á todas las seis épocas mencionadas, para lo cual extiende las investigaciones morfológicas y estratigráficas á las otras dos épocas (yajnavalkyana y naradiana) que no abarcaban los anteriores trabajos. Y para que se comprenda el sentido de lo que acabamos de decir, advertiremos que el autor divide la etnología jurídica en tres ramas: morfolología, estratigrafía y genealogía, cada una de las cuales tiene su método peculiar, que da nombre á aquéllas (método morfológico, estratigráfico y genealógico). En las memorias *Il prestito nell' India antica* y *L'origine del prestito nel diritto indiano* da suficientes explicaciones respecto del particular.

La *Genealogia del prestito nell' antico diritto indiano* es un trabajo completísimo, más aún que los otros sobre la misma materia. El autor ha estudiado las fuentes con gran escrupu-

losidad y cuidado, á lo que parece, comparando sin prisa unos textos con otros, y extrayendo toda su sustancia. Cuantas particularidades ofrece la institución están en la monografía puestas de relieve de un modo detallado.

*
* *

El internado moderno. — Discurso del ministro de Justicia é Instrucción Pública de la República Argentina, Dr. Joaquín V. González, en la colocación de la piedra fundamental del edificio del Colegio Nacional de la Plata.—Buenos Aires, 1905. Folleto de 27 páginas.

En algunos países hispano-americanos, como en Méjico, han discutido no poco sobre la cuestión del internado en la enseñanza. En la República Argentina la dan ya, al parecer, por resuelta: ya están levantando el edificio que ha de servir para el internado, un poco á la manera inglesa (Etton, Harrow, etc.). El discurso pronunciado en el acto de la colocación de la primera piedra de dicho edificio por el ministro de Justicia é Instrucción Pública tiende á justificar la innovación y á poner de bulto sus ventajas. A mí no me ha convencido, sin embargo. Verdad es que yo tengo mucha repugnancia á la enseñanza con internado, y, en general, á todo internado de muchachos. Creo que origina no pocos daños, singularmente de índole moral. Los ingleses parecen muy satisfechos de su sistema. Yo no lo he podido observar directamente. Pero aunque no haya que oponer reparos fundamentales, siempre he de advertir que los países sajones, en esto como en tantas otras cosas, son distintos de los latinos. Entre éstos, en cuanto yo sé, el internado de chicos en colegios es, á más no poder, detestable; más que nada, según queda dicho, bajo el respecto moral. Los perjuicios de esta índole son abundantes y graves.

P. DORADO

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
<i>¿Qué es verdad?</i> , por Miguel de Unamuno.....	5
<i>Ideas de Cervantes acerca de los países setentrionales</i> , por Carlos Larsen.....	21
<i>El alcoholismo en la poesía clásica española</i> , por Pedro Sangro y Ros de Olano.....	47
<i>Recuerdos</i> , por José Echegaray.....	72
<i>La ironía y el gracejo en los refranes</i> , por Julio Cejador.....	84
<i>España fuera de España.—Cicerón y los españoles</i> , por H. de la Ville de Mirmont.....	102
<i>Alma de niña</i> , por Dostoiewsky.....	135
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....	166
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	177
<i>Notas bibliográficas</i> , por P. Dorado.....	202

CATÁLOGO

por orden alfabético de materias, de las obras que se venden en la Administración de LA ESPAÑA MODERNA, Calle de Fomento, número 7, bajo, Madrid.

ANTROPOLOGÍA

- Ferri.** — Antropología criminal, 3 pesetas.—Nuevos estudios de antropología criminal, 3 pesetas.
- Lombroso.** — Antropología y psiquiatría, 3 pesetas.—El hipnotismo, 3 pesetas.—Aplicaciones judiciales y médicas de la antropología criminal, 3 pesetas.—Ultimos progresos de la Antropología criminal, 3 pesetas.—En colaboración con Ferry, Garofalo y Fioretti: La Escuela criminológica positivista, 7 pesetas.
- Lemcke.** — Estética, 8 pesetas.—Garofalo y Fioretti: La escuela criminológica positivista, 7 pesetas.
- Westermarck.** — El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

ARTE

- Lemcke.** — Estética, 8 pesetas.
- Taine.** — Filosofía del Arte, 3 pesetas.—La pintura en los Países Bajos, 3 pesetas.—El ideal en el Arte, 3 pesetas.—El Arte en Grecia, 3 pesetas.—Nápoles, 3 pesetas.—Roma, 2 tomos, 6 pesetas.—Florencia, 3 pesetas.—Venecia, 3 pesetas.—Milán, 3 pesetas.

BIOGRAFÍA

- Araujo.** — Goya, 3 pesetas.
- Asensio.** — Pinzón, 3 pesetas.—Fernán Caballero, 1 peseta.

- Barbey.** — El Dandismo y Jorge Brummel, 3 pesetas.
- Becerro de Bengoa.** — Trueba, 1 peseta.
- Bergeret.** — Mouton (Merinos), 1 peseta.
- Boissier.** — Cicerón y sus amigos, Estudio de la sociedad romana del tiempo de César, 8 pesetas.
- Bourget.** — Taine, 0,50 pesetas.
- Campoamor.** — Cánovas, 1 peseta.
- Dorado.** — Concepción Arenal, 1 peseta.
- Fernández Guerra.** — Hartzenbusch, 1 peseta.
- Fernán-Flor.** — Zorrilla, 1 peseta.—Tamayo, 1 peseta.
- Gautier.** — Nerval y Baudelaire, 3 pesetas.—Madama de Girardin y Balzac, 3 pesetas.—Heine, 1 pta.
- Goncourt.** — María Antonieta, 7 pesetas.—La Pompadour, 6 pesetas.—Las favoritas de Luis XV, 6 ptas.—La Du-Barry, 4 pesetas.
- Gladstone.** — Los Grandes Nombres, 5 pesetas.—Lord Macaulay, 1 peseta.
- Goethe.** — Memorias, 5 pesetas.
- Haussonville.** — La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.
- Heine.** — Memorias, 3 pesetas.
- Lange.** — Luis Viver, 2,50 pesetas.
- Macaulay.** — Vida, Memorias y Cartas, 2 tomos, 14 pesetas.—La Educación de Lord Macaulay, 7 pesetas.
- Maupassant.** — Zola, 1 peseta.

Menéndez y Pelayo.—Núñez de Arce, 1 peseta.—Martínez de la Rosa, 1 peseta.

Meneval.—María Stuardo, 6 ptas.

Molins.—Bretón de los Herreros, 1 peseta.

Pardo Bazán.—El P. Coloma, 2 pesetas.—Alarcón, 1 peseta.—Campoamor, 1 peseta.

Passarge.—Ibsen, 1 peseta.

Picón.—Ayala, 1 peseta.

Renán.—Mi infancia y mi juventud (agotada).—Memorias íntimas, 2 tomos, 6 pesetas.

Sainte-Beuve.—Tres mujeres, 3 pesetas.—Retratos de mujeres, 3 pesetas.

Stuart-Mill.—Mis Memorias, 3 ptas.

Tolstoy.—Mi infancia, 3 pesetas.—Mi juventud, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.

Valera.—Ventura de la Vega, 1 pta.

Wagner.—Recuerdos de mi vida, 3 pesetas.

Zola.—Jorge Sand, 1 peseta.—Víctor Hugo, 1 peseta.—Balzac, 1 peseta.—Daudet, 1 peseta.—Sardou, 1 peseta.—Dumas, 1 peseta.—Flaubert, 1 peseta.—Chateaubriand, 1 peseta.—Goncourt, 1 peseta.—Moussset, 1 peseta.—Gautier, 1 peseta.—Stendhal, 1 peseta.—Sainte-Beuve, 1 peseta.

CRÍTICA LITERARIA

Caro.—Nuestras costumbres literarias, 3 pesetas.—La crítica en la actualidad, 3 pesetas.

Zola.—Estudios literarios, 3 pesetas.—Mis odios, 3 pesetas.—Nuevos estudios literarios, 3 pesetas.—Estudios críticos, 3 pesetas.—El naturalismo en el teatro, 2 tomos, 6 pesetas.—Los novelistas naturalistas,

2 tomos, 6 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.

DERECHO

Aguanno.—La Génesis y la evolución del Derecho civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación civil (2.^a parte de La Génesis), 4 pesetas.

Arenal.—El Derecho de Gracia, 3 pesetas.—El Visitador del preso, 3 pesetas.—El Delito colectivo, 1,50 pesetas.

Arnó.—Las servidumbres rústicas y urbanas, 7 pesetas.

Asser.—Derecho internacional privado, 6 pesetas.

Burgess.—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

Carnevale.—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.

Dorado Montero.—Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pesetas.—El Reformatorio de Elmira (Derecho penal), 3 pesetas.

Fouillée.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.

Framarino.—Lógica de las pruebas (en Derecho penal), 2 tomos, 15 ptas.

Gabba.—Derecho civil moderno, 2 tomos, 15 pesetas.

Garofalo.—La criminología, 10 pesetas.—Indemnizaciones á las víctimas del delito (2.^a parte de La criminología), 4 pesetas.

Giuriati.—Los errores judiciales, 7 pesetas.

González.—Derecho usual, 5 ptas.

Goodnow.—Derecho administrativo comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

Gross.—Manual del Juez, 12 ptas.

- Gumpłowicz.** — Derecho político filosófico, 10 pesetas.
- Hunter.** — Sumario de Derecho romano, 4 pesetas.
- Ihering.** — Cuestiones jurídicas, 5 pesetas.
- Krüger.** — Historia, fuentes y literatura del Derecho romano, 7 ptas.
- Lombroso, Ferry, y Garofalo Fioretti.** — La escuela criminológico-positivista, 7 pesetas.
- Macaulay.** — Estudios jurídicos, 2 tomos, 6 pesetas.
- Manduca.** — El procedimiento penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.
- Martens.** — Derecho Internacional (público y privado), 3 ts., 22 ptas.
- Meyer.** — La administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria. — Introducción y exposición de la organización administrativa en España, por A. Posada, 5 ptas.
- Miraglia.** — Filosofía del Derecho, 2 tomos, 15 pesetas.
- Mommsen.** — Derecho público romano, 12 pesetas.
- Neumann.** — Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.
- Posada.** — La Administración política y la Administración social, 5 ptas.
- Ricci.** — Tratado de las pruebas en Derecho civil, 2 tomos, 20 pesetas.
- Savigny.** — De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del Derecho, 3 pesetas.
- Sighele.** — El delito de dos, 4 pesetas. — La muchedumbre delincuente, 4 pesetas. — La teoría positiva de la complicidad, 5 pesetas.
- Sohm.** — Historia é Instituciones del Derecho Privado Romano, un gran volumen, 14 pesetas.
- Spencer.** — La Justicia, 7 pesetas. — Exceso de legislación, 7 pesetas. — De las leyes en general, 8 pesetas. — Ética de las prisiones, 10 pesetas.
- Stahl.** — Historia de la filosofía del Derecho, 12 pesetas.
- Sumner-Maine.** — El antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas. — La guerra según el derecho internacional, 4 pesetas. — Historia del Derecho, 8 pesetas. — Las instituciones primitivas, 7 pesetas.
- Supino.** — Derecho mercantil, 12 pesetas.
- Tarde.** — Las transformaciones del Derecho, 6 pesetas. — El duelo y el delito político, 3 pesetas. — La criminalidad comparada, 3 pesetas. — Estudios penales y sociales, 3 ptas.
- Todd.** — El Gobierno parlamentario en Inglaterra, 8 pesetas.
- Varios autores.** — (Aguanno, Altamira, Aramburu, Arenal, Buylla, Carnevale, Dorado, Fioretti, Ferri, Lombroso, Pérez Oliva, Posada, Salillas, Sanz y Escartín, Silió, Tarde, Torres-Campos y Vida). — La Nueva Ciencia Jurídica, 2 tomos, 15 pesetas.
- Idem.** — (Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, F. Pello, F. Prieta, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumpłowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etcétera.) — El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 pesetas.
- Vivante.** — Derecho mercantil, 10 pesetas.

ECONOMÍA

- Antoine.** — Curso de Economía social, 2 tomos, 16 pesetas.
- Buylla, Neumann, Kleinwhac-**

- ter, Nasse, Wagner, Mithof y Lexis.**—Economía, 12 pesetas.
Goschen.—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.
Kells Ingram.—Historia de la Economía política, 7 pesetas.
Kropotkin.—Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.
Laveleye.—Economía política, 7 pesetas.
Leroy-Beaulieu.—Economía política, 8 pesetas.
Rogers.—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.
Virgili.—Manual de Estadística, 4 pesetas.

FILOSOFÍA

- Amiel.**—Diario íntimo, 9 pesetas.
Caro.—El pesimismo en el siglo XIX, 3 pesetas.—El suicidio y la civilización, 3 pesetas.—Littre y el positivismo, 3 pesetas.—El derecho y la fuerza, 3 pesetas.
Collins.—Resumen de la filosofía de Spencer, 2 tomos, 15 pesetas.
Emerson.—La ley de la vida, 5 pts.—Hombres simbólicos, 4 pesetas.
Fichte.—Discursos á la nación alemana, sobre regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pesetas.
Fouillée.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.
Guyau.—La moral inglesa contemporánea, ó Moral de la utilidad y de la evolución, 12 pesetas.
Heine.—Alemania, 6 pesetas.
Lubbock.—El empleo de la vida, 3 pesetas.—La vida dichosa, 3 pts.
Nietzsche.—Así hablaba Zaratustra, 7 pesetas.—Más allá del bien y del mal, 5 pesetas.—Genealogía de la moral, 3 pesetas.

Schopenhauer.—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El Mundo como voluntad y como representación, 12 pesetas.—Estudios escogidos, 3 pesetas.

Spencer.—Los datos de la Sociología, 2 tomos, 12 pesetas.—Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas, 9 pesetas.—Las instituciones sociales, 7 pesetas.—Las instituciones políticas, 2 tomos, 12 pesetas.—Las instituciones eclesiásticas, 6 pts. Las instituciones profesionales é industriales (en prensa).

—Comprenden: La moral de los diversos pueblos y La moral personal, 7 pesetas.—La justicia, 7 pesetas.—La beneficencia, 6 pesetas.

—El Organismo social, 7 pesetas.—El Progreso, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Taine.—Filosofía del Arte, 3 pts.—Los orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas.

HIGIENE

Hirsch, Stokvis, Kochs, Würzburg.—*Estudios de higiene general*, 3 pesetas. Comprende las siguientes monografías: Desarrollo histórico de la higiene pública, por Hirsch, profesor en Berlín.—Patología comparada de las razas, por Stokvis, profesor en Amsterdam.—Las infecciones, por Koch, profesor en Berlín, y Cómo decaen las naciones. Causas y remedios, por Würzburg, jefe de estadística de Berlín.